

Memorias

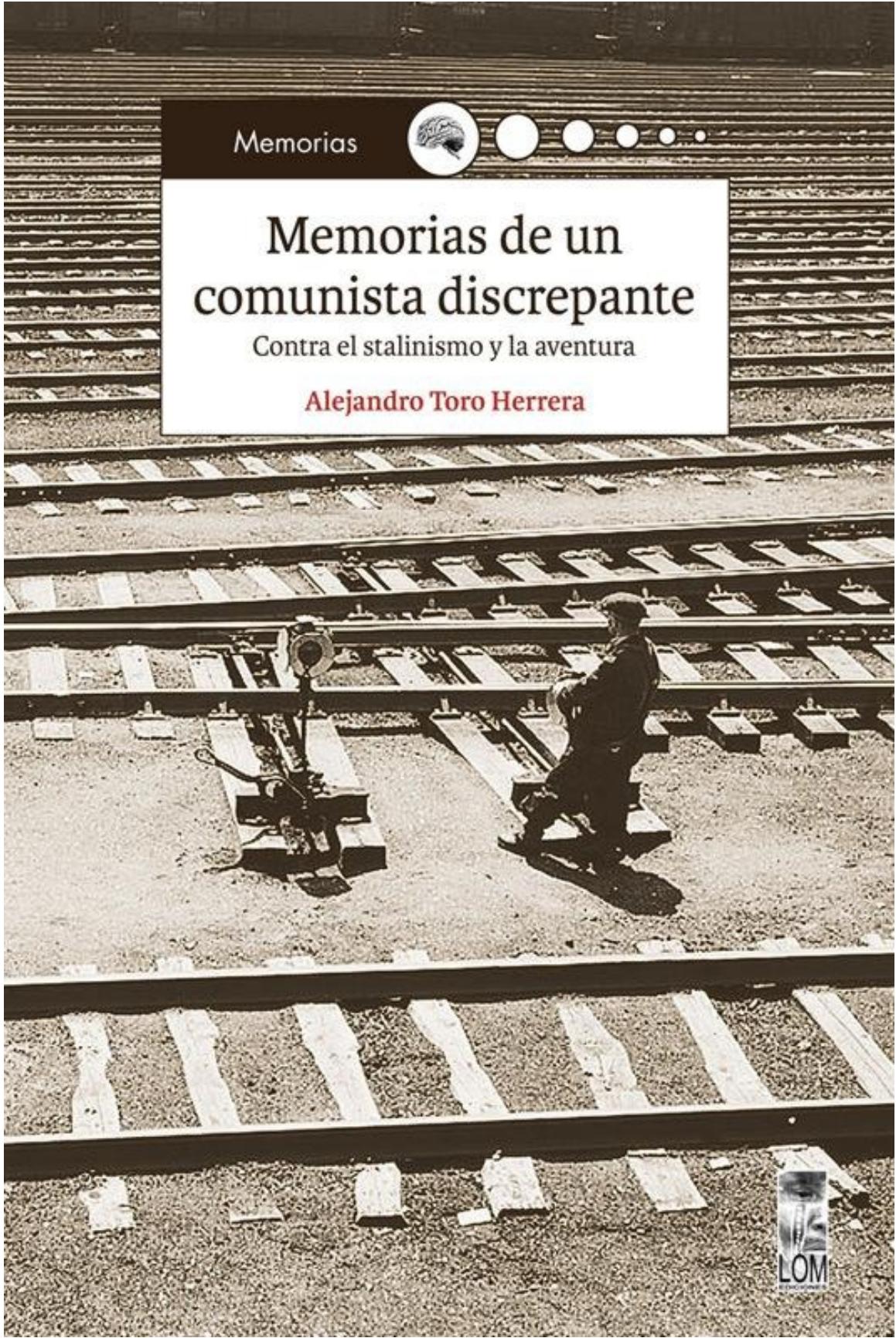


Memorias de un comunista discrepante

Contra el stalinismo y la aventura

Alejandro Toro Herrera





Memorias



Memorias de un comunista discrepante

Contra el stalinismo y la aventura

Alejandro Toro Herrera



Alejandro Toro Herrera

Memorias de un
comunista discrepante

Contra el stalinismo y la aventura



LOM

CHICKEN

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

© LOM Ediciones

Primera edición, 2014

ISBN: 978-956-00-0491-8

**Imagen de portada: fotografía de Jack Delano (1943). Archivo de la
Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos**

Diseño, Composición y Diagramación

LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 2 860 6800

www.lom.cl

lom@lom.cl

A Olga Devia Lubet

Presentación

Según el diccionario, el término democracia proviene del antiguo griego, de la unión de los vocablos demos y kratos —acuñados en Atenas en el siglo V a. C. —. Demos se traduciría como pueblo, y kratos como poder o gobierno. Sin embargo, los componentes de esta democracia o gobierno del pueblo estaban lejos del concepto de democracia que conocemos hoy, pues demos, para los atenienses, representaba la fusión de los demiurgos (artesanos) con los geomoros (campesinos) —dos clases sociales libres que se unían para oponerse a la nobleza—, pero al mismo tiempo excluía a los grupos no libres, como los esclavos y las mujeres...

Que el lector no se inquiete. No pretendo en estas páginas definir ni dar cátedra sobre democracia. No es la idea y, por lo demás, me resultaría muy complejo, ya que se trata de un término que tiene múltiples aplicaciones. Sin embargo, en el transcurso de estas memorias he repetido ese concepto innumerables veces y no me queda otra que decir algo al respecto.

Desde que comencé, con la ayuda de Olga, a escribir estas páginas, siempre pensé que el objetivo sería no solo dejar un testimonio de vida que podría ser interesante —sobre todo para mis nietos y sus descendientes—, sino también crear un instrumento de aprendizaje para la democracia, dirigido especialmente a los que no vivieron la época de la dictadura.

La democracia es una forma de organización de la sociedad que reconoce fundamentalmente el valor del respeto a los derechos humanos en toda su dimensión, en especial de los derechos civiles, políticos, sociales y culturales, y todo lo que de ellos se deriva. Chile tiene cultura democrática, pero como sociedad nos falta mucho comportamiento democrático. Definir las causas y consecuencias de esa falencia es tarea de los investigadores, sociólogos, historiadores, antropólogos, psicólogos u otros; sin embargo, no cabe duda de que somos los políticos los que tenemos la mayor cuota de responsabilidad cuando ejercemos nuestra actividad con mezquindad y egoísmo.

Es cierto que Chile necesita perfeccionar su democracia, quizá cambiar su sistema de gobierno presidencial a semipresidencial, incorporando la figura del

primer ministro, o terminar con el sistema binominal para elegir los cargos de representación popular y dictar una nueva constitución, etc. Sin embargo, cualesquiera que sean los cambios, antes es indispensable mejorar la calidad de la participación de las personas en política, enraizando en ellas una transformación cultural donde prime el comportamiento democrático de respeto por los derechos humanos en toda su dimensión.

Es un gran desafío. Yo, como ciudadano, traté de hacer mi tarea. Hice lo que pude, con aciertos y errores, pero si hay algo de lo cual estoy seguro es que siempre actué con honestidad; y si ese valor en algo ayudó al respeto de los derechos humanos de las personas que se vieron beneficiadas de mi labor, me felicito. Por mis errores solo pediría un poco de comprensión, aunque no me eximo de asumir mi responsabilidad por ellos.

A través de estas memorias lo invito a conocer un poco de mi infancia en Temuco, cuando perdí a mis padres y comencé a los quince años mi actividad política como militante y, luego, como dirigente junto con los trabajadores del carbón. Acompáñeme a mis recuerdos de Valparaíso, donde conocí a Olga, la compañera de toda mi vida, y desde ahí a la China milenaria de Mao, a la Unión Soviética de Lenin, a la Yugoslavia de Tito, a la pobreza y grandeza de Mozambique, a la controvertida Cuba de Fidel, a la Nicaragua valiente de Sandino. Conozcamos juntos el trabajo clandestino que realicé en Argentina y vibremos con las campañas políticas que me permitieron llegar al Parlamento para representar a una zona campesina golpeada por la injusticia y la pobreza. Revivamos los esfuerzos que, junto con tantos compañeros, realicé para ayudar al fin de la dictadura y compartamos la alegría, no así la satisfacción, del retorno a nuestra incipiente democracia.

Estas memorias también pretenden develar algunos mitos sobre los comunistas. Quisiera que usted conozca al comunista culturalmente democrático que soy y que, a partir de las enseñanzas de un obrero tipógrafo de la pampa chilena, ha luchado por la felicidad de su gente, por la libertad y la paz en la convivencia social, y que ha sido capaz de renovarse para seguir aportando, aun cuando sus fuerzas estén debilitadas por el paso de los años.

Alejandro Toro Herrera

Santiago de Chile, 2011

Primera parte

Temuco y Concepción (1930-1961)

Temuco y Santiago

Nací en Temuco el 15 de marzo de 1930. Soy el menor de seis hermanos. Mi padre, Überlindo Antonio Toro Moreno, era oriundo de Santiago, y mi madre, Cristina Herrera Rojas, de Rancagua. Desconozco detalles de su unión, pero, por lo que me han relatado mis hermanos, sé que el matrimonio se estableció en Antofagasta, donde mi padre trabajó como pulpero en distintas oficinas salitreras. Allí nacieron mis cinco hermanos mayores: Wilberto, Germán, Inés, Américo y Cristina.

Acogiendo las facilidades que se ofrecían para la adquisición de tierras en el sur de Chile —como forma de incentivar el aumento de la población en la Araucanía—, mi familia emigró a Temuco y se estableció en una vivienda de la calle Zenteno, donde yo nací. Mi padre instaló en la ciudad una tienda de telas finas y, junto con algunos socios, adquirió el fundo Cuchal en Loncoche, un aserradero del cual guardo vagos recuerdos.

Hasta los 6 años mi vida era feliz, sin embargo, la prematura muerte de mi padre a los 42 años de edad, ocurrida en diciembre de 1936, trastocó todo el curso de mi existencia y el de mi familia. Fue en la casa de Temuco. Era mediodía y yo me encontraba jugando en el patio. Mi padre estaba sentado frente a su viejo escritorio de madera, donde guardaba los papeles de su trabajo administrativo en el fundo y del negocio de las telas finas. De pronto sentí un disparo que provenía del interior de la casa. Corré hacia el escritorio y vi a mi padre que yacía de espalda en el piso, con su cabeza ensangrentada y un arma en la mano. Ya siendo adulto, mis hermanos me relataron que nunca supieron a ciencia cierta el motivo que lo indujo a tomar tan drástica determinación. ¿Problemas económicos, sentimentales, de salud, o todos a la vez? Lo único cierto es que su muerte repercutió dramáticamente en mi familia. No recibimos beneficio económico

alguno de las tierras de Loncoche ni del negocio de telas finas: solo se hablaba de deudas.

Poco a poco mis hermanos y hermanas comenzaron a abandonar el hogar materno para construir sus propias familias. Yo quedé en Temuco con mi madre, una modesta, sencilla y esforzada mujer que hacía denodados esfuerzos para ganarse la vida ofreciendo pensiones alimenticias a parroquianos del sector.

Asistí a la Escuela Básica Estándar N° 5 y luego al Instituto Comercial de Temuco. Trabajé para ayudar al sustento del hogar recolectando frutas en parcelas de la avenida Alemania y acarreando maletas en la estación de Temuco. Inicié mi participación política muy temprano, en 1945. Con solo 15 años comencé mi militancia en las Juventudes Comunistas. Era el tiempo en que concluía la Segunda Guerra Mundial y en Chile gobernaba el radical don Juan Antonio Ríos. La lucha antifascista que acontecía en todo el mundo también se daba en mi país, a través de los Partidos Populares y destacados luchadores como Natalio Berman y César Godoy Urrutia, entre otros.

Siguiendo los pasos de mis hermanos, visitaba la Casa América, un lugar de encuentro social y cultural donde éramos invitados los jóvenes trabajadores y estudiantes para asistir a representaciones artísticas —teatro, principalmente— o participar en fiestas bailables populares durante los fines de semana. Las Casa América, que también existían en otras ciudades de Chile, según supe después, eran promovidas y organizadas por el Partido Comunista como estrategia para captar nuevos adherentes. En esas circunstancias, y motivado por el fervor de la lucha antifascista que marcaba la época, es que ingresé a las Juventudes Comunistas; y en buena hora, pues la organización fue para mí un factor de disciplina y aprendizaje de valores.

Mi adolescencia fue dura. Todo es difícil cuando hay que sobrevivir en la pobreza. Hasta conseguir un par de zapatos para no tener que ir descalzo a la escuela era un problema. Mis hermanos y sus familias estaban muy ausentes. Uno de los pocos recuerdos agradables que tengo de esa época son unas vacaciones en una parcela de un familiar, donde conocí a una hermosa muchacha mapuche. Ella me hablaba de sus dioses: el aire, la tierra, el agua y la naturaleza, a los que se puede «escuchar y respirar», decía. Un día la acompañé a su casa, una ruca en una comunidad emplazada en medio de un hermoso paraje. Al llegar al lugar, una mapuche llamaba a gritos a su hijo, que jugaba en la cercanía: «¡Stalin! ¡Stalin! ¡Ven acá!», gritaba. «¡Qué curioso nombre!», pensé. Nunca

antes lo había escuchado. En fin, concluyeron mis vacaciones y nunca más volví a ver a la hermosa muchacha mapuche.

En 1946 la vida nuevamente se ensañaba conmigo. A los 16 años perdí a mi madre, quien falleció aquejada de un cáncer digestivo. No tengo noción de cómo se desarrolló su enfermedad ni sé si alguna vez fue al médico o al hospital. Quizá visitaba algún dispensario de salud de la Cruz Roja, como se usaba en ese tiempo. Un día me dijo que se sentía muy mal, que fuera corriendo a casa de Cristina, mi hermana, para que viniera de inmediato. Así lo hice. Cuando volví con ella mi madre estaba muy debilitada. A los pocos días falleció.

Ahora huérfano, Cristina y su esposo, Luis Encina Catalán, me llevaron a vivir con ellos. Continué asistiendo a la escuela; sin embargo, al año siguiente emigré a Santiago para vivir por un corto tiempo con Inés, mi otra hermana, y su esposo, Ismael Gajardo, director de una sucursal de las prestigiosas Ropas Rudolf de Concepción. Él me apoyó para que continuara mis estudios en el Instituto Superior de Comercio de Santiago. Recuerdo haber sido un alumno aventajado. Obtenía buenas notas y contaba con el respeto y apoyo de mis profesores, todo en un ambiente de sana juventud y mucha disciplina. Asistí a partidos de fútbol en el Estadio Nacional y, como integrante de la barra de la Universidad Católica, participé en inolvidables clásicos universitarios. Eran momentos en que la vida me sonreía.

Concepción

Por circunstancias de su trabajo, al año siguiente Ismael y mi hermana regresaron a Concepción. Yo partí con ellos y tuve que interrumpir definitivamente mis estudios. Fue una lástima no poder seguir contando con el apoyo de mis familiares, pues solo me faltaba un par de años para titularme de contador. Entonces me vi obligado a entrar al mundo laboral y comencé a trabajar en una gasolinera —a tiempo completo y por un escuálido salario— como dependiente en el área de distribución de repuestos y accesorios de automóviles.

Ese mismo año, Gabriel González Videla, que había sucedido en la Presidencia

de la República a Juan Antonio Ríos, dictó la Ley de Defensa de la Democracia, más conocida como la Ley Maldita, que proscribió al Partido Comunista, entidad política que había contribuido a su elección. Con la promulgación de esta ley se inició una persecución feroz en contra de los comunistas en todo el país. Los militantes del partido fueron borrados de los registros electorales; sus representantes en el Parlamento y municipalidades, inhabilitados para ejercer sus cargos, y los funcionarios públicos, exonerados. Además, se prohibió toda forma de organización y propaganda, y se limitó el derecho a huelga de los trabajadores. Finalmente, se abrió un campo de concentración en Pisagua, donde fueron recluidos, en pésimas condiciones, muchos dirigentes y militantes comunistas.

Pese a todo, continué activamente con mi actividad política y pronto fui promovido a mayores responsabilidades dentro de la organización. No sé si se debió a mis habilidades o mi nivel de compromiso, lo cierto es que fui nombrado encargado regional de las Juventudes Comunistas de Concepción y, por primera vez, conocí la represión y el trabajo político clandestino. En condiciones riesgosas, llevábamos a cabo todo tipo de iniciativas para denunciar las arbitrariedades de la persecución que eran objeto los comunistas y la vulneración de los derechos de los trabajadores. En una oportunidad, en el mural que mantenía el diario El Sur de Concepción en el frontis de su sede —donde se publicaban noticias para conocimiento de los transeúntes— realicé una atrevida acción de propaganda: redacté una nota a máquina de una carilla a nombre del diario, donde denunciaba la existencia del campo de concentración en Pisagua y llamaba a una movilización de protesta y repudio al traidor González Videla, que por esos días visitaría la ciudad. Pegué la nota en un lugar destacado del mural y me fui, en compañía de mi hermano Germán, para observar desde la distancia la reacción del público que se agolpaba frente al panel. Como era de esperar, al día siguiente, en la primera página del matutino, se publicaba un categórico desmentido y se acusaba a «audaces e inescrupulosos desconocidos, que, en forma coludida, habían colocado en el mural semejante falacia, y que, por tanto, la dirección del diario se desligaba de cualquier responsabilidad».

Amador Cea

Una noche, junto con un grupo de brigadistas realizamos rayados murales callejeros. Nuestras injuriosas consignas contra Videla, que recorrían prácticamente toda la ruta por donde se desplazaría el gobernante durante su llegada a la ciudad, causaron la furia de las autoridades locales, quienes se abocaron a la tarea de identificar y aprehender a los responsables del grupo de «sediciosos». Uno de los participantes, el joven Amador Cea, fue detenido y, bajo torturas en el cuartel policial, mencionó mi nombre. Dos carabineros se presentaron en mi lugar de trabajo y procedieron a arrestarme ante la desconcertante mirada de mis compañeros. Se me acusaba de liderar una brigada ilegal de propaganda que profería injurias contra el presidente de la república, lo que yo negué rotundamente. Al día siguiente me carearon con Amador Cea, quien se encontraba en deplorables condiciones a causa de los golpes y torturas que había sufrido. Yo, a pesar de las amenazas de mis carceleros, reiteré mi declaración de inocencia.

Después del careo, curiosamente me encerraron en la misma celda con Amador, así que aproveché para urdir una estrategia que pudiera sacarnos a ambos de la situación en que estábamos. Le propuse que en el próximo interrogatorio declaráramos que efectivamente habíamos participado en los rayados murales, pero que ambos habíamos sido contratados para ese trabajo por un diputado de la Falange Nacional, lo que ciertamente nunca había ocurrido. Amador, que estaba asustado y en muy malas condiciones físicas y psicológicas, aceptó de inmediato. La idea era temeraria pero inteligente y tenía su lógica. La Falange, si bien era un partido de la derecha, se caracterizaba por ejercer una fuerte oposición al gobierno de González Videla. Al día siguiente ambos declaramos esa versión y dio resultado: cesaron los interrogatorios y al cabo de un par de días fuimos puestos en libertad.

Más tarde me enteré por Zegers, un abogado independiente que estaba a cargo de nuestra defensa, que fue el propio González Videla quien, informado del hecho, habría dado la orden de que nos dejaran en libertad, pues, según sus palabras «esos muchachos son utilizados y mandados por pescados gordos». Nuestra detención, así como las manifestaciones de protesta que realizaron grupos organizados en demanda de nuestra libertad, fueron noticias destacadas en los medios de comunicación durante esos días. Al salir de la comisaría, un numeroso grupo de personas nos aguardaba para vitorearnos, pero Amador, en una actitud explicable solo por el agobio y el inmenso daño que le habían producido las torturas, se alejó presuroso y nunca más lo vimos.

Pablo Neruda, que en esa época vivía en situación de clandestinidad a causa de la Ley Maldita, tomó conocimiento de los apremios a los que había sido sometido el joven Amador Cea y le dedicó un dramático poema en su Canto General. Al leerlo advierto que la información que recibió Neruda acerca de las circunstancias de la detención de Amador fue en parte distorsionada. Sin embargo, la imprecisión no impide que el poeta rinda un justo homenaje a ese joven luchador.

Diputado electo y la trampa oficial

A raíz de mi detención, y sin mediar explicación alguna, fui despedido de la gasolinera, así que comencé a trabajar como junior en la Fábrica de Paños de Concepción. Me relacioné rápidamente con los dirigentes sindicales de la empresa. En el sindicato participaban conjuntamente profesionales, administrativos y obreros. Yo pertenecía a la planta de administrativos, y transcurrido algún tiempo fui elegido como integrante de la directiva del sindicato. Desde esta posición participaba en la elaboración de los pliegos de peticiones, que incluían: el respeto de la empresa por la organización sindical y sus dirigentes, el respeto por los contratos de trabajo y el pago justo de las horas extraordinarias. También exigíamos el término de los despidos arbitrarios y colaboración en el mantenimiento y mejoría del economato del sindicato, donde los trabajadores podíamos adquirir alimentos, ropa y otros bienes básicos para el hogar. Además, conseguíamos apoyo de la empresa para las actividades deportivas y recreativas que el sindicato organizaba para los trabajadores y sus familias.

Mi participación como dirigente, comprometida y enérgica a la hora de plantear las reivindicaciones de los trabajadores a los cuales representaba, no fue del agrado de los gerentes de la empresa y en 1952 me despidieron. Si bien las leyes laborales de la época no contemplaban el fuero sindical, al menos obligaban a la empresa a indemnizar a los trabajadores que, siendo dirigentes sindicales, eran despedidos. Yo no tuve alternativa. El despido se cursó y me pagaron la indemnización, que me sirvió para vivir un par de meses.

En 1952 asumió la Presidencia de la República, por segunda vez, el general

Carlos Ibáñez del Campo, quien venció mayoritariamente en las urnas a Arturo Matte, Pedro Enrique Alfonso y Salvador Allende. El Partido Comunista, que continuaba en la ilegalidad a la que lo había condenado el gobierno de González Videla, apoyó a Allende, pero ese respaldo era difícil de concretar, no solo por las difíciles condiciones que teníamos para realizar una campaña electoral a causa de la ilegalidad, sino también porque sus militantes habíamos sido eliminados de los registros electorales. Concluida la elección presidencial, comenzó el proceso eleccionario municipal y parlamentario, que se llevaría a cabo en marzo del año siguiente. Yo, con 22 años de edad, fui nominado candidato a regidor (lo que ahora se llama concejal) por la comuna de Concepción, y el camarada Gilberto Grandón, un poco mayor que yo, fue nominado candidato a diputado. Ambos postulábamos por el Partido del Trabajo, un partido de menor alcance que le permitía a los comunistas inscribir a sus representantes.

La campaña fue ardua. En febrero de 1953, a un mes de la elección, Grandón pronunció un encendido discurso en la Universidad de Concepción en el cual reconoció públicamente su militancia comunista, lo que significó que le aplicaran la Ley de Defensa de la Democracia y que su nombre fuera eliminado de la lista de candidatos del Partido del Trabajo. Ante esa situación, con sorpresa me enteré de que el Partido Comunista había tomado la decisión de retirarme como candidato a regidor e inscribirme como candidato a diputado en reemplazo de Grandón. Me sentí emocionado y orgulloso de ser designado para una responsabilidad política tan importante siendo yo tan joven e inmediatamente me dispuse a asumir con entusiasmo esta nueva tarea.

Con escasos recursos y en compañía de Grandón, inicié mi campaña parlamentaria visitando numerosas localidades, especialmente de las comunas más populosas de la provincia, como Coronel, Lota, Talcahuano y Chiguayante. En la plaza de cada pueblo, utilizando un banco como estrado y premunidos de un megáfono, invitábamos a los vecinos a acercarse al lugar. Transcurridos diez o quince minutos, y sin que ningún parroquiano apareciera, comenzábamos nuestro encendido y apasionado discurso; al cabo de un rato, observábamos con agrado que dos o tres valientes campesinos, vistiendo poncho y con la chupalla hasta las cejas, se acercaban y ubicaban detrás de los árboles para escuchar nuestro mensaje. Luego de una media hora, la concurrencia podía aumentar a una docena de personas, lo que era muy estimulante para nosotros, y a esas alturas, al concluir nuestras proclamas, hasta lográbamos arrancar del auditorio algunos tibios aplausos. Nuestra jornada era un éxito total cuando lográbamos

convocar una treintena de personas.

En una oportunidad, en Chiguayante, observamos que un señor de fundo se detuvo en un costado de la plaza donde nosotros llevábamos a cabo nuestro improvisado mitin y permaneció atento, escuchándonos hasta el final. Nosotros estábamos desconcertados. Al término de nuestra rutina, el señor se nos acercó y se presentó como el jefe de campaña de los candidatos del Partido Conservador, y acto seguido nos manifestó con respeto: «Chiquillos, quiero felicitarlos y decirles que ustedes me han emocionado por el entusiasmo y compromiso con que llevan a cabo su tarea». Nosotros le agradecimos sus palabras, pues nos parecieron sinceras, y aceptamos su invitación a servirnos un vaso de mote con huesillos en el kiosco de la plaza, lo que nos vino de suyo reparador, ya que no habíamos consumido alimento alguno en toda la jornada.

Las elecciones se llevaron a cabo el domingo 1 de marzo. Al día siguiente, el periódico *El Sur* de Concepción daba cuenta de que los señores Espina, Serrano, Enríquez, Toro, Rodríguez, Zúñiga, Corbalán y Valdés serían los nuevos diputados de la Provincia; pero, luego de maquinaciones y arreglines bastante turbios, en los que no estaba ajeno el Partido Socialista, cuyas relaciones con el PC eran bastante tensas, se desconoció mi legítimo triunfo en la elección.

Mi primera experiencia internacional

Al año siguiente fui nominado, junto con Manuel Cantero, para asistir como delegado de las Juventudes Comunistas de Chile al XII Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas de la Unión Soviética. En la URSS fui invitado a efectuar una intervención en Radio Moscú, en el programa para América Latina y España. Mi alocución, que valoraba los esfuerzos de participación de los jóvenes soviéticos y daba cuenta de las luchas reivindicativas de los jóvenes chilenos de acuerdo con la contingencia política del momento, fue ampliamente difundida. Durante el congreso, se abordaron temas relacionados con el importante aporte de la juventud en el plano científico, técnico, cultural, deportivo y recreativo, así como la contribución de las nuevas generaciones al fortalecimiento del Estado soviético. Estar ahí, conocer una nueva realidad, escuchar los planteamientos, inquietudes y experiencias de los jóvenes del

primer Estado socialista del mundo, constituyó, a mis 24 años de edad, una experiencia inolvidable.

La gente del carbón

A mi regreso, y fortalecido políticamente con mi participación en el proceso eleccionario y en el evento internacional en la URSS, continué mi trabajo político en la Jota y posteriormente en el partido, llegando a ocupar el cargo de secretario regional del PC en Concepción.

En 1958, mi hermano Germán conoció a Marta, una joven campesina de la zona que había emigrado a la ciudad junto a su hermana Quela para trabajar como meseras en una conocida fuente de soda de la calle Barros Arana. Germán inició una relación con Marta, con la cual más tarde se casó, y yo, sin mayor compromiso, comencé a salir con Quela. Como funcionario a tiempo completo del partido, con 28 años de edad, no estaba dentro de mis planes construir una familia todavía; sin embargo, Quela, de la que no puedo decir que estuviera enamorado, quedó embarazada. El dirigente Galvarino Melo, que viajaba con frecuencia desde Santiago a la zona, supuestamente a nombre de la Comisión de Control y Cuadros, junto con Santos Leoncio Medel, cual inquisidores eclesiásticos, me informaron que estaban en conocimiento del embarazo de Quela y que la Dirección del partido había determinado que no era suficiente que yo asumiera la paternidad de la criatura y que, para evitar un escándalo que dañara la imagen del partido, debía casarme. Tal sentencia me cayó como un balde de agua fría. Ante tanto abuso de poder me sentí atemorizado, sorprendido, sin margen de reacción. El partido era todo lo que tenía y no estaba dispuesto a perderlo. Sentí que no tenía espacio para discutir otra opción, así que acaté la resolución de la Dirección pensando que, posteriormente, quizás en otra instancia, con otros dirigentes, la medida podría ser revertida. Pero no hubo otra instancia. Todo era muy injusto, aunque también debo reconocer que no fui capaz de resolver mi problema personal al margen del Partido. Así, una tarde gris y deslucida, acompañado por un par de camaradas que oficiaron como testigos, contraje matrimonio con Quela, la muchacha campesina de la fuente de soda de la calle Barros Arana de la cual no estaba enamorado. Me conformé pensando que nuestra relación podría evolucionar en forma positiva y que ella podría

llegar a ser una buena compañera. En noviembre de 1958 nació Alicia, nuestra primera hija.

En el intertanto, en un congreso del partido fui ratificado como secretario regional de Concepción y mi nivel de responsabilidades se acrecentó. Me correspondió trabajar intensamente en la reñida campaña presidencial en la que postulaba Salvador Allende por segunda vez, ahora apoyado por el FRAP, una alianza popular socialista-comunista. En esa oportunidad Allende obtuvo el 28% de la votación y Jorge Alessandri Rodríguez fue el vencedor con solo el 31% de los votos. Gracias a mi trabajo político en la zona conocí a fondo los problemas de los trabajadores del carbón, a los que ayudábamos en su organización y lucha. Le dábamos la mayor importancia a la creación y desarrollo de células partidarias de mineros, jóvenes y mujeres en la zona del carbón, quienes actuaban como motores en la lucha por mejores condiciones laborales, de bienestar y educación para sus familias. La gente del carbón, de Lota, Coronel y Curanilahue fueron para mí verdaderos maestros de la sencillez, del esfuerzo y la solidaridad. Con ellos sostuve largas reuniones de trabajo, que no estaban exentas de anécdotas y episodios simpáticos.

Una vez se realizaba, a las nueve de la mañana, una reunión de una de las tantas células partidarias (fijamos esa hora para facilitar la asistencia de los compañeros que venían saliendo del turno de noche), donde comenté, entre otros temas, una resolución del XX Congreso del PCUS que se refería a lo dañino que resulta en política, y para el desarrollo del movimiento obrero, rendir culto a la personalidad de sus líderes. Argumenté que los dirigentes debían dejar de lado la arrogancia y, por el contrario, caracterizarse por ser democráticos, saber escuchar y atender los problemas de la gente. Mientras hablaba, veía que uno de los mineros de pronto se quedaba dormido para luego despertar, y así sucesivamente. Cuando terminé y comenzó la ronda de opiniones, el primero en tomar la palabra fue el minero somnoliento: «Yo, compañeros, estoy de acuerdo con lo que dijo el compañero Toro. A los dirigentes hay que rendirles culto, y hay que rendirles culto porque ellos se sacrifican tanto, compañeros. Así que, como dije, estoy de acuerdo». En otra ocasión, en una reunión de célula recibíamos con gran solemnidad a militantes nuevos. Junto con darles la bienvenida, entregué el informe político de la semana, y una vez concluido, el secretario político de la célula ofreció la palabra. Cuando llegó el turno de hablar, uno de los militantes nuevos se paró y dijo solemnemente: «Compañeros, yo no sé hablar, por lo que les voy a cantar un tango»... y así lo hizo. Por último, en una asamblea que se realizó para explicar y llamar a rechazar un proyecto de

ley laboral que en ese momento se discutía en el parlamento, al momento de la votación, a un compañero que se había quedado dormido le preguntaron: «Usted, compañero, está de acuerdo o no con impugnar la ley?». El minero, aún con la mente confusa por el sueño, ni siquiera parpadeó para responder con firmeza: «Sí, compañero, yo estoy de acuerdo. ¡A mí anóteme pa' rempujar! »

Así de simple y llena de humanidad es la gente del carbón.

En la China de Mao

En 1959 viajé a Pekín, capital de la República Popular China, junto con destacados compañeros como Rafael Cortés, Mario Silva, Ulises Araya y José Balladares, con el objeto de cumplir una beca de estudios de un año en la Escuela de Cuadros del Partido Comunista de China. La idea era preparar a este grupo de dirigentes mediante el estudio del marxismo-leninismo y el conocimiento práctico de la realidad de un Estado socialista, como era la República Popular China.

Durante el desarrollo del curso estudiamos en profundidad temas de ciencias sociales, economía, política, filosofía, ética y moral; historia del movimiento obrero y comunista internacional; el proceso revolucionario y social chino, y el papel del partido en la transición hacia una sociedad socialista. También conocimos de cerca el trabajo de los profesionales y técnicos soviéticos que se desempeñaban en las distintas ramas de la economía china. Y, en conformidad con el programa del curso, en Pekín, Shangai y Cantón, visitamos sectores industriales y comunas populares rurales; lugares de significación histórica: el Palacio de Gobierno, la plaza de Tian'anmen, la Gran Muralla China y la Ciudad Prohibida; asistimos a expresiones de su cultura milenaria, como la opera china, y a representaciones circenses, deportivas y artísticas diversas y de gran calidad.

Constaté, en la práctica, cómo la República Popular China, a solo diez años de haber tomado el Partido Comunista el control del gobierno, y considerando su larga historia de hambrunas, opresión, desigualdades y guerras, había logrado enormes avances en pro del bienestar de su pueblo, los que se materializaban, entre otros, en: el término de la propiedad feudal de la tierra, el establecimiento

de la colectivización agrícola, la reconstrucción de su economía, el desarrollo de la industria, el freno a las desigualdades sociales, y en avances significativos en el plano de la salud, la educación y el bienestar en general. Así, China se transformaba, junto con la Unión Soviética, en una de las principales potencias del campo socialista.

En política exterior, la República Popular China era un miembro activo del movimiento comunista internacional —desde que en 1950 firmara un tratado de amistad y alianza con la Unión Soviética—. No obstante, el Partido Comunista chino cambió su posición posteriormente, cuando discrepó de las conclusiones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, realizado en 1956, y de la Conferencia de Partidos Comunistas, realizada en Moscú en 1957, en lo que respecta a la caracterización de la época, incluido el papel del imperialismo.

Estas discrepancias se profundizaron, al punto que, estando nosotros en la etapa final del curso en China, percibimos la fuerza de las hostilidades en contra del PCUS y de los técnicos soviéticos que colaboraban en ese país. Como grupo de estudiantes comunistas chilenos expresamos nuestra protesta, restándonos de asistir al último seminario del curso y abandonando el país antes de la fecha prevista y con destino a Moscú. Esta medida, que podría parecer antojadiza y precipitada, no fue tal. Los fundamentos de ella los escribí algunos años más tarde en un artículo que publicó el diario *El Siglo*¹ y cuyos párrafos principales trascribo, pues constituyen una síntesis interesante de la realidad

política a la cual yo adscribía con tanta pasión en ese momento:

Ante las divergencias surgidas entre el movimiento comunista internacional y los camaradas chinos es fundamental tener en claro el carácter de la época en que vivimos y la línea general aprobada por los comunistas de todo el mundo, suscritas en las declaraciones de 1957 y 1960.

En este último período, los camaradas chinos atacan a los demás partidos comunistas, y en particular al partido de la Unión Soviética, acusándolos de ser ellos los que se apartan de las declaraciones de 1957 y 1960. Con lenguaje altisonante y despliegue de «verborrea revolucionaria», se auto eligen como los

verdaderos revolucionarios y únicos poseedores de la verdad, y a pesar de que para cada «argumentación» o declaración comienzan hablando del marxismo-leninismo y de las declaraciones de 1957 y 1960, concluyen tergiversando los principios, difamando y calumniando al movimiento comunista internacional.

[...]

Es por ello, que los camaradas chinos, en los hechos, desconocen el carácter de la época y discrepan de la línea general del movimiento comunista internacional. Extraen de aquí y de allá frases truncas, lo más «revolucionarias» posibles, para justificarse.

En el movimiento comunista internacional hay elementos revisionistas y dogmáticos. Los primeros llegan a negar los principios básicos del marxismo-leninismo. Los segundos no quieren ver los cambios fundamentales que se han producido en el mundo ni las nuevas situaciones favorables al movimiento obrero y a todo el movimiento de liberación. De ahí es que la lucha contra el revisionismo y el dogmatismo, contra el egoísmo y la estrechez nacional, sigue siendo una de las principales tareas del movimiento comunista.

Durante años, los partidos comunistas caracterizaban la situación mundial como época del imperialismo, de las guerras y de las revoluciones proletarias. Durante años esta caracterización estaba en correspondencia completa con la realidad. Últimamente, después de la Segunda Guerra Mundial ha habido cambios radicales en la situación internacional. El triunfo de las revoluciones democráticas significó la ruptura frontal del campo del imperialismo. Se creó el sistema socialista mundial.

[...]

El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética constató una nueva correlación de fuerzas de clases en la escena internacional. Indicó que el imperialismo ya no es el factor determinante del desarrollo internacional. Que este factor determinante del que depende el destino de la humanidad es ahora el socialismo. Sin embargo, la acción del imperialismo tropieza cada día más con el avance de las fuerzas antiimperialistas. Basándose en eso, el XX Congreso llegó a la conclusión de que actualmente las guerras pueden ser evitadas. Que hay fuerzas poderosas que pueden impedir el desencadenamiento de la guerra.

No es correcto relacionar las revoluciones proletarias solamente con las guerras mundiales. El derrocamiento del capitalismo es posible sin que esté presente la guerra. En la época actual se abren distintos caminos para el triunfo de la revolución proletaria, y ahora las condiciones son mucho más favorables para el triunfo del socialismo. Incluso para los países débiles económicamente. El imperialismo ya no puede impunemente llevar la exportación de la contrarrevolución. La existencia del sistema socialista mundial es garantía para los países que han conquistado su independencia.

[...]

Después del XX Congreso todos los partidos comunistas elaboraron su estrategia y táctica con arreglo a las nuevas condiciones. Es evidente que este trabajo creador se ha realizado en condiciones muy complicadas. Por un lado, en lucha contra el revisionismo y, por otro, la lucha contra el dogmatismo y el sectarismo, que para nosotros en este instante constituye el peligro principal.

En 1957 y posteriormente en noviembre de 1960, en Moscú, fueron planteados y discutidos en su conjunto estos problemas. Los representantes de 81 partidos comunistas del mundo analizaron la situación internacional y los problemas más importantes de la actualidad. Allí se dio una caracterización científica de la

época actual: «Nuestra época, cuyo contenido fundamental lo constituye el paso del capitalismo al socialismo, iniciado por la gran revolución socialista de octubre, es la época de la lucha de los sistemas sociales diametralmente opuestos; la época de las revoluciones socialistas y las revoluciones de liberación nacional; la época del hundimiento del imperialismo, de la liquidación del sistema colonial; la época del paso de más y más pueblos al camino socialista; la época del triunfo del socialismo en escala universal».

Queda en claro también que el problema más apremiante es el de evitarle a la humanidad una catástrofe termonuclear mundial. Por ello los partidos comunistas y obreros de todo el mundo consideran que la lucha por la paz sigue siendo su tarea principal. Pero aquí nuevamente los camaradas chinos se lanzan al ataque del movimiento comunista internacional y de los intereses de todos los pueblos de la tierra y manifiestan su total disconformidad por el acuerdo suscrito en Moscú entre la Unión Soviética, Estados Unidos e Inglaterra para limitar y prohibir los experimentos nucleares; gran paso hacia la paz, que ha sido saludado con alborozo por todo el mundo y que responde a la aplicación consecuente de la principal tarea de los comunistas: consolidar la paz.

Los camaradas chinos subestiman la nueva época, se olvidan en la práctica del auge revolucionario y liberador de los pueblos y, además, niegan en los hechos la capacidad de vanguardia de los partidos comunistas del mundo.

El 19 de noviembre de 1957 los partidos comunistas y obreros lanzaron un histórico «Manifiesto de la Paz» a todos los pueblos del mundo, que también firmaron los camaradas chinos, pero estos, en la práctica, con su actitud dogmática y sectaria, han desconocido el texto cuyas frases finales expresan lo siguiente:

«Llamamos a que, de hoy en adelante, los países con distintos sistemas sociales emulen en el desarrollo de la ciencia pacífica, de la técnica pacífica, que demuestren su superioridad no en campo de batalla, sino en la emulación por el

progreso, por la elevación del nivel de los pueblos. Tendemos la mano a todos los hombres de buena voluntad. Con el esfuerzo conjunto, desprendamos el pesado fardo de los armamentos que agobia a los pueblos, liberemos al mundo del peligro de guerra, muerte y destrucción. Ante nosotros se abre el futuro luminoso y feliz de la humanidad que marcha hacia el progreso».

Regresé de China a retomar mis actividades como secretario regional del Partido de Concepción y, en septiembre de 1960, nació Eduardo Enrique, mi segundo hijo.

URSS. Curso internacional para dirigentes políticos

En agosto de 1961 obtuve una nueva beca del partido para asistir a un curso internacional de dirigentes políticos, esta vez en la Unión Soviética, junto con los destacados camaradas Sergio Vuscovic, Waldo Pizarro, Luis Alberto Mancilla, Mario Silva y Samuel Riquelme.

El curso, que en extensas y agotadoras, pero atractivas e interesantes jornadas de trabajo, consideraba temas de economía política, ciencias sociales, filosofía, historia de la URSS y del movimiento comunista internacional, se llevó a cabo en la Escuela Central de Cuadros del PCUS, que funcionaba en un cómodo inmueble en las afueras de Moscú, rodeado de hermosos bosques de abedules.

Compartíamos las aulas con camaradas latinoamericanos que, al igual que nosotros, se preparaban políticamente para asumir responsabilidades superiores como cuadros dirigentes en sus respectivos países. Entre ellos se encontraba la delegación cubana, compuesta por cuatro compañeros, cuya amistad y convivencia se vio alterada bruscamente con la noticia de la condena y marginación del aparato gubernamental revolucionario en Cuba del dirigente Aníbal Escalante Dellundé, secretario de organización del Partido Socialista Popular (nombre que tenía el Partido Comunista), a causa de discrepancias sobre la conducción del proceso revolucionario en la isla.

Yo, que conocía la trayectoria de Escalante en el proceso liberador de la dictadura de Batista en Cuba, me abandericé con los camaradas que repudiaban la medida de su marginación. En una clase especial que se llevó a cabo para tratar el tema, uno de los profesores de historia fundamentó favorablemente la medida disciplinaria aplicada, ensalzando la figura y personalidad de Fidel Castro como el líder indiscutible, irrefutable e infalible de la revolución cubana. No compartí la opinión del profesor y argumenté que, a la luz de las enseñanzas emanadas del XX Congreso del PCUS, esa medida era improcedente, precipitada y arbitraria y que estaría demostrando lo dañino que podrían resultar, para el desarrollo del proceso revolucionario de Cuba, manifestaciones tan claras de culto a la personalidad del líder, y agregué que no estaba allí para que me enseñaran cómo simpatizar con el jefe o cómo elevar a los cuernos de la luna a nadie, sino para aprender cómo el dirigente revolucionario debe aplicar los principios socialistas en la conducción de un proceso de cambio.

Mi planteamiento, recibido con mayor o menor aceptación por los participantes, generó nuevas instancias de discusión. El filósofo Labrov, director académico de la Escuela, así como la profesora de Economía Política, coincidieron conmigo. Ambos profundizaron sobre los alcances y significado del daño que produjo, no solo a la URSS, sino a todo el movimiento comunista, obrero y revolucionario mundial, la práctica del culto a la personalidad de Stalin, denunciado y condenado en el XX Congreso del PCUS. También manifestaron que el profesor de Historia había cometido un grave error de apreciación al estimular el culto a la personalidad de Fidel Castro, lo que había derivado en la división de la delegación cubana.

Al igual que en China, el curso consideraba actividades extra programáticas que se llevaban a cabo dentro y fuera de la escuela. En las aulas recibíamos la visita de destacados deportistas y figuras del mundo de la cultura, que nos dictaban charlas acerca de las políticas y desarrollo del deporte y la cultura en la URSS. También recibimos la visita de Dolores Ibarruri, la «Pasionaria», destacada dirigente política española que por esos días asistía junto a Luis Corvalán, secretario general del PC de Chile, al XXII Congreso del PCUS.

Inolvidable resultaba para cada uno de nosotros asistir a espectáculos deportivos, de teatro, ópera y circo, pero sobre todo apreciar las representaciones en el prestigioso teatro Bolshói, uno de los mejores escenarios de ballet del mundo, en donde la belleza y virtuosismo me emocionaban hasta las lágrimas. También fue de extraordinario interés la visita a algunos centros productivos en la ciudad y a

los koljoses —organizaciones campesinas de producción colectiva de la tierra— en el campo.

La histórica ciudad de San Petersburgo (ex Petrogrado), denominada en aquella época Leningrado —nombre que se le dio a partir del triunfo de la revolución de 1917— constituyó para el grupo de estudiantes una rica experiencia de aprendizaje. La visita al mítico crucero Aurora y el maravilloso espectáculo de las noches blancas a orillas del río Neva son recuerdos imborrables, pero lo más significativo desde el punto de vista cultural fue, sin lugar a dudas, recorrer los salones del Hermitage, uno de los museos más importantes y hermosos del mundo, que alberga miles de obras de arte de los más destacados cultores de la vieja Europa. El edificio más grande del Hermitage, construido entre los años 1754 y 1762 y que se caracteriza por su majestuosidad y lujo, corresponde al Palacio de Invierno, antigua residencia de los Zares. El museo fue fundado en 1764 por la emperatriz Catalina II, pero a él únicamente tenían acceso los miembros de la nobleza; en 1917, solo después del triunfo de la revolución, fue abierto al público.

Concluido el curso, la Dirección de la escuela nos ofreció a cada uno de nosotros que eligiéramos cualquier república de la Unión Soviética que quisiéramos visitar, para tomar unas breves vacaciones antes de regresar a Chile. Junto con Sergio Vúscovic y Waldo Pizarro, elegimos Tiflis, la capital de la República de Georgia. Se trataba de un lugar multicultural con una nutrida historia de invasiones, guerras, conflictos y anexiones. Pero no era conocido únicamente por su belleza, cultura y geografía, sino por ser la cuna de Josif Dzhugashvili, prominente bolchevique ruso, más conocido como Stalin, quien, como es sabido, alcanzó la más alta posición en el Estado soviético, sucediendo a Vladimir Ilich Lenin y dirigiendo los destinos de la URSS hasta 1953. Fueron cerca de 700 mil los georgianos que pelearon como soldados del Ejército Rojo contra la Alemania nazi y casi 350 mil de ellos murieron en los campos de batalla del frente oriental.

Estos datos históricos no dejaban de ser relevantes para nosotros, sobre todo porque teníamos curiosidad por saber cómo se habían aplicado allí las resoluciones del XX Congreso del PCUS, que condenó al georgiano Stalin. Efectivamente, el congreso no solo había condenado el culto a la personalidad de Stalin, sino desenmascarado y condenado sus crímenes. Como consecuencia de esas resoluciones, su cuerpo embalsamado, que yacía en el mausoleo de la Plaza Roja junto a Lenin y que yo había tenido la oportunidad de visitar en mi estadía anterior a Moscú, había sido removido y reubicado en las murallas del Kremlin.

La caída en desgracia del otrora gran héroe de la Segunda Guerra Mundial era total, y sus estatuas habían sido retiradas de todos los lugares públicos .

Sin embargo, no exentos de sorpresa, constatamos que en Tiflis la cosa era distinta. Algunas estatuas efectivamente habían sido retiradas, pero su gran mayoría seguían erguidas, intactas en sus pedestales. En edificios públicos todavía se veían grandes cuadros con su imagen y las opiniones de la gente con las que nosotros nos relacionábamos respecto del líder eran contradictorias, vagas o evasivas.

Recuerdo con simpatía las advertencias de nuestro profesor de filosofía cuando, antes de salir rumbo a Tiflis, nos recomendó que si queríamos aprovechar en todo su esplendor nuestra visita a esa hermosa ciudad, nos cuidáramos a la hora de probar los famosos mostos tsinandalis —graduados del uno al diez—, pues de no tener la prudencia necesaria, nos dijo, nos mantendría todo el tiempo en el suelo. En realidad, no fue para tanto, pero debo decir que al visitar las centenarias bodegas de vinos de Tiflis, al compás de la música tradicional, interpretada por alegres georgianos premunidos de sus atuendos e instrumentos típicos, los tsinandalis nos jugaron una mala pasada. Recuerdo la risa que nos ocasionaba cuando, a la altura de unas botellas número cuatro o cinco, un grupo de desinhibidos georgianos brindaban a todo pulmón: «¡Eslava Stalin, eslava Stalin!» (¡Gloria a Stalin, gloria a Stalin!). De cómo salí de la bodega para llegar a la superficie y, luego, a nuestro hotel, debo confesar que no recuerdo nada.

Con la alegría de haber compartido con el fraternal pueblo georgiano y con la imagen de la bella Tiflis y las playas del mar Negro todavía en la retina, regresamos a Moscú, desde donde debíamos emprender nuestro regreso a Chile. Cuando me despedí del director de la Escuela, él me relató que durante la semana que yo había estado en Tiflis se habían contactado con la Dirección del PC chileno para solicitarles autorización para proponerme que yo continuara en la URSS durante dos o tres años y así completar mi formación. Me dijo que la Escuela había evaluado mi rendimiento como muy satisfactorio y que tenía todas las condiciones para titularme en disciplinas de nivel superior. El ofrecimiento incluía traer a mi familia a Moscú. La respuesta de Santiago fue negativa, pese a que ellos insistieron en dos oportunidades. La decisión de la Dirección chilena fue errada e injusta, ya que se me negó la única oportunidad que tuve en mi vida de haber obtenido un título universitario de buen nivel, y que tanta falta me hizo.

En octubre de 1962 regresé a Chile, en donde me reuní con mi grupo familiar

que contaba con una nueva integrante, Doris Ruth, mi tercera hija, que había nacido en febrero de ese mismo año. También me esperaba una nueva responsabilidad política, esta vez en Valparaíso.



Durante su adolescencia, en el cerro Nielol de Temuco, en compañía de Ismael Gajardo.



Alumnos del Instituto Comercial N°2 de Santiago. Alejandro Toro es el alumno del medio en la última fila.



Realizando trabajos voluntarios de remoción de escombros dejados por el terremoto en Concepción (1960).



En el río Yangzi, República Popular China (1959), junto a la intérprete y algunos profesores de la Escuela de Cuadros. Este río es particularmente conocido en China por ser el lugar donde nadaba Mao Zedong en compañía de sus escoltas.



En Moscú (1954). Grupo de dirigentes latinoamericanos (cubanos, venezolanos, argentinos, brasileros y uruguayos) que asistían al XII Congreso del Komsomol Soviético. Todos los edificios y torres que se ven en la foto corresponden a parte del Kremlin.



Moscú (1961). Si bien la foto es de mala calidad tiene gran valor histórico. En ella, la destacada y legendaria luchadora española Dolores Ibarruri (al centro) visita a los participantes chilenos en la Escuela de Cuadros del Comité Central de PCUS. Junto a Alejandro Toro están Vúscovic, Pizarro y Uribe.

1 Alejandro Toro Herrera, El Siglo, agosto de 1963.

Segunda parte

Valparaíso (1962-1967)

Valparaíso

Luego de un par de meses en Concepción me trasladé a Valparaíso, por instrucción de la Dirección, para asumir la Secretaría Regional del partido. Me instalé en una modesta pensión del puerto, en espera de ser presentado en mi nueva instancia partidaria. A estas alturas de mi vida, con 32 años, se podría decir que había completado mi formación como dirigente y que mi «carrera» política iba en ascenso: ahora se me estaba entregando la responsabilidad de conducir al partido de una provincia importante, como Valparaíso.

Designado por la Comisión Política, el entonces diputado por Valparaíso Volodia Teitelboim debía llevar a cabo la tarea de presentarme al colectivo del Comité Regional. Ese momento tenía relevancia, dado que la Dirección estaba incorporando a ese colectivo un cuadro que no era de la región, un «afuerino». El regionalismo en este caso era una realidad, por lo que, para mí, el momento se presentaba con una cuota de incertidumbre, más aún cuando se me había advertido, sin mayor explicación, que ese Regional pasaba por un período de dificultades políticas y morales.

Sorteé con éxito ese momento. Volodia, junto con entregar la cuenta política de rigor, a la hora de presentarme se explayó en realzar mis virtudes. A mi turno, agradecí las conceptuosas palabras de mi presentador y manifesté algunas consideraciones políticas acordes al momento que vivíamos. Mis palabras aparentemente eran bien acogidas, sin embargo, lo que me abrió finalmente las puertas de los porteños fue cuando concluí mi intervención con la siguiente caricatura: expliqué al auditorio que venía llegando de la Unión Soviética, y que al mirar sus rostros me venía a la memoria un relato de los camaradas georgianos de Tiflis que, según su tradición, cuando reciben a un foráneo en su casa, primero le dan la bienvenida, lo atienden, lo acogen con calor humano y luego le

preguntan quién es y de dónde viene. Así, expresé a los camaradas de Valparaíso que tenía el sentimiento de que sería gratamente acogido y que les agradecía de antemano su fraternidad.

A principios de 1963 arrendé una sencilla vivienda en la parte alta de Quilpué, a donde llegó mi familia desde Concepción. Sin embargo, dado que mis actividades las desarrollaba principalmente en Valparaíso, no pasó mucho tiempo para que nos trasladáramos al puerto, a una vivienda del cerro Monjas. En julio de ese mismo año nació Víctor Antonio, mi cuarto hijo.

Participé intensamente en las campañas electorales de regidores de 1963 y 1967, y en la de diputados y presidencial de 1964. En esta última, el partido, como miembro del FRAP (Frente de Acción Popular), llevaba como candidato a Salvador Allende, con el cual compartí en varias oportunidades. Me correspondió organizar y asistir a innumerables reuniones, mítines y actos de proclamación de los candidatos en los barrios y centros laborales, especialmente portuarios, y en los comités de profesionales, de mujeres y de jóvenes, tanto en Valparaíso como en las diversas comunas de la provincia: Quilpué, Villa Alemana, Limache, Quillota y Calera.

En un pleno del partido, realizado en junio de 1963, fui nominado para integrar la Comisión Política del Comité Central (en calidad de suplente), junto con los titulares Luis Corvalán, José González, Orlando Millas, Óscar Astudillo, Manuel Cantero, Julieta Campusano, Volodia Teitelboim, Jorge Montes y Mario Zamorano. Esta designación significó para mí mayores responsabilidades de dirección y conducción del Partido Comunista chileno en el plano nacional e internacional. Recuerdo que ese pleno recibió la visita de Salvador Allende, quien con una vibrante intervención alentó a los dirigentes allí presentes a redoblar sus esfuerzos para ganar las elecciones:

Compañeros, he querido venir a saludarles, a expresarles mi confianza y mi fe en la decisión y esperanzas que el Partido Comunista ha puesto en la gran batalla por la liberación del pueblo de Chile. Creo innecesario que me extienda más en mis pensamientos porque, en general, coincido con el estudio acucioso de la realidad hecho en el informe del camarada Millas.

Ahora se hará necesario actuar con una mayor unidad, amplitud y organización. Yo vuelco esta preocupación porque tengo exacta conciencia de que será nuestra la victoria, siempre que todos y cada uno de nosotros pongamos el máximo interés y entusiasmo en el trabajo y hagamos de la unidad lo fundamental. Es imprescindible crear una mentalidad, un lenguaje, una actitud, un método nuevo en nuestra gente para que logremos ganar a las grandes masas de la población¹.

Complejo fue para mí cuando me correspondió intervenir un grupo disidente, encabezado por el senador comunista Jaime Barros Pérez-Cotapos y otros connotados militantes, como eran los abogados Luis Vega y Marcos Portnoy. Ellos habían iniciado una solapada campaña al interior del partido que estaba dirigida a reclutar compañeros para un movimiento que denominaban Espartaco, de inspiración maoísta. El caso, muy bullido por la prensa en ese momento, dada la popularidad del senador Barros, culminó con la expulsión de este grupo de las filas del partido.

En la Yugoslavia de Tito

En diciembre de 1964 viajé a Belgrado, capital de la República Federal Socialista de Yugoslavia, para asistir como delegado al VIII Congreso de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia, en representación del Partido Comunista de Chile.

En el acto de recepción a las delegaciones extranjeras, tuve el honor de conversar brevemente con el Mariscal Tito², presidente de la Federación y secretario general de la Liga de los Comunistas Yugoslavos. Le trasmítí a Tito el saludo de los comunistas chilenos y de su Comité Central y le expresé que en Chile aún recordábamos con agrado su visita de Estado y de amistad. Él, junto con agradecer, me expresó que, por mi intermedio, trasmitiera al Comité Central, a la Comisión Política, a todos los comunistas y al pueblo de Chile sus saludos personales, y a continuación me manifestó que conservaba con cariño el recuerdo de su estadía en Chile y lo elogió diciendo que «es un bello país que todos debieran conocer».

En su informe al congreso, el Mariscal Tito se refirió al cometido de la Liga de los Comunistas yugoslavos en la futura edificación de las relaciones sociales socialistas, los problemas de actualidad en el movimiento obrero internacional y la lucha por la paz y el socialismo en el mundo.

En mi saludo al evento, destaque que era la primera vez que el Partido Comunista chileno concurría a este congreso y que la clase obrera y el pueblo de Chile sentían una profunda admiración por la lucha heroica del pueblo yugoslavo contra el fascismo. Agregué que una demostración palpable del cariño de Chile hacia Yugoslavia fue la cordial acogida que le brindó nuestro país al camarada Tito, y que la clase obrera y el pueblo chileno celebraban los éxitos alcanzados por el laborioso y heroico pueblo de Yugoslavia en la construcción del socialismo.

A mi regreso informaría al Comité Central y a la prensa chilena sobre el evento, destacando los aspectos de mayor interés, los que transcribo por su valor histórico:

En el VIII Congreso participaron delegaciones de obreros, productores, ingenieros, técnicos, mujeres y jóvenes. Cerca de 400 de los delegados habían participado en la guerra de liberación, en cuyos combates cayeron 1 millón 400 mil patriotas.

El congreso de los yugoslavos reforzó la construcción del socialismo y ratificó los acuerdos del XX y XXII Congreso del PCUS. Este progreso se derivó del interés común en la consolidación del socialismo y de la paz.

El sector socialista de la economía yugoslava en la renta nacional pasó del 71 al 77%. La parte del sector socialista de la agricultura, en la venta de productos agropecuarios, aumentó del 23 al 40%, aunque las granjas socialistas disponían solo del 12% de la tierra cultivable. El principal problema de Yugoslavia era la necesidad de profundizar el carácter social de la propiedad agrícola.

Finalmente, el congreso destacó la alocución del delegado de España, quien valorizó una de las expresiones más altas del internacionalismo proletario: cuando la Liga Comunista Yugoslava envió una numerosa brigada a combatir por la República Española. Fueron 1.500 hombres, de los cuales la mitad murió

en los campos de batalla. La otra mitad regresó a Yugoslavia y, en gran parte, participó en la guerra de liberación contra el fascismo.

¿Qué pasó con Nikita Kruschev?

Antes de concluir el congreso yugoslavo abordé a Demichev —miembro del Comité Central de Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS)— y le planteé el interés de nuestro partido en aprovechar este viaje para entrevistarme con los camaradas del Departamento América del PCUS, con el objetivo de conocer de primera fuente los motivos y alcances por los cuales Nikita Kruschev había sido removido de los cargos de primer secretario general del PCUS y de primer ministro.

El camarada Kruschev, que se había destacado en el XX Congreso al dar conocer, por mandato del Comité Central, el «informe secreto» que revelaba los errores de conducción y crímenes de Stalin, derivados del culto a la personalidad y el daño que estos habían producido al desarrollo de la sociedad socialista; que había impulsado la reconciliación con la Yugoslavia de Tito; que no dudó en intervenir militarmente para aplastar la revuelta anticomunista en Hungría en 1956 y que había roto relaciones con la China de Mao Zedong en 1961 —todas medidas que el PC chileno había apoyado con lealtad—, había sido destituido, por lo que la medida no dejaba de sorprendernos.

Demichev acogió mi solicitud y, a través de su embajada en Belgrado, puso a mi disposición un pasaje para viajar a Moscú y arbitró las medidas para que fuera recibido por los responsables del Departamento América del PCUS. Al término de una fraternal despedida que me ofrecieron los camaradas de la Liga Comunista Yugoslava, me trasladé al aeropuerto para abordar el Aeroflot que me llevaría a Moscú.

Durante el vuelo repasaba una y otra vez los aciertos del gobernante destituido, como haber promovido la doctrina de la coexistencia pacífica con el mundo capitalista, fomentado la investigación científica, o haber plasmado avances significativos en la carrera espacial, gracias al lanzamiento del primer satélite en 1957 y el primer vuelo tripulado en 1961. En el plano interno, si bien

reconocíamos que había sufrido algunos reveses en la producción agraria, no era menos cierto que el impulso que había dado a la economía, incluyendo la descentralización y autonomía de las regiones y empresas, denotaba que la desestalinización de la URSS, de acuerdo a lo planteado en el XX Congreso, estaba en marcha.

En Moscú tuve un diálogo fraternal con los camaradas del Departamento América del PCUS. Luego de un prolongado intercambio de información y opiniones acerca de los últimos acontecimientos internacionales, expresé la preocupación del PC chileno por la falta de antecedentes que disponíamos acerca de la salida del camarada Kruschev de sus altos cargos de responsabilidad gubernamental y partidaria. Como las noticias que llegaban a Chile eran confusas y no explicaban claramente la medida, no podíamos formarnos una opinión respecto de la situación.

La respuesta fue categórica, simple y sin mayores fundamentos: el camarada Kruschev tenía mucho prestigio y valoración internacional, pero internamente era todo lo contrario. La escueta declaración revelaba que los camaradas del Departamento América no querían profundizar sobre el tema para no dejar traslucir conflictos internos graves o, simplemente, que ellos mismos no manejaban la información.

Yo me inclinaba más por la primera premisa, y creo que el tiempo, de algún modo, me dio la razón. Si tuviera que decir ahora una palabra sobre Kruschev, diría que, desde el punto de vista histórico, su aporte fue que intentó, dentro del marco de los principios marxistas, liberalizar la sociedad soviética, lo que de haberse producido podría haber dado curso a un proceso socialista modernizador acorde con los tiempos, como lo había planteado el XX Congreso. Los intentos de Kruschev se vieron frustrados en cierta medida por sus propios errores, no obstante, a mi juicio, lo que jugó principalmente en su contra fue el fantasma del estalinismo, manifestado a través del dogmatismo ideológico enraizado en gran parte de la dirigencia soviética.

Mi aporte al desarrollo del partido en todos sus frentes

Regresé a Valparaíso para continuar desempeñando mi trabajo político como Secretario Regional del partido, el que había crecido significativamente en el último período. En el plano político, los comunistas éramos opositores al gobierno de Eduardo Frei Montalva. No obstante, apoyamos el Proyecto de Ley de Reforma Agraria, por considerarlo un avance democrático en el problema de la tenencia de la tierra y del mejoramiento de la situación del campesinado.

Llevamos a cabo el XIII Congreso Regional, cuya consigna era «La clase obrera, centro de la unidad y motor de los cambios revolucionarios». El congreso constató que habían sido desterradas de la vida partidaria todas las manifestaciones de regionalismo, amiguismo y caudillismo, y ratificó la expulsión de Barros, Vega y Portnoy. También se evaluó el primer año del gobierno de Frei Montalva, calificándolo de «muchas promesas, pero pocas realidades». Sin embargo, se alertó que, en la posición que se adoptara frente al gobierno, no se perdiera de vista a los enemigos fundamentales: el imperialismo, la oligarquía y los terratenientes. Finalmente, como forma de influir para que la clase obrera y el pueblo logren algunas conquistas, se recomendó apoyar los planteamientos de los democristianos que deseaban sinceramente los cambios.

Por otro lado, impulsamos las actividades culturales, como fue el fortalecimiento del Instituto Chileno-Soviético de Cultura, y recibimos a ilustres personalidades, entre ellas, el legendario comunista español Marcos Ana y los poetas Nicolás Guillén y Pablo Neruda, quienes, cada uno en su oportunidad, se presentaron ante auditorios repletos de trabajadores y jóvenes.

En el plano interno, nos ocupamos de la educación política de los militantes y realizamos Escuelas de Cuadros Regionales, en las que se trataban temas de filosofía, economía política marxista, organización leninista del partido, entre otros. Yo estaba a cargo de impartir el tema de política internacional del partido y cómo este hacía suyos los principios y las directrices del internacionalismo proletario que encabezaba la Unión Soviética. En esas circunstancias es que interactué por primera vez con Olga, una activa dirigente universitaria y militante de las Juventudes Comunistas, que había sido invitada a participar en la escuela que se llevaba a cabo en el invierno de 1965.

Para desarrollar la política cultural del partido, los jóvenes comunistas universitarios de Valparaíso, sin recursos pero con mucho entusiasmo, instalaron una «Peña Folklórica» en un viejo local del plan porteño, que funcionaba los

viernes y sábados por la noche. La iniciativa rápidamente prendió y la audiencia se multiplicó con gran éxito. El repertorio incluía la presentación de jóvenes talentos que encontraron allí un espacio para dar a conocer sus creaciones. En cada jornada se presentaban los integrantes del elenco estable, constituido por el Gitano Rodríguez y el Payo Grondona, entre otros, y luego concluía la función con algún invitado especial, como fueron, por ejemplo, Ángel Parra, Víctor Jara o el Payador de Pachacama.

Una noche se presentaba Violeta Parra y yo asistí a la función con mis hermanas, que habían venido desde Concepción a visitarme. Fue la segunda vez que cruzamos algunas palabras con Olga, quien, como encargada de la DEC (Dirección de Estudiantes Comunistas), participaba activamente en el desarrollo de esta actividad cultural de la Jota porteña. Ella me contó que el local, un amplio subterráneo de un viejo edificio de tres o cuatro niveles, era de propiedad del dueño de la botillería del primer piso, quien se los había cedido sin costo, pero con la condición de que el vino que servían junto con la empanada — incluidos en el precio de la entrada —, así como cualquier otra bebida que se vendiera durante la función, fuera adquirida en su negocio, lo que a los jóvenes organizadores les pareció muy conveniente. Olga también me relató que habían realizado un arduo trabajo voluntario para limpiar el local, que hasta ese momento funcionaba como bodega, reparando las viejas sillas y mesas que allí se amontonaban, y que los compañeros de las caletas de pescadores les habían regalado las redes, el viejo timón y las caracolas que se habían utilizado en la ornamentación de la sala, así como las conchas de locos y ostiones que funcionaban como palmatorias sobre las mesas. La iniciativa de los jóvenes era loable. Todo era trabajo voluntario, y lo poco que recaudaban lo entregaban a los artistas como forma de apoyar su valioso trabajo, me explicó Olga, a quien comencé a admirar.

En octubre de ese mismo año se realizó el XIII Congreso del Partido Comunista de Chile. En Valparaíso se llevaron a cabo múltiples actividades, como asambleas de células, congresos locales y regional, donde fui ratificado como secretario regional del partido.

El acto inaugural del congreso nacional se realizó en Santiago, en el Salón de Honor del Congreso Nacional, y el de clausura en el Teatro Caupolicán. Para este último evento, nuestro Comité Regional arrendó un tren especial que salió de Valparaíso e hizo múltiples escalas en las diversas localidades para recoger a los cientos de entusiastas militantes y simpatizantes que querían asistir a dicho

acto.

Durante el congreso también se eligió a las nuevas autoridades del partido y yo fui promovido a miembro de la Comisión Política.

Delegado al XXIII Congreso del PCUS

A fines de abril y principios de mayo de 1966, junto con Luis Corvalán, Rafael Cortez (Uldarico Donaire, su verdadera identidad) y Manuel Vargas, nuevamente viajé a Moscú, esta vez integrando la delegación del Partido Comunista de Chile que asistió al XXIII Congreso del PCUS.

A este evento concurrieron la mayoría de los partidos comunistas de los cinco continentes, destacándose el PC de la República Democrática de Vietnam, del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur y Corea del Norte. También asistieron delegados de partidos democráticos nacionales y socialistas de izquierda. El Partido Socialista de Chile agradeció la invitación y se excusó de asistir, enviando un saludo al congreso.

Esta instancia fue valorada por nuestra delegación como un gran evento político internacional, al que denominamos «Congreso de la Solidaridad».

A nuestro regreso se llevó a cabo un acto para informar del evento, al que asistieron, además de los miembros del Comité Central, numerosos dirigentes del partido y de la juventud, así como invitados especiales. En mi calidad de miembro de la Comisión Política, me correspondió entregar el informe central, que por su importancia fue ampliamente difundido en la prensa de izquierda. Entre los principales contenidos de dicho informe se encuentran:

El XXIII Congreso del PCUS se caracterizó por la estrecha unidad de los comunistas y del pueblo soviético; por el carácter realista de sus enfoques; por un estilo de trabajo sobrio, serio, sencillo, parco en palabras y sin estridencias ni

afán propagandístico. Todas las intervenciones de los delegados estuvieron imbuidas de un gran sentido crítico y de lucha contra los defectos.

Asistieron cerca de cinco mil delegados en representación de doce millones de comunistas soviéticos. Eran representantes de empresas y fábricas; de los koljoses; académicos y representantes de las artes y las letras; delegados de la marina, aviación y ejército; científicos y cosmonautas actuales y futuros, y funcionarios del partido y de organizaciones de mujeres. Muchos de los delegados también eran diputados de los parlamentos de las diversas repúblicas asistentes.

La prensa reaccionaria había hecho muchas conjeturas en torno a una expresa condenación de Nikita Kruschev por parte del congreso y una supuesta rehabilitación de Stalin. No hubo nada de eso; por el contrario, se reafirmó la línea del XX Congreso. El nombre de Kruschev no fue mencionado, pero sí se puso el acento, en tono elevado, en la disposición del partido de terminar con todos los defectos que frenaban el avance. Se ratificó la justeza de la línea señalada en el pleno de octubre de 1964, que relevó a Kruschev de sus funciones de secretario del partido y de primer ministro.

El XXIII Congreso aprobó un nuevo plan quinquenal de desarrollo de la economía. En sus líneas generales, el plan estaba llamado a garantizar un considerable avance de la sociedad soviética por el camino de la construcción del comunismo; el desarrollo ulterior de su base material y técnica, y la consolidación del potencial económico y defensivo del país. La principal tarea económica del plan quinquenal estaba sustentada sobre la base del máximo empleo de los logros de la ciencia y la técnica; el desarrollo industrial de toda la producción social; el incremento de la productividad del trabajo; las garantías a un considerable aumento ulterior de la industria, y ritmos altos y estables de desarrollo de la economía agropecuaria. El objetivo era lograr una elevación sustancial del nivel de vida del pueblo y una satisfacción más completa de las necesidades materiales y culturales de todos los soviéticos.

Respecto de las reformas planteadas en la economía soviética, la prensa burguesa las calificó como «crisis de la economía socialista» y de «retorno al capitalismo» en la URSS. Tales especulaciones no tenían fundamento. El XXIII Congreso reafirmó la necesidad de aumentar la efectividad de la producción; acrecentar la productividad del trabajo; aumentar el rendimiento de las inversiones de capital y de los fondos básicos de producción; poner en práctica

un régimen severo de economías; eliminar las superficialidades y los gastos improductivos, y desarrollar en todos los terrenos la iniciativa creadora de los trabajadores en la realización de estas tareas.

Vale la pena destacar que el congreso prácticamente no abordó lo relativo al plan de 20 años de la construcción del comunismo, dado que —como ya lo habían hecho notar los plenos de octubre de 1964 y de marzo y septiembre de 1965— este era irreal

—producto de la subjetividad y la falta de un conocimiento real de la situación — y había sido, en cierta medida, engendrado con un afán propagandístico.

El PCUS analizó profundamente los complejos procesos de la vida económica, política y cultural de la URSS y planteó que el partido leninista era enemigo del subjetivismo y la espontaneidad en la edificación del comunismo. Asimismo, le eran ajenos el afán de formular proyectos sin sentido, las deducciones prematuras separadas de la realidad, la jactancia, las palabras vacías y la falta de acuciosidad para valorar los conocimientos científicos y la experiencia práctica en la toma de decisiones. La edificación del comunismo era, y sigue siendo, una obra viva y creadora.

Al referirse a la importancia internacional del nuevo plan quinquenal, Alexei Kosygin, presidente del Consejo de Ministros, planteó que el desarrollo de la economía nacional ejercía una creciente influencia en toda la situación del mundo y reconocía que también la situación mundial influía a su vez en los planes de la URSS, sobre todo en el curso, ritmo y perspectivas de su desarrollo económico. Si todo dependiera exclusivamente de nosotros, dijo Kosygin, emprenderíamos sin vacilar una reducción a fondo de los gastos militares y la correspondiente ampliación de las inversiones básicas en las ramas civiles de la economía interna, con el sucesivo aumento de la renta nacional para bienes de consumo.

El congreso contribuyó a dar un importante paso adelante en el camino del fortalecimiento de la unidad del movimiento comunista internacional. El asunto de las divergencias fue llevado en un tono elevado y de principios, poniendo el acento en lo que los une y no en lo que los divide. Se enfatizó en la importancia de la unidad de acción en la lucha antiimperialista, por la paz, la liberación nacional y el socialismo. Tanto los delegados soviéticos como los de los partidos comunistas hermanos hicieron un fervoroso llamado a redoblar la solidaridad y

ayuda moral y material para con el heroico pueblo de Vietnam.

Le Duan, secretario general del Partido de los Trabajadores de Vietnam, y la representante del Frente de Liberación del Vietnam del Sur, destacaron en sus intervenciones la enorme importancia que ha tenido para su lucha la solidaridad de los pueblos y, en particular, la concreta ayuda de la Unión Soviética. Con este reconocimiento público de los propios interesados, caían por el suelo las especulaciones que se hacían respecto de un deterioro en el apoyo y solidaridad internacional con el pueblo vietnamita.

El XXIII Congreso ratificó con gran fuerza la idea leninista de que el mayor aporte de los comunistas y el pueblo soviético a la lucha general de todos los pueblos de la tierra es la construcción de la sociedad comunista. Los soviéticos ponen sus mejores esfuerzos y energías en la gran causa de la construcción del socialismo, conscientes de que con ello cumplen de altísima manera su deber internacionalista.

La asamblea en que yo entregué este informe culminó con la transmisión de una cinta magnetofónica que yo había traído desde Moscú. Con gran expectación de los participantes, se escuchó por los parlantes del salón de actos la voz de un científico soviético que saludaba a los delegados al XXIII Congreso, llamándolos «constructores del comunismo». Sus palabras, en la grabación, eran selladas con un gran aplauso. A continuación, un dirigente del PCUS, junto con destacar la valiosa labor de los científicos y astronautas, anunciaba la transmisión, desde la nave espacial Lunik 10, de La Internacional. Se produjo un silencio y, luego, el sonido de una flauta que, atravesando el cosmos desde casi la misma faz de la Luna hasta nuestro planeta, interpretaba las notas del himno de los trabajadores del mundo. A todos nos embargaba una gran emoción.

Cimentando mi nueva familia

Mi matrimonio con Quela definitivamente no funcionó y a mediados de 1966 nos sepáramos. Ella y los niños se fueron a vivir a Concepción, a casa de mi

hermana Cristina. Yo continué viviendo en el cerro Monjas de Valparaíso, siempre ejerciendo mis funciones de secretario regional. Mi situación personal era complicada, pues en ese tiempo el partido continuaba ejerciendo un fuerte control sobre la vida privada de sus militantes, y las separaciones matrimoniales eran consideradas dañinas para la imagen del comunista, especialmente cuando se trataba de altos dirigentes, como lo era yo.

Los factores personales que producían los quiebres no eran tomados en cuenta o eran subvalorados, y las sanciones no se dejaban esperar. En una medida administrativa incomprensible, intolerante y antidemocrática, probablemente motivada por sentimientos de rivalidad de altos dirigentes por mi acelerado ascenso y prestigio dentro del partido, la Comisión Nacional de Cuadros, con la anuencia del Secretariado, me removió de la Comisión Política; aunque se me mantuvo como miembro del Comité Central y responsable del Comité Regional de Valparaíso.

En enero de 1967 Olga se había titulado de Enfermera y trabajaba en el hospital Enrique Deformes de Valparaíso. Recientemente había sido nominada como candidata a regidora por la comuna de Quilpué, su ciudad natal. Ambos, inmersos en el trabajo partidario, estrechamos profundos lazos afectivos y de principios, nos enamoramos e iniciamos una sólida relación, que se ha mantenido por más de cuarenta años.

Cuando formalicé ante la Dirección Central del Partido mi relación con ella, apareció una vez más el fantasma de la censura. En una actitud que califico de hipócrita, la Dirección resolvió mi alejamiento de Valparaíso, aduciendo razones «morales». Se me dio a optar por asumir la Secretaría Regional del Partido de Punta Arenas o Talca. Así, y luego de acordarlo con Olga, me fui a vivir en mayo de 1967 a esta última ciudad. Olga, por su parte, tramitó su traslado, el que se concretó finalmente en diciembre de ese mismo año. Para ese entonces se encontraba embarazada de Olguita Cristina, nuestra primera hija.



Alejandro Toro se dirige a la gente en un acto de proclamación de candidatos para la elección municipal, en Valparaíso (1963).



Classmate XIII Company B in Chelt
18 & 19 Oct 1914

Toro, el último a la derecha en la segunda fila, asiste, en el Teatro Caupolicán, al acto de clausura del XIII Congreso del Partido Comunista de Chile (1965).

En la foto aparecen dirigentes de la colectividad como Luis Corvalán, Pablo Neruda, Orlando Millas, Mario Zamorano, Manuel Cantero, Julieta Campusano, José Oyarce, Samuel Riquelme y otros.



EL MARISCAL TITO saluda ejusitamente a Alejandro Toro, que representó al Partido Comunista chileno en el VIII Congreso de los comunistas yugoslavos.

Alejandro Toro es saludado por el legendario Mariscal Tito (1964),
con ocasión del VIII Congreso de la Liga Comunista Yugoslava.

[1 El Siglo, junio de 1963 \(extracto\).](#)

[2 Josip Broz Tito participó en la fundación del Partido Comunista yugoslavo y se destacó en la organización sindical, lo que le significó estar en prisión de 1928 a 1933, año en que se fue a París y se enroló en las Brigadas Internacionales que apoyaron a los republicanos españoles durante la Guerra Civil. Después de que Yugoslavia fuera invadida por las fuerzas del Eje en 1941, los comunistas fueron decisivos en organizar y desarrollar un movimiento de resistencia, en el que Tito desempeñó el cargo de Jefe del Comité Militar y Comandante Supremo del Ejército Popular de Liberación. Como líder del Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia, Tito estableció las bases de la organización para la posguerra dentro de ese país, concibiéndolo como una Federación, y al término de la guerra proclamó la instauración de un gobierno democrático provisional y fue nombrado Mariscal de Yugoslavia.](#)

Tercera parte

Talca (1967-1973)

Un partido modesto, pero de gente abnegada

Llegué a Talca en mayo de 1967 y me instalé en una sencilla pensión ubicada cerca de la sede del Comité Regional del partido. Olga, que trabajaba en el hospital Enrique Deformes de Valparaíso, se trasladó a Santiago, cumpliendo una corta estadía en el hospital San Borja, en espera de obtener su traslado definitivo al hospital de Talca.

El partido de esta ciudad se caracterizaba por ser modesto desde el punto de vista de su composición. Estaba conformado por unos pocos cuadros antiguos de débil formación política y un reducido contingente de dirigentes jóvenes sin mucha experiencia en el trabajo partidario. Sin embargo, se trataba de gente comprometida y sacrificada, trabajadores explotados o marginados, quienes, sin contar con recursos materiales, hacían lo que sus conciencias les dictaban, recogiendo con abnegación la herencia del maestro Recabarren. Se trataba de un partido sin mayores relaciones ni proyecciones políticas, pero funcionando.

La sede partidaria era un viejo local comercial donde antiguamente había operado un taller mecánico. Si bien el partido era propietario de ese inmueble, mantenía un engoroso litigio con los herederos de un antiguo militante, el que legalmente había cumplido el rol de propietario. El local era inhóspito y estrecho, por lo que de partida pensé que una de mis primeras tareas debería ser conseguir un nuevo local.

En una reunión del Comité Regional, en la que participaron también algunos invitados, me presenté y expliqué que venía a apoyar el trabajo del partido en la provincia. A pesar de que el fantasma del regionalismo estaba presente, fui bien acogido, y me informaron sobre el funcionamiento del partido, sus logros y dificultades, y se trazaron las líneas de trabajo a seguir.

La carta de «buenos oficios» y Guantánamo

En diciembre de ese mismo año viajé a Cuba para participar, en representación del PC chileno, en las actividades de conmemoración del octavo aniversario del triunfo de la revolución cubana. Además, era el portador de una carta de la Comisión Política, dirigida a la Dirección del Partido Comunista cubano, en la que se expresaba la preocupación y aspiración del PC chileno por consolidar las mejores relaciones políticas con el PC de Cuba, así como el deseo de superar el impasse producido el año anterior con ocasión de la réplica pública del camarada Orlando Millas a las declaraciones sobre Chile formuladas por Fidel Castro, en el contexto de un discurso pronunciado con ocasión de un nuevo aniversario del asalto al Cuartel Moncada.

Efectivamente, en aquellas circunstancias, Orlando Millas asistió a los actos de conmemoración de dicho aniversario en representación del PC de Chile. Fidel Castro pronunció un extenso discurso, en el que, entre muchas consideraciones, vertió polémicas opiniones relacionadas con el proceso político chileno. Tal fue el revuelo de las declaraciones del líder, que la prensa cubana solicitó profusamente la opinión de Millas sobre lo planteado por Castro, por lo que este se vio en la obligación de dar una conferencia de prensa, ese mismo día, en el Hotel Habana Libre, para referirse al tema.

En lo principal, Millas expresó:

Tengo el honor y la responsabilidad de ser miembro de la Comisión Política del Partido Comunista de Chile, que se encuentra luchando contra el imperialismo y la reacción en un encarnizado combate político conocido por los pueblos de América Latina.

En el discurso del compañero Fidel Castro, al referirse a Chile, he visto ataques a mi partido, los que serán considerados por nuestra Dirección Central, que es la

llamada a referirse a ellos. Pero, es indispensable, ya que estuve invitado al acto de esta tarde y se me interroga, al menos que me refiera a alguno de los errores de hecho contenidos sobre Chile en ese discurso.

En primer término, no es efectivo que en mi país haya ciertas libertades porque el imperialismo yankee se lo aconseje al presidente Frei. Cada derecho democrático, todo trozo de libertad alcanzado en Chile, son el fruto de la lucha heroica, abnegada y tesonera de su admirable clase obrera, de su pueblo y del conjunto de sus fuerzas democráticas.

Jamás el Frente de Acción Popular ni el Partido Comunista han dado consejos de ninguna especie a ningún gobierno socialista. Rechazo esta imputación en los términos más categóricos y enérgicos. Las relaciones de Chile con diversos países socialistas son respaldadas y tienen el apoyo decidido de mi partido, que batalla clara y enérgicamente, a la vez, por relaciones amistosas con Cuba y contra el criminal bloqueo del imperialismo yankee.

Quiero reiterar, en fin, que, por respeto al compañero Fidel Castro, al Partido Comunista de Cuba y a la Revolución Cubana, expresiones como las contenidas en el discurso de hoy merecen ser examinadas y contestadas, en cuanto a sus amplios alcances, por los órganos de mi partido¹.

En ese período se produce también el conocido impasse entre Neruda y los intelectuales cubanos que reclamaron por la visita del poeta a EE.UU. Efectivamente, tras la visita del vate a la «cuna del imperio», como se decía en ese tiempo, treinta y siete intelectuales cubanos, entre los cuales se encontraban Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Juan Marinello, Roberto Fernández Retamar, José Antonio Portuendo y Regino Pedroso, publicaron en el diario Granma una carta dirigida al poeta chileno con observaciones a dicho viaje y la petición de un pronunciamiento acerca de su adhesión a la Revolución Cubana.

Pese a no tener en su poder el texto oficial y completo del documento publicado,

Neruda hizo llegar a sus colegas cubanos firmantes de la carta, el siguiente telegrama²:

Queridos compañeros:

Por infundada, me extraña profundamente la preocupación que por mí ha expresado un grupo de escritores cubanos. Los invito a tener en cuenta no solo las especulaciones y mutilaciones de mis textos por cierta prensa yanqui, sino con mucha mayor razón la opinión de los comunistas norteamericanos.

Ustedes parecen ignorar que mi entrada a Estados Unidos, al igual que la de escritores comunistas de otros países, se logró rompiendo las prohibiciones del Departamento de Estado, gracias a la acción de los intelectuales de izquierda.

En Estados Unidos y en los demás países que visité mantuve mis ideas comunistas, mis principios inquebrantables y mi poesía revolucionaria. Tengo derecho a esperar y a reclamar de ustedes, que me conocen, que no abriguen ni difundan inadmisibles dudas a este respecto.

En Estados Unidos y en todas partes he sido escuchado y respetado sobre la base inamovible de lo que soy y seré siempre: un poeta que no oculta su pensamiento y que ha puesto su vida y su obra al servicio de la liberación de nuestros pueblos.

Por mi parte, tengo una inquietud más realista que la de ustedes por la forma en que se están tratando diferencias que van más allá de mi persona. Me permito llamarlos a ahondar en este hecho y a poner el acento en la responsabilidad mutua por el mantenimiento y desarrollo de la necesaria unidad antiimperialista continental entre los escritores y todas las fuerzas revolucionarias.

Una vez más expreso a través de ustedes, como lo he hecho a través de mi poesía, mi apasionada adhesión a la Revolución Cubana.

Como se podrá ver, las relaciones del PC chileno con el Partido Comunista Cubano no eran de las mejores, y las declaraciones de Millas, que fueron absolutamente justas, agravaron la situación, por lo que la misiva que yo portaba para «limar asperezas» era de la mayor importancia; se me recomendó que actuara con serenidad, soslayando de la mejor manera cualquier tipo de provocación.

Al momento de entregar la carta de «buenos oficios», previa cita concertada con anticipación, me recibió, en la sede del Comité Central, Osmani Cienfuegos, comandante del Ejército Revolucionario y hermano del legendario Camilo Cienfuegos. Osmani Cienfuegos, que vestía uniforme militar, me saludó muy atento en su oficina, y con una sonrisa, entre picaresca y sarcástica, me preguntó: «¿Y cómo está Orlando?». A propósito de su pregunta, le dije que era portador de una carta de la Comisión Política, de la que era integrante Orlando Millas, en la que se expresa la opinión de la Dirección frente a la situación producida y conocida, en el entendido de que es nuestro profundo deseo que el hecho se supere y prevalezca la unidad fraternal y afectuosa entre ambos partidos.

Osmani Cienfuegos, que en esa época tendría unos 40 años, se reclinó en su butaca y, colocando sus botas sobre el escritorio, agradeció mi visita. También expresó que esperaba que las relaciones mejoraran y que haría llegar la carta a la dirigencia.

Luego de participar en el acto principal de celebración del octavo aniversario del triunfo de la Revolución, un grupo de delegados, principalmente centro y sudamericanos, fuimos invitados durante un par de días a visitar algunos pueblos y localidades de interés, incluyendo la base militar cubana de Guantánamo. Sin lugar a dudas, este último lugar fue el que acaparó nuestro mayor interés.

Fuimos recibidos por el comandante de la base militar, quien nos ofreció un almuerzo de camaradería. Hubo un brindis por parte de los delegados, en su mayoría dirigentes de movimientos de ultraizquierda, imbuidos de las conclusiones de la Tricontinental, por lo que la tónica de sus saludos era destacar

que «el único camino para alcanzar el poder era a través de la lucha armada, como en Cuba», descalificando y acusando de «revisionistas y débiles a aquellos que se autoproclaman pacifistas y que creen que es posible producir los cambios revolucionarios conciliando con los enemigos». Sin nombrarlo, estas palabras iban con dedicatoria para mi partido. Del grupo, yo era el único representante de un partido comunista, y de uno fuerte, como lo era el PC chileno, cuya estrategia política era alcanzar el poder a través de la vía pacífica y democrática.

Siguiendo las recomendaciones de actuar con moderación y evitar provocaciones, escuché con estoicismo la bravata ultraizquierdista. Sin embargo, mi paciencia tenía un límite y consideré que era imposible que me abstuviera de salir al paso a tanta provocación. Fue así que golpeeé mi vaso, me puse de pie y expresé la solidaridad de mi partido con el pueblo y partido cubano, y reivindiqué a la combativa clase obrera chilena que, en miles de acciones, lucha en contra de la oligarquía, los terratenientes y el imperialismo por sus demandas propias y la soberanía nacional. A través de sus luchas, en contra de los enemigos de la democracia, con sacrificio y heroísmo, el pueblo chileno ha obtenido grandes victorias.

Los comunistas chilenos, dije, hemos logrado colocar en la opinión pública nacional el tema de la solidaridad con Cuba y conseguimos enviar miles de unidades de sangre para sus combatientes cuando el imperialismo yankee intentaba socavar el triunfo del pueblo cubano. De este modo, hemos levantado en alto la bandera del internacionalismo proletario, como lo ha hecho desde su fundación, con Luis Emilio Recabarren.

Por último, expresé que el pueblo de Chile, especialmente su clase obrera, hacía suyas las orientaciones entregadas en las últimas reuniones del movimiento comunista internacional —en donde también han participado los camaradas cubanos—, en el sentido de que han llegado los tiempos en que se pueden aplicar diversas vías para alcanzar el poder y construir el socialismo, y que cada partido, movimiento o pueblo puede optar soberanamente por el camino que estime conveniente, de acuerdo con su realidad y características. El pueblo chileno y su clase obrera han escogido su camino, agregué, que es el camino de la lucha de masas, que es un camino democrático, un camino de victoria, y que se lleva a cabo con gran abnegación, sacrificio y entusiasmo.

Al término de mis palabras el comandante, incómodo, sin dar espacio para aplausos o rechiflas, percibiendo que mi planteamiento podría desencadenar una

suerte de polémica que no conduciría a ninguna parte, tomó la palabra para dar por concluido el encuentro e invitó a los participantes a continuar con el programa, que consistía en observar con catalejos cómo, al otro lado de la línea divisoria, flameaba la bandera norteamericana. Así estaban las cosas. Antes de abandonar la isla, como un símbolo de amistad, en un sencillo acto, cada uno de los delegados extranjeros plantamos un árbol en los alrededores de La Habana.

Diputado por Talca

El «Negro» Ramírez, un querido camarada que había conocido en Concepción y que en ese momento trabajaba en la Central Hidroeléctrica de Cipreses-Endesa, de donde era dirigente sindical, en una actitud solidaria y de gran amistad, nos cedió a mí y a Olga una vivienda recién construida para los trabajadores de la empresa en la población Los Andes. En junio de 1968 nació Olga Cristina y, a fines de ese mismo año, mis hijas Alicia María (10) y Doris Ruth (6) vinieron a vivir con nosotros a Talca. En marzo y mayo del año siguiente llegaron mis hijos Eduardo Enrique (8) y Víctor Antonio (5). Olga acogió a los niños con cariño y esmero, y, como una buena madre, los integró a la familia y se preocupó de su crianza y educación.

En 1969 fui elegido diputado por la 12^a agrupación departamental de Talca, Lontué y Curepto. Efectivamente, el partido había crecido mucho en organización, militancia y educación política, por lo que la Dirección estimó que debía participar con fuerza en la campaña electoral de diputados que se aproximaba. Fui nominado candidato junto con Enrique Avendaño, miembro del Comité Central, dirigente de la Federación Nacional Campesina y consejero de la Central Única de Trabajadores de Chile.

La tarea no era fácil. Se trataba de una provincia eminentemente agraria, en donde los campesinos, sometidos y explotados, eran frecuentemente manipulados por el patrón mediante amenazas de despido. Por otro lado, mi partido no tenía representación popular alguna, y el empresariado, aglutinado en el Partido Nacional, era fuerte. También lo era el Partido Demócratacristiano en el gobierno, que tenía a su favor todo el aparato del Estado. El Partido Radical constituía, a su vez, un escollo, pues tenía fuerza e historia en la región. Nuestro

único aliado era el Partido Socialista, orgánicamente débil y que tampoco tenía representación parlamentaria en la zona. Pero de acuerdo al pacto electoral del FRAP (Frente de Acción Popular), al PS le correspondía apoyar nuestras candidaturas en la región.

La campaña fue ardua. Visitamos en varias oportunidades las numerosas comunas de la provincia y, gracias al desarrollo de la organización partidaria, se lograba una amplia vinculación con las organizaciones sociales campesinas, con los gremios, sindicatos, centros vecinales, organizaciones juveniles, de profesionales y técnicos, etc.

Para que el lector que no vivió esa época perciba la tónica de las campañas electorales de entonces, me permito transcribir la información que entregaba el diario *El Siglo* con ocasión del acto de cierre de nuestra campaña:

En un impresionante despliegue de masas, el pueblo de Talca proclamó a los candidatos a diputados de la Unidad Popular, Alejandro Toro Herrera y Enrique Avendaño Atenas. El arrastre de las candidaturas comunistas, que cuentan con el apoyo del Partido Socialista, quedó en evidencia con la expectación que causó entre los talquinos el acto realizado en la Plaza de Armas.

A las 20 horas partió, desde la estación, un combativo desfile que marchó por la avenida 1 Sur hasta la plaza. Encabezado por una agraciada abanderada de las Juventudes Comunistas y los candidatos Toro y Avendaño. La gigantesca columna cubrió varias cuadras de la importante arteria talquina.

[...]

Alejandro Toro inició su intervención destacando que los comunistas han efectuado esta campaña en función de principios y que es bueno ver cada candidatura, cada partido, teniendo en cuenta los intereses que representan, dónde están ubicados. El PADENA y el PDC, como partidos gobernantes, y los

«momios», están al lado de los enemigos del pueblo, dijo.

Toro señaló los disfraces con que se presentan los nacionales y democristianos frente al pueblo. Candidatos nacionales por esta provincia, como Silvio Rodríguez y Parot, corrieron a expresar su solidaridad a sus «hermanos de clase», los terratenientes, cuando bloquearon la Panamericana.

El cambio de Alessandri por Frei —dijo a continuación— fue solo un cambio de guardia. Toro recalcó la necesidad de unir a todos los sectores populares para la conquista de un gobierno de las mayorías y derrotar el anticomunismo. «Sin duda que esta unión —dijo Toro refiriéndose a las candidaturas del FRAP en Talca y en el extremo sur para senadores— abrirá el camino del triunfo popular».

El resultado de la elección por Partido fue:

Partido Democristiano 15.394 votos

Partido Nacional 10.645 votos

Partido Radical 9.778 votos

Partido Comunista 8.966 votos

Partido Democrático Nacional 5.854 votos

Partido Socialdemócrata 893 votos

De acuerdo a la cifra repartidora, los elegidos fueron:

Gustavo Ramírez Vergara Partido Democristiano

Silvio Rodríguez Villalobos Partido Nacional

Jorge Cabello Pizarro Partido Radical

Alejandro Toro Herrera Partido Comunista

Emilio Lorenzini Gratwohl Partido Democristiano

El entusiasmo por el triunfo fue mayúsculo. El diario *El Siglo* informaba de la siguiente manera, los momentos posteriores a la elección:

Con un gigantesco y combativo mitin realizado en la Plaza Italia, frente a la estación, el pueblo de Talca celebró el domingo la espectacular victoria del FRAP, que significó obtener, por primera vez en los últimos veinticinco años, un diputado comunista para esta provincia.

Con la elección de Alejandro Toro, los comunistas logran tener nuevamente un diputado por Talca, situación que no se daba desde la época del Frente Popular en que el PC tuvo como parlamentario al diputado Manuel González Vilches.

Alrededor de las 19 horas, cuando los cómputos anticipaban la victoria popular, una gran cantidad de militantes socialistas y comunistas, así como adherentes a las postulaciones de Toro y Avendaño, se reunieron junto con los candidatos. El local se hizo estrecho para contener el entusiasmo y el número de talquinos que venía a expresar su alegría por el triunfo.

En el patio de la sede partidaria, un grupo de personas escuchaba una entrevista radial que se hacía a Alejandro Toro. La voz del nuevo diputado llegaba combativa y quebrada por la emoción.

Un viejo militante comunista mantenía la cabeza gacha, ocultando sus lágrimas.

A las 21 horas, tras la llegada de Toro y Avendaño, que fue saludada con cariñosos aplausos y felicitaciones, la gente se volcó a 8 Oriente y se empezó a

organizar el desfile hasta la Plaza Italia.

[...]

Alejandro Toro pronunció un vibrante discurso, que fue interrumpido en reiteradas ocasiones por aplausos y gritos entusiastas del público. Inició sus palabras afirmando que su triunfo es la victoria de la unidad popular, del pueblo talquino, de los obreros y campesinos de la provincia.

Señaló, a continuación, el peligroso repunte de la derecha a raíz de las vacilaciones y la conciliación del gobierno de Frei. «La derecha empieza a empinarse —dijo—. A la Unidad Popular debe agregarse una nueva consigna: «¡Todo Chile en contra de la reacción y la derecha, a cerrarles el paso, a impedir que vuelvan los gobiernos de los gerentes!».

Sin abandonar en ningún momento mi contacto directo y permanente con la gente de Talca, me incorporé al trabajo parlamentario, integrando la Comisión de Agricultura y Colonización, de la cual fui su presidente durante los cuatro años que duró mi período como Diputado de la República. El trabajo de esta comisión era particularmente arduo, pues se legislaba en relación al Proyecto de Reforma Agraria, que finalmente fue aprobado y promulgado por el presidente Frei Montalva y cuya implementación le correspondió posteriormente al gobierno de Salvador Allende.

Durante mi período parlamentario, Salvador Allende fue elegido presidente de Chile y a mí me correspondió participar activamente en su campaña, no solo en Talca, sino en otras regiones del país. Recuerdo especialmente mi visita a Antofagasta, que tuvo como objetivo preparar el cierre de campaña del candidato. Durante una semana trabajé arduamente junto a los compañeros de esa extensa región impulsando la participación de los más vastos sectores. El acto final se llevaría a cabo en una de las avenidas principales de la ciudad, sin embargo, por razones de agenda parlamentaria, yo debía retornar a Santiago un

par de días antes de su realización.

Por la mañana abordé el vehículo que me llevaría al aeropuerto, con tan mala suerte que fuimos chocados por un microbus que venía cerro abajo con sus frenos cortados. Por el impacto nuestro vehículo se volcó, sin antes yo ser expulsado con puerta y todo. El chofer, un militante del partido al cual se le había dado la tarea de trasladarme, salió ilesa. Yo fui a parar al Hospital Regional con cuatro costillas rotas y una contusión renal de mediana gravedad.

«No sabe cuánto lo siento, compañero, lo suyo fue un accidente del trabajo», me dijo Salvador Allende cuando me fue a visitar al hospital. Olga, que se las había arreglado para dejar a los niños al cuidado de Gina y Rosita, un par de queridas amigas y compañeras nuestras muy solidarias, viajó a Antofagasta a acompañarme. Durante la batahola de dirigentes, médicos y periodistas que llenaban la habitación a causa de la visita de Allende, Olga, sin pretender protagonismo alguno, permanecía en un rincón queriendo pasar desapercibida. Sin embargo, Allende, con la sensibilidad que lo caracterizaba, se percató de su presencia y se dirigió a saludarla. «Cuide al hombre, compañera, que lo necesitamos», le dijo, y la abrazó con cariño.

Como diputado, tuve la satisfacción de contribuir al bienestar de los campesinos de mi región y de Chile. Además, pude aportar con mi voto en el Congreso Pleno para ratificar la elección de Allende como presidente de la república, así como la aprobación de la Ley de Nacionalización del Cobre, que hizo realidad una anhelada aspiración patriótica de la mayoría del pueblo de Chile.

Como es sabido, el programa que le dio la victoria a Salvador Allende era categórico en lo que se refería a recuperar para el país las riquezas básicas y aplicar todos los mecanismos que fueran necesarios para aumentar la producción sobre la base de la aplicación de la Ley de Reforma Agraria, entre otras medidas. Esto provocó una gran inquietud en la oligarquía chilena, que veía con preocupación que sus intereses fueran tocados, y no tardó en organizarse para iniciar una campaña de des prestigio y desabastecimiento. Más aún cuando, cumpliendo con el programa, Allende había ampliamente abierto relaciones políticas, comerciales y culturales con el campo socialista.

Esta ofensiva de la derecha fue vista con buenos ojos por el imperialismo norteamericano, que de inmediato se dio a la tarea, a través de la CIA y su embajada, para infiltrar y desencadenar una ofensiva que terminara con el

peligro de un nuevo país comunista en América Latina —ofensiva liderada por Nixon, quien juega un papel protagónico en la toma de decisión de liquidar al gobierno de Allende—.

Efectivamente, con la nacionalización del cobre y la expropiación de tierras, fueron tocados los intereses de empresas norteamericanas y de los latifundistas criollos. La derecha organizada llevaba a cabo todo tipo de provocaciones para desestabilizar al gobierno, como el atentado al general Schneider y la organización de destacamentos paramilitares como el grupo Patria y Libertad.

Por su parte, también contribuían a desestabilizar al gobierno las acciones aventureras de grupos de ultraizquierda que se tomaban ilegalmente pequeñas parcelas de tres o cuatro hectáreas, las desmantelaban y se comían los animales, creando odiosidades entre los campesinos que allí laboraban y los partidos de la Unidad Popular. Yo, como diputado comunista integrante de la coalición de gobierno, condenaba estas acciones aventureras y, a menudo, me correspondía mediar en estos conflictos, que involucraban a pequeños y medianos agricultores. Lo complicado es que estas tomas ilegales, que contaban con el apoyo del MIR, no eran suficientemente censuradas por el Partido Socialista ni por el propio gobierno, lo que era más grave.

Los atentados con bombas destructivas, por parte de los grupos de ultraderecha, a locales partidarios de la izquierda, a entidades gubernamentales y a domicilios particulares de autoridades y dirigentes, pasaron a ser pan de cada día en el país. Ante tanta provocación, el gobierno llamó a los trabajadores a organizarse para defender sus fuentes laborales, y nuestro partido se vio obligado a iniciar la preparación de la autodefensa de sus militantes; acción que estaba lejos de ser una preparación paramilitar. El objetivo principal era poder detectar, evitar y denunciar las provocaciones, entonces se instalaban grupos de vigilancia las veinticuatro horas del día, especialmente en las sedes partidarias y fuentes de trabajo.

Yo, como parlamentario de la zona, además de las visitas permanentes a terreno, daba entrevistas, en dependencias del Comité Regional del Partido, a los dirigentes sindicales, gremiales, vecinales y políticos que lo solicitaban, pero también a personas particulares que quisieran plantear sus inquietudes o problemas. La gama de temas era variada: arbitrariedades laborales, huelgas, conflictos gremiales, problemas en los barrios y municipios, entre otros, que abordábamos como partido, con las autoridades locales o como parlamento,

cuando correspondía. Los problemas personales de la gente también eran variados, generalmente de salud, por violencia intrafamiliar, procesos judiciales lentos, de herencias, de límites en pequeños predios, etc. De todos ellos, recuerdo uno en particular. Un día llegó hasta mi oficina una modesta pobladora a solicitarme que le ayudara a sacar a su esposo de la cárcel. Me explicó que cumplía una condena por haber dado muerte a un hombre durante una riña, según ella en defensa propia. Luego de estudiar los antecedentes del caso, me di cuenta de que la pena que le habían aplicado al hombre era excesiva: el supuesto asesinato se había producido en el campo, un fin de semana cualquiera, en una riña de borrachos que salieron a relucir sendos cuchillos. Hice las gestiones correspondientes y el sujeto, que llevaba más de cuatro años preso, salió en libertad condicional, beneficio al cual tenía derecho según dictaminó la justicia local. Pasaron un par de semanas y una mañana de sábado o domingo, no recuerdo bien, golpearon a la puerta de mi casa. Olga atendió y me dijo que era un campesino que quería hablar una palabrita conmigo. Lo hice pasar y le pregunté qué se le ofrecía; el hombre me respondió lo siguiente: «Compañero Toro, yo soy el compañero que estaba preso y venía a darle las gracias por haberme sacado de la cárcel. Tengo cinco chiquillos, compañero, y como le explicó mi mujer, mi caso fue en defensa propia». Le dije que me alegraba que estuviera en libertad, advirtiéndole que sería bueno que no se metiera en líos otra vez. Al despedirse me reiteró sus agradecimientos y me pasó un papel: era una hoja de cuaderno con algo escrito a mano y me dijo: «Aquí está mi dirección compañero. Llámeme nomás si alguien lo molesta; estoy a sus órdenes».

El gobierno de Allende era cercano a la gente, especialmente de los más pobres, y su esfuerzo por avanzar en atender las necesidades más fundamentales de esos sectores eran valorados por la población. Aun así la derecha cifró sus esperanzas y pensó que ganaría holgadamente los comicios municipales de 1971, pero eso no ocurrió, y tal elección, al igual que la siguiente de senadores y diputados de marzo de 1973, fueron ampliamente ganadas por el conglomerado de la Unidad Popular, dándole al gobierno el respaldo que necesitaba para consolidarse como un gobierno legítimo del pueblo.

En 1971 el partido postuló por segunda vez a Olga como candidata a regidora, en esta oportunidad por la comuna de Talca. Ella se había destacado por su participación, no solo como dirigente de base en el área de la salud y en el trabajo hacia la mujer, sino también como dirigente gremial —ocupaba el cargo de presidenta provincial de la Asociación de Enfermeras Universitarias—. Su campaña fue sencilla y de mucho contacto con la gente más humilde. Si bien no

fue elegida, su aporte, al igual que el de los demás candidatos de la lista, garantizó la representación del partido en el municipio local con dos ediles, uno de los cuales, Vicente Acuña, fue elegido alcalde de la ciudad.

Durante mi período como diputado continué realizando algunas actividades políticas partidarias a nivel internacional. Fue así como participé, junto al destacado dirigente y exdiputado Bernardo Araya Zuleta, como delegado en el VIII Congreso del Partido Socialista Unificado de Alemania (PSUA) y en el VIII Congreso del Partido Comunista de Checoslovaquia. Como es sabido, Bernardo Araya Zuleta fue detenido junto con su esposa en 1976 por la dictadura de Pinochet y se encuentra, desde esa fecha, engrosando la lista de detenidos desaparecidos del régimen militar.

Con respecto a Alemania, era la segunda vez que yo iba a ese país. La anterior, en 1959, estuve de paso, cuando me dirigía a Pekín. En esa oportunidad pude apreciar los estragos de la guerra que aún eran evidentes; ahora la situación era distinta. A pesar de que aún permanecían algunos edificios emblemáticos en ruinas, me impresionó ver un Berlín reconstruido y moderno.

Lo interesante de participar en el Congreso del Partido Comunista de Checoslovaquia fue que este era el primero que se realizaba posterior a la invasión soviética a ese país en 1968. El evento fue denominado «Congreso de Rectificación». Nuestro Partido, en su oportunidad, aplaudió la invasión soviética en Checoslovaquia, y en Talca organizamos los respectivos actos de apoyo. El tiempo demostró que esa acción bélica fue un gran error político y militar. Sus costos fueron altísimos. Hubo diversos grados de división en el movimiento comunista internacional, pues la medida no fue compartida unánimemente, y con razón, pues la dramática y conmovedora acción, que no ayudaba en nada al fortalecimiento de los ideales socialistas, significó un fuerte des prestigio de estos a nivel internacional. El hecho también fue un elemento que más tarde influiría en el desmoronamiento del sistema socialista de Europa del Este.

No es de extrañarse, entonces, que en mi visita a Checoslovaquia percibí entre la población más diversa un fuerte antisovietismo, lo que dejaba en evidencia la unilateralidad, el sectarismo y el despropósito de la medida soviética, que a mi modo de ver era inexplicable, pues no tenía relación alguna con las orientaciones emanadas del XX Congreso del PCUS que habían condenado las prácticas stalinistas, constituyendo este hecho un retroceso significativo y un atentado

contra el principio de la autodeterminación de los pueblos, que defendíamos con tanta pasión.

El episodio del arma

Muchos fueron los aciertos del gobierno de Salvador Allende y muchas también sus debilidades. Sabemos del clima de violencia que lo acompañó y mucho se ha escrito sobre sus protagonistas, las causas de su caída y las consecuencias para el país.

Para ilustrar el período me viene a la memoria el episodio del arma.

Corría octubre de 1972, y yo, como todos los martes, me dirigía a Santiago para asistir al trabajo parlamentario. A la altura de San Fernando me detuvo una patrulla del Ejército para un control enmarcado en la Ley de Control de Armas. Me identifiqué, pero los efectivos militares me hicieron bajar del vehículo para someterlo a revisión. Yo llevaba en la cajuela del auto mi arma de autodefensa, debidamente autorizada. Aun así se me conminó a trasladarme a un retén de Carabineros, donde se me retuvo el arma, y luego fui llevado al Juzgado de San Fernando para un trámite de rigor, según me dijeron. Cumplido el trámite se me permitió continuar mi ruta a Santiago.

Hasta ese momento se respetaba el fuero parlamentario. Es por eso que este «allanamiento» a mi vehículo y la forma en la cual me despojaron de mi arma de autodefensa —la que por ley podíamos portar todos los parlamentarios, sin autorización previa— causaron revuelo. El diario *El Mercurio*³ informó sobre el hecho y sobre las acciones que yo emprendí frente a la fragante violación del fuero parlamentario de que fui objeto:

El Diputado comunista por Talca, Alejandro Toro, denunció ante el Ministerio del Interior la detención de que fue objeto el martes 24 de octubre, con vulneración de su fuero parlamentario por parte de Carabineros, que le pusieron a disposición del Juzgado de San Fernando, luego de que una patrulla del

Ejército registró el vehículo en el cual se dirigía a Santiago, encontrando una pistola de su propiedad en la guantera de su automóvil.

La situación de Toro fue expuesta en la Cámara ayer por el Diputado del Partido Nacional Fernando Maturana, quien calificó el hecho como violación del fuero parlamentario. El legislador comunista intervino al término de la sesión especial efectuada en la mañana de ayer y explicó la situación que se produjo anteayer con soldados y carabineros.

Indicó que junto con la denuncia al Ministerio del Interior, que investiga el hecho, solicitó el envío de un oficio por parte de la Cámara de Diputados, lo que hizo el Presidente de la Corporación, Fernando Sanhueza, al Jefe de la Zona de Emergencia en la provincia de Colchagua. En el documento se pide la versión de los hechos y se solicita la devolución del arma del diputado comunista.

Toro explicó que cuando el martes último en la mañana se dirigía a Santiago, a la altura de San Fernando, fue interceptado por una patrulla militar que registró su vehículo, a pesar de haberse identificado como parlamentario.

Se le encontró una pistola debidamente registrada a su nombre. Sin embargo, los soldados le trasladaron hasta un retén de Carabineros cumpliendo, según ellos, disposiciones del Jefe de Zona de Emergencia en materia de armas. En Carabineros se le retuvo el arma y un teniente le mantuvo en el lugar a la espera de instrucciones del Comisario. Pasó más de una hora y «este mayor de la policía, por desconocimiento del significado del fuero parlamentario, me señaló que era imposible que yo dispusiera de mi arma, leyéndome un bando de la Zona de Emergencia».

Agregó que posteriormente se cursó un parte y se le trasladó al Juzgado, donde una funcionaria, por ausencia del Juez, calificó la situación con consulta a la

Corte. «A pesar que fui atendido con solicitud, en la práctica hubo detención de un parlamentario y el ser llevado al Juzgado cumple con vulnerar el fuero», agregó.

Finalmente manifestó que «debe preocupar a la Cámara en el momento oportuno que un mayor de Carabineros, por desconocimiento o mala fe, en condiciones de calificar la situación no operó respetando el fuero parlamentario. De todo esto no responsabilizo a los militares, porque ellos solo me trasladaron».

A esta información, que es fidedigna, debo agregar que envié una carta al general Carlos Prats, comandante en jefe del Ejército, quien en términos muy conceptuosos acusó recibo de mi misiva y manifestó que haría todos los esfuerzos para que se normalizara esta situación y me fuera devuelta mi arma.

Este episodio fue en realidad una provocación del Ejército que ni el Parlamento ni el propio comandante en jefe del Ejército, el constitucionalista Carlos Prats, pudieron manejar. La sedición ya estaba en marcha. La pistola, una Walther de 9 mm que me habían regalado en Alemania Democrática los camaradas del PSUA, nunca me fue devuelta.

Ahora al Senado

Dado que mi período como diputado concluía el 21 de mayo de 1973 y se iniciaban las postulaciones para la elección de senadores, que se llevaría a cabo en marzo de ese mismo año, la Dirección de mi partido estimó pertinente inscribirme como candidato a la Cámara Alta por la 6^a agrupación provincial de Curicó, Talca, Linares y Maule, para el período de 1973-1981.

El camarada Julio Campos, que me había reemplazado en el cargo de secretario regional cuando asumí la tarea parlamentaria, fue nominado candidato a sucederme como diputado, por lo que la campaña adquiría mayor fuerza y nos

exigía una gran movilización y despliegue de recursos de todo tipo: de organización, de promoción de nuevos cuadros dirigentes, de propaganda, de obtención de recursos económicos, etc.

Nuestro partido había tenido un senador por esa circunscripción hace muchos años, cuando eligió a Amador Pairoa Trujillo en 1941, quien falleció en 1944, antes de concluir su mandato. Más tarde, el candidato Guillermo del Pedregal, un independiente apoyado por los partidos comunista, radical, socialista y demócrata, perdió frente a la arrolladora votación de la coalición de derecha, conformada por los partidos Liberal, Conservador y Falange Nacional, quienes montaron una maquinaria de corrupción para asegurarse la elección, apoyados principalmente en los terratenientes de la zona; así lograron que su candidato, Arturo Alessandri Palma, resultara elegido.

Con estos antecedentes sentía que la tarea era de gran responsabilidad para mí. La lista de izquierda, denominada Partido Federado de la Unidad Popular, estaba conformada por el socialista Erich Schnake y yo. Nuestros principales contendores eran el democristiano Patricio Aylwin y el derechista Sergio Diez, agrupados en la lista denominada Confederación de la Democracia (CODE). Un mes antes de la elección, en febrero de 1973, nació Alejandro Alfredo, mi sexto hijo, y Olga, a pesar de su embarazo un tanto complicado, había participado activamente en mi campaña junto con los niños.

Recorrer todas las comunas de las tres provincias en tan corto tiempo fue una tarea intensa: mítines, reuniones, encuentros, concentraciones masivas, entrevistas radiales y de prensa, los infaltables puerta a puerta, recogiendo las inquietudes de la gente y difundiendo el programa del gobierno que encabezaba Salvador Allende. Innumerables Comités de Apoyo se organizaron en barrios, pequeñas y medianas empresas, sindicatos, organizaciones campesinas, servicios públicos, escuelas, centros juveniles y de mujeres. De particular notabilidad y apoyo a mi campaña fue el Comité de Profesionales y Técnicos Independientes.

Ambos candidatos, Julio Campos y yo, fuimos electos con una gran votación. También lo fue mi compañero de lista, el socialista Erick Schnake Silva. Por su parte la CODE, además de Aylwin, eligió a José Fonseca Aedo (DC) y Sergio Diez Urzúa (PN).

En el Senado, junto con el trabajo de Sala, me incorporé como miembro titular de la Comisión Permanente de Gobierno y reemplazante de la Comisión

Permanente de Relaciones Exteriores y Defensa Nacional. Alcancé a estar solo cuatro meses en el Senado. El golpe militar del 11 de septiembre de 1973 puso término anticipado a mi período legislativo, truncando mi oportunidad de aportar en la formulación de nuevas leyes, en particular aquellas que beneficiarían a los trabajadores.

La clausura del Congreso Nacional

Efectivamente, antes de completar cuatro meses de mi nueva labor parlamentaria, esta se vio violentamente interrumpida por el golpe militar del 11 de septiembre de 1973: la Junta Militar clausuró el Congreso, según el Decreto Ley N° 27 del 21 de septiembre de 1973.

Como todos los lunes, el 10 de septiembre viajé de Talca a Santiago a cumplir mis tareas en el Senado. Ese mismo día en la tarde, en la sede del Comité Central del Partido, recibimos una pormenorizada información por parte del diputado Orlando Millas, miembro de la Comisión Política, acerca de la grave situación que se estaba viviendo, sentenciando que el golpe militar era inminente.

Como era de conocimiento público, la dieta parlamentaria no era cobrada por los legisladores comunistas, sino que, por resolución de su Comité Central, iba directamente a la Comisión de Finanzas, quien le asignaba a cada diputado y senador un sueldo, cuyo monto era equivalente al salario de un obrero calificado, y ponía a su disposición vehículos para atender cada zona. También, a los parlamentarios de provincias se nos aseguraba el alojamiento en Santiago. Para ese efecto, el partido mantenía un departamento en la calle Seminario, para los senadores, y una casa en Marcoleta, para los diputados. En esta última se nos entregaba también servicio de alimentación.

Es así que el día 10 de septiembre pernocté en el departamento de la calle Seminario y, al día siguiente, me dirigí a desayunar con mis colegas diputados a Marcoleta. Junto con ellos me informé a través de la radio, como la mayoría de los chilenos, del bombardeo a La Moneda.

Dada la grave situación, cada uno de nosotros procedió a dar cumplimiento a las

pautas fijadas previamente para este escenario.

Vivíamos el momento en que comenzaba para la mayoría de las familias chilenas, incluida la mía, una nueva etapa en nuestras vidas, marcada por la incertidumbre, la brutalidad, el dolor, la pérdida de seres queridos, la cárcel y el exilio.



Olga junto con sus hijos Eduardo, Doris, Víctor y Olguita, en Iloca, Curicó (1971).



Alejandro Toro junto con sus hijos Alicia, Eduardo, Doris, Víctor y Olguita, en Iloca, Curicó (1971).



Alejandro Toro, junto al diputado Erich Schnake,
en el VIII Congreso del Partido Socialista Unificado de Alemania, Berlín (1971).



ALEJANDRO TORO
TRIUNVADOR

* EL CANDIDATO comunista en Talca obtuvo un significativo triunfo, donde desde hacía largos años el PC no tenía parlamentario.

Foto publicada por el diario El Siglo, que da cuenta de su elección como diputado por Talca (1969).

1 Orlando Millas, Memorias

2 Pablo Neruda, 1 de agosto de 1966.

3 El Mercurio, 26 de octubre de 1972.

Cuarta parte

El golpe militar (1973)

El golpe militar

Ya informados del golpe militar, el mismo 11 de septiembre de 1973 me dirigí con el diputado Julio Campos a un sector de Santiago que correspondía al Comité Regional de Mapocho. Así lo hicimos en cumplimiento de las indicaciones que habíamos recibido en los días previos al golpe en caso de que la situación se agravara, como estaba ocurriendo en ese momento. El objetivo era ubicar a los dirigentes de ese Comité Regional y colaborar con su equipo de dirección.

Nos dirigimos al domicilio establecido y el dueño de casa nos informó que había dificultades para ubicar a los dirigentes. Luego nos ubicó en una casa cercana, cuyos moradores se encontraban fuera de Santiago, para que esperáramos algún contacto que él haría. Con un paquete de porotos como todo abastecimiento —que compartíamos con el perro de la casa—, esperamos durante tres días y tres noches, pero nuestro contacto nunca llegó. Decidimos abandonar la casa y nos dirigimos al sindicato de ENDESA, que presidía mi viejo amigo y camarada el «Negro» Ramírez.

Llegamos al sindicato. Ramírez seguía allí junto con algunos trabajadores. Nos explicó que estaban organizando grupos de ocho o diez obreros para defenderse de las fuerzas militares, que en ese instante empezaban a rodear el sector del sindicato y de la empresa.

Al informarnos que no disponían de ningún medio material de defensa, y menos de ataque, estimamos que lo más razonable, para evitar una masacre de obreros indefensos, era retirarse organizadamente del lugar, incluso dialogando con suboficiales de la FACH. Así se hizo y se salvó la situación. Nuestra opinión fue decisiva para tal resultado.

No exentos de dificultades, salimos del lugar y nos dirigimos a casa de un familiar de Julio Campos, en donde permanecimos por más de un mes. La dueña de casa, cuñada de Julio (su esposo trabajaba fuera de Santiago), sobrellevaba nuestra permanencia con gran espíritu solidario, pero no libre de angustia, pues se sucedían allanamientos en edificios del sector y en departamentos vecinos del propio edificio. Ella, que por ese tiempo oficiaba de encargada del edificio, fue requerida en forma enérgica por un propietario para que solicitara allanamiento a uno de los departamentos, dado que se sospechaba que allí se encontrarían dirigentes de la Unidad Popular. La mujer nos consultó si accedía o no a dicha petición, informándonos que estaba en conocimiento de que, desde el día del golpe, los residentes no estaban en dicho departamento. Acordamos que acogiera la petición del vecino y solicitara el allanamiento, ya que de no hacerlo entraría en sospecha y lo más probable es que se allanara el edificio completo, incluyéndonos. Así se hizo, las fuerzas militares allanaron el departamento en cuestión, no encontraron moradores ni nada sospechoso, a excepción de algunos libros «comprometedores», según se nos hizo saber. Afortunadamente sorteamos esa dificultad y evitamos que se generalizara la represión en los demás departamentos.

En los días siguientes reiniciamos la búsqueda de contactos, lo que finalmente se produjo cuando recibimos instrucciones de asilarnos en una embajada.

Olga continuaba en Talca con los niños y, a través de conversaciones telefónicas, me había informado de la situación local, hasta donde ella tenía conocimiento. El coronel Efraín Jaña Girón había asumido la Jefatura de Plaza de la Provincia y hasta ese momento había respetado los derechos humanos de las personas. Sin embargo, acordamos que, de ser necesario, debía prepararse para abandonar Talca.

Alcántara 218

A mediados de octubre de 1973, gracias al trabajo inteligente realizado por un equipo de compañeros del partido y con el apoyo de funcionarios diplomáticos de la Embajada de la República Democrática Alemana (RDA), logré, junto con Julio Campos, ingresar a una casona de tres pisos de la calle Alcántara, donde

funcionaba, hasta antes del golpe militar, la escuela y jardín infantil de los hijos de los funcionarios de la embajada.

La RDA había roto relaciones diplomáticas con la Junta Militar, por lo que la casa no contaba con protección diplomática. Solo después de quince días de permanecer apostados en una mansarda del tercer piso del inmueble, sin siquiera asomarnos a la ventana, no exentos de incertidumbre, los alemanes izaron en la casa una bandera de Finlandia, país con el cual habían establecido un convenio diplomático para que se ocupara de sus intereses en Chile. Con el izamiento de la bandera pasamos oficialmente a la condición de asilados políticos. A partir de ese momento comenzaron a ingresar a este lugar numerosos dirigentes.

Mientras permanecía asilado fui nominado por los miembros del partido que estaban conmigo como su representante y jefe, lo que me exigía estar a diario en contacto con los funcionarios diplomáticos de la RDA, así como con los soviéticos y finlandeses que periódicamente visitaban el lugar. A través de ellos recibía información de los acontecimientos externos y las opiniones de dirigentes del partido sobre la realidad que se vivía. También me llegaban peticiones de asilo de personas perseguidas y sus familiares, esposas e hijos, que no encontraban lugares seguros donde protegerse.

Con Carlos Andrade, diputado por Valparaíso, y Julio Campos, que se había asilado conmigo, nos constituimos como Dirección y nos abocamos a la tarea de organizar la convivencia de los numerosos asilados que habían llegado a la casa: horarios de alimentación, actividades deportivas y culturales, reuniones de información e intercambio de opiniones con los integrantes de los otros partidos de la Unidad Popular e independientes. De este modo procurábamos que la vida al interior del asilo fuera lo mejor posible, dentro de las limitaciones de la difícil situación de emergencia en que nos encontrábamos.

A fines de ese mismo mes, Olga me comunicó que el general Sergio Arellano Stark había visitado la zona y había destituido al coronel Efraín Jaña Girón de su cargo de Jefe de Plaza. Según había podido indagar, el coronel habría sido trasladado a Santiago en condición de detenido, situación que se corroboró más tarde. Como parlamentario de Talca, yo había establecido relaciones cordiales y de amistad con el coronel. En conversaciones frecuentes, que manteníamos durante eventos oficiales y sociales, analizábamos la situación política contingente. Él me había manifestado ser un constitucionalista por sobre cualquier consideración y seguidor de la doctrina Schneider.

Con este antecedente, le pedí a Olga que abandonara Talca de forma inmediata y por la vía más expedita, pues concluí que su seguridad y la de los niños estaban en peligro. Al día siguiente viajaron a Santiago. Olga posteriormente me manifestó que, para ella, los días siguientes al golpe habían sido confusos, de mucha inseguridad, y me relató las peripecias vividas.

En ese momento ella, en Comisión de Servicio, cumplía funciones de enfermera asesora de epidemiología en la Dirección de la Quinta Zona de Salud, pero fue exonerada de su cargo y del de enfermera del Hospital de Talca por las nuevas autoridades de esa repartición pública. Por razones de seguridad, abandonó transitoriamente con los seis niños la vivienda de la calle Cinco Sur. Fue así que empezó a deambular por las casas de algunos amigos nuestros que la acogieron en esa difícil situación. También tomó conocimiento del fusilamiento del intendente Germán Castro, que había sido acusado por un tribunal militar en tiempo de guerra de haber dado muerte a un carabinero en un enfrentamiento cuando se dirigía a «volar» una represa en un sector precordillerano, así como del asesinato de una colega de ella, Hilda Valenzuela, enfermera que trabajaba en la Universidad de Talca, que había sido acribillada en su domicilio junto con su esposo, quien a su vez había sido acusado de pertenecer a una célula del MIR; en el episodio había muerto también uno de sus hijos.

La decisión de la Dirección del partido de hacer salir al exilio a un grupo de personas públicamente conocidas, especialmente parlamentarios, entre los que me encontraba, obedeció a dos condiciones: por un lado, la dificultad de disponer de medidas de seguridad para disminuir el alto riesgo de ser detenidos y, por otro, los beneficios de contar con dirigentes capaces de denunciar en el exterior las atrocidades de la dictadura y contribuir a la organización y el desarrollo de la solidaridad con el pueblo de Chile. Personalmente, así como otros dirigentes, nos opusimos a esta medida, proponiendo que podríamos trabajar en algunas zonas desde la clandestinidad; no obstante, la decisión de salir al exilio fue una resolución perentoria de la Dirección del partido, que debimos acatar.

Transcurrido poco tiempo de permanencia en Alcántara 218, recibí una comunicación de Mario Zamorano en la que me señalaba que la permanencia de los golpistas en el poder sería breve, por lo que no había que seguir asilando gente. De esta manera, nos dio a entender que la evaluación de la Dirección en ese momento era que Pinochet estaba por caer, que era cuestión de semanas, o a lo más, dos o tres meses. Nuestra apreciación era distinta. A diario recibíamos

información de graves actos de represión, a través de familiares de los asilados, de los representantes diplomáticos y de algunos de los carabineros de guardia que custodiaban externamente el lugar, con los cuales habíamos establecido una relación de complicidad. No estuve de acuerdo con esa apreciación tan optimista de la Dirección, que catalogué de ingenua; me daba la impresión que confundían los deseos con la realidad. Decidí que se continuara otorgando asilo a los perseguidos y sus familias en situación precaria, entre las que se encontraba mi propia familia. Más tarde, por esta «discrepancia», y al más puro estilo staliniano, fui sancionado y separado del Comité Central.

El 10 de enero de 1974, Olga y los dos niños más pequeños, Alejandro Alfredo, de 11 meses, y Olga Cristina, de 5 años, siguiendo mis instrucciones de seguridad, ingresaron a la embajada para reunirse conmigo. Mientras, mis hijos mayores, Alicia María (16), Eduardo Enrique (14), Doris Ruth (12) y Víctor Antonio (11), continuaron transitoriamente con familiares de mi hermano Germán.

Seguía ingresando gente a la casona. Ya éramos cerca de sesenta. Los diplomáticos insistían en sus gestiones ante las autoridades militares para obtener los salvoconductos que nos permitieran abandonar el país. En febrero autorizaron a un grupo numeroso de personas, entre los que se encontraban Olga y los seis niños. Al resto de los asilados se nos negaba el beneficio sin explicación alguna.

El tema de continuar asilando personas en Alcántara también fue conversado con los diplomáticos. Dos agentes de inteligencia que operaban como representantes de sus respectivos países —uno de la STASI (RDA) y otro de la KGB (URSS)— me expresaron, en forma separada, su molestia por permitir que nuestros familiares entraran también al asilo. Les respondí que no aceptaba su molestia, que me parecía inmoral y que no estaba allí para escuchar opiniones irresponsables, que nosotros no estábamos en esta situación por gusto, sino por decisión del Partido, porque no había condiciones que aseguraran nuestra supervivencia y, además, que teníamos instrucción de salir al exterior a cumplir tareas de solidaridad, ya que somos hombres y mujeres públicos. Si querían que nuestras esposas e hijos se quedaran en el infierno de Pinochet sin protección, les dije, entonces yo de inmediato abandonaba este asilo y ellos asumían las consecuencias. Mis interlocutores quedaron desconcertados y manifestaron, entre otras consideraciones, que no se trataba de que saliéramos del asilo.

Con Carlos Andrade y Julio Campos concluimos que detrás de la molestia de los agentes de inteligencia, actitud que calificamos de irresponsable e inmoral, estaba la mano de la Dirección, a través de Mario Zamorano, que era la persona que establecía el vínculo con la embajada.

Por mi parte, seguí actuando como lo había estado haciendo. Al poco tiempo, y a la luz de los acontecimientos, la Dirección flexibilizó su postura. En una acción planificada, el nueve de febrero ingresaron a la casona mis hijos mayores. Al día siguiente, en dos buses contratados por los camaradas alemanes, el grupo autorizado, entre los que iba Olga con los seis niños, abandonó la embajada con destino al aeropuerto para abordar el avión que lo llevaría a la República Democrática Alemana: comenzaba para todos ellos un largo exilio.

A fines de marzo de 1974 obtuve mi salvoconducto y, junto con otros compañeros, abandoné Chile en un vuelo de la línea aérea KLM, oficialmente con rumbo a Finlandia, no obstante mi destino era la RDA. Llegamos a Amsterdam y, luego de algunas horas en espera de nuestra combinación, abordamos un vuelo directo a la República Democrática Alemana, en donde me reuní con mi familia.

Quinta parte

República Democrática Alemana (1974-1975)

República Democrática Alemana

Llegué a Berlín, capital de la República Democrática Alemana, «sancionado» por la Dirección del partido y en calidad de militante de base.

Desde el aeropuerto, el grupo de exiliados, que en su mayoría irían a reencontrarse con sus familias que habían viajado con anterioridad, como era mi caso, fuimos separados en subgrupos y trasladados inmediatamente a los lugares donde se encontraban nuestras familias. Fue así como llegué a Fanschloise, una localidad ubicada en la provincia de Dessau, distante unos 200 kilómetros del sur de Berlín, donde se encontraba Olga con los niños. El lugar donde nos hospedábamos era un complejo vacacional destinado a los trabajadores alemanes y sus familias, un hermoso lugar ubicado a la orilla de un lago. Recibimos atención médica y vestuario acorde al frío invierno europeo y prontamente nos impartieron clases de alemán. Como actividades recreativas se realizaban caminatas y bicicletadas; también se organizaron actividades culturales con participación de artistas chilenos y alemanes, y digo artistas chilenos porque efectivamente entre nosotros se encontraba un grupo de jóvenes actores del teatro de la CUT —entre ellos el actor José Secall—, quienes se vieron obligados a refugiarse frente a la persecución que ejerció Pinochet contra el mundo de la cultura.

También compartimos con los trabajadores alemanes; me refiero a las compañeras y compañeros cocineros, jardineros, aseadores, administrativos y directivos de la casa. Algunos de ellos, como una muestra más de su intensa solidaridad, tomaron la iniciativa de invitarnos a sus casas. Helga, una antigua cocinera de la casa, que se había encariñado con mi hijo Víctor, nos invitó a su casa a compartir con su familia su abendbrot. Era una pintoresca vivienda rodeada de árboles frutales y jardines, en donde vivía junto con su esposo y su

pequeño hijo adoptivo. Si bien estábamos muy contentos mientras saboreábamos una taza de café con leche y pan centeno acompañado de deliciosas cecinas y vegetales traídos de Bulgaria, la conversación era bastante dificultosa, pues nosotros hablamos casi nada de alemán y ellos definitivamente nada de español. Para romper la monotonía de la cita, pronuncié algunas palabras en ruso por si pasaba algo y cual fue mi sorpresa al escuchar que mi anfitrión me respondió también en ruso. Le expliqué que sabía algo de ese idioma, pues había estado un tiempo en la Unión Soviética; él me dijo que también había aprendido allí. Luego le pregunté cuál era su opinión respecto de la presencia de tropas soviéticas en suelo alemán, tema bastante controversial y motivo de prolongadas discusiones en el colectivo de chilenos por esos días; efectivamente, a menudo veíamos pasar por las cercanías del lugar, y en nuestras visitas a la ciudad, columnas de tropas soviéticas que se desplazaban en viejos camiones y tanquetas a plena luz del día. El anfitrión me respondió que a él no le parecía adecuado, pues para el Estado alemán era muy costoso mantenerlos en su territorio. Argumenté que entendía que se trataba de un tema de seguridad, dado que el mundo capitalista es fuerte y agresivo, y di como ejemplo el golpe militar que recientemente había ocurrido en Chile y que había sido financiado por «imperialismo norteamericano». Mi interlocutor no tardó en explicar su razonable antisovietismo. Relató que, siendo muy joven, había sido soldado del ejército nazi y que fue detenido por los soviéticos durante el holocausto y llevado en calidad de prisionero de guerra a un campo de rehabilitación en la URSS, en donde permaneció durante diez años. Después agregó que ya había pasado mucho tiempo desde esos hechos y que a su regreso constituyó familia y que estaba contento con el Estado alemán. Me dio la impresión de que el hombre, que tendría unos 50 años aproximadamente, era sincero. Por mi parte le expresé que valoraba el hecho de que permaneciera en la Alemania socialista y que reconociera sus avances. Finalmente agradecimos la hospitalidad de los dueños de casa y dimos por concluida nuestra visita, retirándonos invadidos de sentimientos encontrados.

Progresivamente los grupos familiares comenzaron a ser reubicados en sus lugares definitivos de residencia y trabajo, como Dresden, Zwickau, Karl Marx Stadt, Rostock, etc. Yo continuaba «sancionado». Se me informó que mi ubicación definitiva era un poco más complicada, pues los departamentos que se entregaban a los refugiados, en su mayoría viviendas nuevas, eran las mismas que se construían para los ciudadanos alemanes, diseñados para familias que en promedio tenían dos hijos, excepcionalmente tres, y mi familia excedía esos cánones.

Fanschloise se cerró y las pocas familias que allí estábamos fuimos trasladados a un nueva casa, esta vez cerca de Potsdam, siempre a la orilla de un lago y en medio de hermosos parajes. Lo más significativo de nuestra estadía en Potsdam fue, sin lugar a duda, la oportunidad que se nos brindaba de realizar visitas culturales, por ejemplo al bello Palacio Sans Souci, construido en 1745 por Federico II de Prusia, o al histórico lugar, actualmente museo, donde se realizó, en julio y agosto de 1945, la Conferencia de Potsdam, en donde los Aliados, los presidentes Harry Truman de Estados Unidos, Winston Churchill de Inglaterra y José Stalin de la Unión Soviética, se reunieron para sentar las bases del orden y seguridad de posguerra para Europa y el retiro de Alemania de los territorios ocupados.

Habían transcurrido siete meses desde mi llegada a Alemania. Corría septiembre de 1974, y los pocos residentes rezagados que quedábamos fuimos trasladados a un nuevo centro, de similares características a los anteriores, ubicado en las cercanías de Berlín, en la localidad de Ferch.

La oficina Chile Antifascista

En Ferch fui informado por la Dirección del partido de que debía viajar diariamente a Berlín —distante a unos 35 kilómetros— para colaborar en las tareas de solidaridad de la oficina Chile Antifascista y que en las próximas semanas se nos asignaría una vivienda.

La oficina Chile Antifascista estaba presidida por don Carlos Contreras Labarca, dirigente político chileno, exsenador, exembajador de Chile en la RDA durante el gobierno del presidente Salvador Allende y exsecretario general del Partido Comunista en la década del treinta, en el tiempo de los Frentes Populares que llevaron a la presidencia a don Pedro Aguirre Cerda. Comencé inmediatamente a cumplir con las tareas de solidaridad que exigía el momento que vivíamos. Viajé a Finlandia para participar en una Jornada de Solidaridad con el pueblo de Chile, organizada por los exiliados y las fuerzas políticas de ese país. Allí tomé contacto con dirigentes del Partido Socialista; con Isabel Allende y Jorge Arrate; con camaradas del partido en tareas internacionales, como Graciela Uribe, que desempeñaba labores en el Consejo Mundial de la Paz; así como con dirigentes

del Partido Comunista finés, que tenía la particularidad de funcionar armónicamente en dos fracciones independientes (ambas solidarizaban con la causa chilena).

Asistí también a las actividades solidarias que se realizaban en Berlín occidental, lugar al que me trasladaba cruzando el Muro bajo estrictas medidas de seguridad y apoyado por camaradas del PSUA de Alemania oriental y occidental. Mi primera visita a este lugar la realicé en compañía de Juan Carlos Concha, exministro de Salud de Salvador Allende y militante del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU). Nuestra misión era explicar, en un acto realizado en un local sindical, la situación política chilena a un numeroso grupo de obreros alemanes. Concluida la exposición, con Juan Carlos dimos respuesta a las variadas preguntas de los participantes. Con cierto sarcasmo, un participante me preguntó cómo explicaba el Partido Comunista chileno que, a poco de haberse producido el golpe militar, no se hubieran tomado las medidas para evitar la detención de su secretario general, el camarada Luis Corvalán. Me molestó que la pregunta, aunque válida, se hubiera formulado en un tono irónico, por lo que no trepidé en responder que el hecho se había producido, entre otras razones, por no haber aprendido de la trágica experiencia alemana en los comienzos del fascismo, cuando de la misma forma fue detenido en su casa el camarada Ernest Thelmann, secretario general del Partido Comunista alemán. Se produjo un silencio sepulcral en la sala y no hubo más preguntas; los organizadores dieron por concluida la reunión.

La segunda vez que crucé el Muro de Berlín fue para reunirme con el secretario general del Partido Comunista de Alemania Occidental, quien me expresó el compromiso de los trabajadores de ese país con la lucha del pueblo chileno. En aquella oportunidad también participé en un acto masivo de solidaridad con Chile, que se llevó a cabo en una avenida céntrica de la ciudad y contó con la participación de más de quince mil personas que ovacionaron mi intervención, apoyada con traductor, naturalmente.

Conversación «clave»

Transcurridos los meses se habían incorporado nuevos camaradas al colectivo de

trabajo de la oficina Chile Antifascista, entre ellos los senadores Luis Valente Rossi y Carlos Contreras Tapia. Algunas veces solo, otras acompañado por alguno de ellos, visité en más de una oportunidad las ciudades de Dresden, Zwickau, Leipzig, Karl Marx Stadt y Rostock con el objeto de asistir a eventos de solidaridad, así como para atender problemas que afectaban al colectivo de refugiados chilenos en cada lugar. Especialmente nos interiorizábamos del proceso de inserción de cada grupo en las actividades laborales —en algunos casos visitando sus lugares de trabajo—, que no estaba exento de dificultades, en parte debido a las barreras del idioma, pero también a la falta de flexibilidad de los camaradas alemanes en la aplicación de los criterios definidos para llevar a cabo dichos procesos.

En Leipzig se me acercó un joven exiliado para plantearme su deseo de irse a Cuba y me preguntó si yo creía que podría ser posible. Le respondí que personalmente no veía inconveniente para que él se fuera a Cuba, si así lo deseaba, así que lo insté a que formulara su petición a los compañeros chilenos y alemanes del colectivo de Leipzig y que informara si se le presentaba alguna dificultad. No identificaba al muchacho, sin embargo, esta conversación quedó en mi subconsciente, como tantas otras de esa época.

En el año 2006, visitando la Feria Internacional del Libro de Santiago, compré el libro *Pasiones Griegas*, última novela del escritor chileno Roberto Ampuero, al que me acerqué a saludar, pues se encontraba presente autografiando su libro. Cuando estuve frente a él, me preguntó: «¿Usted estuvo en Leipzig en 1974?». «Exactamente», le respondí, «cumplía tareas en el buró Chile Antifascista». «Compañero Toro», me dijo, «usted me facilitó el camino para que yo me fuera a Cuba y mire dónde estoy ahora!». Ampuero trajo a la memoria nuestra conversación en Leipzig y me relató que, gracias a mi opinión, se le habían abierto las puertas y facilitado su viaje a Cuba, en donde se radicó por algún tiempo. Me explicó que cursó la solicitud no sin dificultades y trámites burocráticos. No obstante, él, en cada paso que daba para conseguir su objetivo, aducía: «El compañero Toro me autorizó». Así obtuvo su «autorización» para viajar a Cuba, donde se casó e inició su fructífera carrera literaria.

La visita de Orlando Millas

La llegada a Berlín del camarada Orlando Millas, miembro de la Comisión Política del partido, fue una gran contribución para que los problemas de inserción, así como otras situaciones, fueran resolviéndose. Millas tuvo el mérito de haber establecido una estrecha relación de amistad con Erich Honecker, jefe de Estado y del Partido Socialista Unificado Alemán (PSUA). También ayudó a mejorar la relación con los dirigentes intermedios del PSUA encargados de atender a los partidos políticos de Chile. Su presencia contribuyó a mejorar las condiciones laborales de los chilenos, así como a flexibilizar medidas administrativas arbitrarias que se aplicaban por parte de la Dirección del PC de nuestro país. Además, obtuvo del camarada Frieden Trappen, embajador de la RDA en Chile durante el gobierno de Salvador Allende, que cumplía funciones de encargado del PSUA para América Latina, una actitud más positiva para enfrentar el problema de la llegada de nuevos exiliados a la RDA.

Expliqué mi situación personal de militante «sancionado» al camarada Millas, manifestándole que la sanción era desde todo punto de vista improcedente, errónea y arbitraria, y que se había originado por la simple razón de haber permitido que Olga, que había sido exonerada de su cargo de enfermera en el Hospital de Talca, se asilara junto con los niños en la embajada de la RDA en Santiago. Le comuniqué que debido a esa sanción se me mantenía hasta la fecha al margen de todo cargo de Dirección y que mis conversaciones con Manuel Cantero y Volodia Teitelboim para revertir la situación habían sido infructuosas. Millas acogió ampliamente mis planteamientos, y los resultados de sus gestiones posteriormente dieron sus frutos.

La última etapa de mi estadía en la RDA junto con mi familia se llevó a cabo en el departamento 201, del nro. 5 de Coppistrasse, en un barrio céntrico de la ciudad de Berlín, donde mis hijos finalmente, después de haber transcurrido más de un año del golpe militar, pudieron retomar sus actividades escolares en forma regular.

En enero de 1975 se me informó que estaba en estudio mi traslado con residencia a otro país, a objeto de asumir nuevas responsabilidades políticas y de solidaridad con el pueblo de Chile. Inicialmente se planteó que asumiría la representación del partido en Polonia, pero esa opción no prosperó. Luego se me informó que tal vez ocuparía el mismo cargo en Cuba, alternativa que también fue descartada, pues los cubanos exigían que nuestro representante en la isla debiera ser a nivel de dirigente de la Comisión Política. Mi destino finalmente fue México, hacia donde viajé a principios de febrero de ese mismo año para

asumir la representación del partido en ese país.

Carlos Contreras Labarca

Antes de concluir el relato de esta etapa de mi vida, no puedo dejar de testimoniar que para mí fue un honor y un gran aprendizaje haber colaborado en la oficina Chile Antifascista con una persona tan humana y sabia como fue don Carlos Contreras Labarca. En nuestras jornadas de trabajo conversábamos de variados temas, particularmente sobre la situación chilena y la solidaridad internacional, lo que era un enorme estímulo para no bajar la guardia en la lucha por recobrar la libertad y democracia en nuestro país.

Me conmovieron y me hicieron reflexionar profundamente sus relatos sobre la historia del movimiento obrero, del Partido Comunista chileno y sobre aspectos desconocidos por mí de la vida de su fundador, don Luis Emilio Recabarren Serrano, y su trágica muerte por suicidio. Carlos Contreras Labarca me explicó que él fue designado por el partido para integrar una comisión que investigara las causas del suicidio de Recabarren, concluyendo que hubo factores políticos que desencadenaron tan lamentable determinación.

Recabarren era una persona muy sensible y profundamente humana. Sus ideales y utopías fueron atacados por una mayoría del Comité Central de tendencias trotskistas, ultraizquierdistas, anarquistas y aventureras que aislaron a Recabarren. Lo acusaron de débil, conciliador y vacilante, así como de excesivamente liberal y socialdemócrata. Estas calificaciones eran de alguna forma avaladas por opiniones similares de la propia Internacional Comunista, lo cual, a juicio de Contreras Labarca, gatilló el suicidio.

Ya en México, y en cumplimiento de mis nuevas tareas partidarias y de solidaridad, recibí una carta de don Carlos Contreras Labarca, cuyo texto dice:

Querido compañero:

Ha sido una gran alegría para mi compañera y para mí recibir su afectuoso telegrama de felicitación con motivo de mi cumpleaños, y se lo agradecemos con mucha emoción y cariño. No le había contestado antes porque ignoro su dirección en México. Lo mismo me ocurrió cuando recibí la documentación de los juristas y la hermosa tarjeta mexicana. Pero ahora esta carta será entregada por el

Dr. Bartulín, quien le contará sin duda a usted y al pueblo de México sus experiencias recogidas en el curso de su gira por algunos países que realizan una activa campaña de solidaridad con las víctimas del fascismo en Chile y, en particular, en la RDA, donde —como usted sabe— este movimiento ha alcanzado tan alto nivel y al cual usted contribuyó eficazmente durante su permanencia aquí.

Por nuestra parte, nos complace enviarle el libro con los documentos del VII Congreso de la Internacional Comunista de 1935 en su edición en español (la RDA acaba de publicar una nueva edición en alemán de dicha valiosa documentación). Considero que le será muy útil disponer de dichas resoluciones, pues también tienen validez en los momentos actuales y ayudan en la lucha ideológica y en la construcción del frente antifascista.

Mi compañera y yo lo recordamos con mucho cariño a usted y su familia, y le enviamos nuestros mejores saludos.

Afectuosamente,

Carlos Contreras Labarca

Berlín (RDA), 1º de diciembre de 1975

P.D.: Mi dirección es 1157 Berlín, Eginhardstr 5, DDR.

Sexta parte

México (1975-1981)

Representante del Partido Comunista de Chile

Llegué a México en febrero de 1975, días antes del inicio de la tercera sesión de la Comisión Internacional Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar de Chile, evento que se llevó a cabo en un céntrico hotel de la capital azteca, acontecimiento en el cual colaboré en su preparación y realización.

En dicha instancia, que contó con la participación de numerosas organizaciones y personalidades políticas, sociales y gubernamentales, se presentaron testimonios de personas provenientes de Chile, quienes evidenciaron, a través de dolorosos relatos, la situación de violación de los derechos humanos por parte del régimen militar de Augusto Pinochet. Por su parte, los representantes de las organizaciones presentes entregaron su apoyo, compromiso y solidaridad con la lucha del pueblo chileno.

Aprovechando la presencia de Volodia Teitelboim en dicha reunión internacional, fui presentado a las autoridades mexicanas como el nuevo encargado del Partido Comunista de Chile y su representante en ese país. Volodia Teitelboim, Rodrigo Rojas y yo sostuvimos un significativo encuentro con el entonces secretario de Gobernación del presidente Echeverría, don Jesús Reyes Heroles, cuyo cargo era equivalente al de ministro del Interior. Reyes Heroles, de rostro serio y gran altura,

era un político experimentado y hábil. La entrevista se llevó a cabo en un ambiente de gran cordialidad. Volodia, junto con agradecer la solidaridad de México, explicó la situación de Chile y respondió las inquietudes de nuestro interlocutor, que apuntaban principalmente al tema militar. Durante la conversación, Reyes Heroles nos explicó las particularidades de las Fuerzas Armadas mexicanas, que, a decir de él, se trataban de unas fuerzas pequeñas, sin

poderío, que contaban con algún armamento corriente y sin ninguna sofisticación. Ilustraba su comentario diciendo que en el último período, el gobierno solo había entregado a la Marina algunas barcazas patrulleras para contrarrestar a narcotraficantes y contrabandistas. Y nos explicó que esa realidad se debía a que su vecino del norte era demasiado poderoso y el del sur, muy débil. Sin embargo, concluyó diciendo que disponían de una Guardia Presidencial de diez mil hombres de elite, entrenados y preparados, con armamento moderno y poderoso, que operaba bajo el control directo del Gobierno. Esta fuerza garantizaba la estabilidad y seguridad ante posibles intentonas sediciosas o golpistas.

Con el apoyo del embajador de la República Democrática Alemana en México y de los camaradas de la Dirección del partido, me instalé en un departamento en la colonia Copilco-Universidad, donde, en mayo de ese mismo año, llegaron Olga y los niños.

Para los efectos migratorios, contaba con un contrato como investigador del Centro de Documentación del Movimiento Obrero Internacional de la Universidad Obrera Vicente Lombardo Toledano, centro de estudios creado por el dirigente obrero del mismo nombre, ya fallecido. La universidad estaba ahora dirigida por su hija, la educadora doña Adriana Lombardo. Este antiguo y prestigioso centro de desarrollo del movimiento obrero, que formaba valiosos dirigentes sindicales mexicanos y latinoamericanos, jugó un rol muy importante de apoyo y solidaridad con el exilio y el pueblo chileno en su lucha contra la dictadura. En numerosas oportunidades pude colaborar con el quehacer académico de esa universidad, entregando mi experiencia y visión como dirigente político y participando en jornadas de discusión y análisis del movimiento obrero y comunista internacional.

La misión que, como responsable del partido en México, me correspondía cumplir era principalmente impulsar las tareas de solidaridad y apoyo con la lucha del pueblo chileno, a través de múltiples iniciativas como la difusión, organización de eventos y recaudación de fondos. También acogía a los compañeros que continuaban llegando en condición de refugiados, facilitándoles los trámites migratorios, solucionando los problemas de reunificación familiar, de trabajo, estudio, estadía, etc.

También me correspondía representar al Partido Comunista en el colectivo político Casa Chile, organismo creado por el gobierno de México bajo la

presidencia de don Luis Echeverría y que se mantuvo gracias al financiamiento de los gobiernos posteriores. Este organismo aglutinaba, coordinaba y atendía la problemática y actividades del exilio chileno. En esa época era dirigido por el exsenador Hugo Miranda, y entre sus directivos y colaboradores permanentes se encontraba el prestigioso periodista y escritor comunista chileno don Luis Enrique Délano, del cual guardo gratos recuerdos por su gran cultura, sabiduría y calidad humana.

Yo había conocido a Luis Enrique Délano en China, en 1959, en circunstancias que él, junto al destacado pintor y grabador chileno José Venturelli, efectuaban una estadía en Pekín. No obstante, fue en México donde yo y Olga trabajamos una gran amistad con él y su esposa, la destacada fotógrafa Dolores Falcón, la querida Lola para sus cercanos. Nos visitábamos frecuentemente en su casa o en la nuestra y manteníamos entretenidas tertulias en que nos hablaba de su vida en España durante la Guerra Civil, de su amistad con Neruda y de cómo vivió los momentos cuando, siendo embajador de Chile en Suecia, el vate recibió el Nobel, entre otras tantas andanzas.

Lola era una mujer encantadora, cariñosa, culta, entretenida. Nos mostraba sus trabajos fotográficos, que eran magníficas obras de arte, y cuando pasaba algún tiempo y no la habíamos visitado, llamaba por teléfono a Olga y le decía: «¿Qué pasa ingratolga, que no han venido a verme?».

Otra significativa línea de trabajo que debía cumplir en México era relacionarme con los embajadores de los países socialistas con representación en ese país, particularmente la Unión Soviética, la República Democrática Alemana y Cuba, trabajo que inicialmente desarrollaron el camarada Henry Bahna y el diputado Oscar Moya y, antes que estos, Salvador Ocampo, dirigente obrero y exsenador chileno que residía en México desde hace algunos años antes del Golpe.

La relación con las embajadas beneficiaba extraordinariamente nuestro trabajo, gracias al aporte material y el flujo de información que facilitaba la coordinación del trabajo político y de solidaridad. En esa línea me correspondió atender, en 1977, la visita a México de Luis Corvalán, secretario general del Partido, quien había sido recientemente liberado de las cárceles de la dictadura a través de un intercambio de presos políticos con el disidente ruso Vladimir Bukovsky.

La visita del senador Corvalán a México marcó un hito en la denuncia de los crímenes de la dictadura y en el refuerzo de las relaciones con el gobierno y con

los partidos políticos mexicanos que solidarizaban con la causa chilena, especialmente el Partido Revolucionario Institucional (PRI), el Partido Socialista Popular y el Partido Comunista Mexicano.

La recepción al camarada Corvalán por parte del gobierno, del PRI y del Partido Socialista Popular fue de primer nivel, constituyendo un aporte significativo en la consolidación de las relaciones políticas entre estos y nuestro partido. No aconteció algo similar con el Partido Comunista Mexicano, pues la acogida a nuestro máximo dirigente, que encabezaba Martínez Verdugo, se caracterizó por la falta de cortesía y displicencia. La recepción se realizó en un local inadecuado y sin la solemnidad y protocolo que la ocasión ameritaba. Los comunistas mexicanos, caracterizados históricamente por sus vaivenes políticos, sectarismo y permanentes desplazamientos ideológicos, no compartían el hecho de que los partidos mexicanos, con los cuales ellos mantenían fuertes pugnas, recibieran con tanta cordialidad a Corvalán, particularmente el partido de gobierno, y hacían sentir su malestar soterradamente a través de ese tipo de actitudes.

Un poco antes de la visita de Corvalán, me había contactado con un antiguo comunista español refugiado que guardaba, como un tesoro, veinte libros de la primera publicación del Canto General de Pablo Neruda. Se trataba de una hermosa edición de lujo, en tamaño gigante, que había salido a la luz en México en 1950. Los libros contenían ilustraciones hechas por los afamados pintores mexicanos David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera y todos estaban autografiados por el propio Neruda. Uno de ellos contaba, además, con la firma de ambos pintores. Nuestro amigo español puso a disposición del Partido Comunista de Chile estas verdaderas joyas literarias como apoyo a la causa de nuestro pueblo por recobrar su libertad. Recibí las obras con gran emoción, las que posteriormente entregué, en su totalidad, a Luis Corvalán antes de que abandonara México.

Como familia vivimos situaciones complicadas que siempre enfrentamos unidos, pero también tuvimos momentos muy gratos. Los niños se insertaron adecuadamente en la escuela y tenían su red de compañeros y amigos mexicanos y chilenos. En nuestro pequeño Volkswagen escarabajo, y gracias al bajo precio de la gasolina, pudimos conocer Cuernavaca, Acapulco, Veracruz y Puerto Vallarta, hermosos lugares en donde arrendábamos sencillas pero acogedoras cabañas para pasar nuestras vacaciones. Recuerdo con cariño nuestros paseos de fin de semana al Parque del Pedregal, en donde compartíamos sanamente con otras familias chilenas.

En estrecho vínculo con nuestro trabajo político, realizábamos una intensa vida social. Tuvimos oportunidad de compartir agradables cenas en nuestra casa con Hortensia Bussi de Allende y su familia, nuestra querida Tencha, a quien Olga apoyaba y atendía profesionalmente como enfermera. También establecimos un lazo especial con el pintor chileno José de Rokha y su esposa. Olga también atendía al pequeño hijo de ambos, por lo que, en un gesto de agradecimiento, Pepe le obsequió una hermosa y colorida pintura de una joven negra que, como familia interpretábamos, como «La primavera negra». Olga posteriormente donó esa obra al gobierno de Mozambique, en muestra de gratitud por su solidaridad.

Particularmente grato resultó para nosotros recibir en nuestra casa al científico Claudio Bunster; a Ernesto Ottone, que en esa época presidía la Federación Mundial de Juventudes Democráticas; a nuestro querido amigo y actor José Secall, quien junto con su esposa Viviana y su pequeña hija Adela pasaron unas merecidas vacaciones en México, provenientes de la URSS. José Secall en esa época se desempeñaba en radio Moscú, siendo uno de los principales gestores y realizadores del programa «Escucha Chile». Este programa era un símbolo de solidaridad y tenía auditores en Chile y el resto el mundo.

También recuerdo con emoción la visita a nuestro hogar del periodista y dirigente del MIR José Carrasco, que había sido recientemente expulsado de Chile después de haber estado detenido y haber sido torturado en diversos centros de prisioneros de la dictadura. José era un hombre sencillo y amable, y en nuestro breve encuentro establecimos cordiales relaciones políticas. Él regresó a Chile en 1984, y en 1986 fue vilmente asesinado por agentes de Pinochet.

Por último, no puedo olvidar las tertulias con viejos camaradas como Salvador Ocampo y Berta, su mujer mexicana, hermana de la viuda de Siqueiros, con los cuales pudimos compartir y recibir su solidaridad a través de la donación de valiosas litografías que nos eran muy útiles en la recolección de dineros para apoyar la lucha del pueblo chileno.

Acogiendo una invitación del Parlamento mexicano, participé como delegado, junto al diputado Oscar Moya, entre otros parlamentarios exonerados chilenos, en una Asamblea del Parlamento Mundial. Allí tuvimos la oportunidad de informar sobre la situación de Chile y hacer un llamado a los parlamentos presentes para continuar desarrollando iniciativas que apuntaran a promover la recuperación de la democracia en nuestro país.

Tras al evento, los delegados fuimos invitados, junto con nuestras esposas, a visitar algunos lugares turísticos de interés. Con Olga fuimos a Cancún y a Mérida. El viaje lo realizamos en un vuelo especial dispuesto por la Presidencia, lo que constituyó para nosotros no solo un espacio de esparcimiento, sino también de intercambio con parlamentarios provenientes de todo el mundo.

Noticias tristes para la familia, especialmente para Olga, fueron la muerte prematura de su sobrino Andresito, hijo de su hermana Nora, y la de su padre, don Daniel. Olga no pudo asistir a sus funerales, como era su deseo. No solo carecíamos de los recursos necesarios, sino que, además, todos los integrantes de nuestra familia estábamos impedidos por la dictadura para ingresar a Chile. Tal restricción estaba señalada con una letra «L» en los pasaportes que otorgaba la dictadura a través de sus embajadas. En el caso de México, que no mantenía relaciones diplomáticas con Chile, la encargada del trámite era la embajada de Brasil.

Misión reservada

A fines de 1978 se me informó que un reciente Pleno realizado en Moscú había resuelto mi reincorporación al Comité Central del partido y que debía prepararme para el trabajo clandestino, en una misión de confianza y por un período prolongado.

Sin más información que la señalada, me preparé para viajar a Moscú. Mientras, Olga con mis hijos menores permanecerían en la capital mexicana. En ese entonces, Olga Cristina cursaba la enseñanza secundaria y Alejandro Alfredo asistía a la escuela básica. Mis dos hijos mayores ya habían emigrado a continuar estudios superiores a países socialistas: Alicia a la URSS y Eduardo a Cuba, y estábamos en espera de la confirmación para la salida de Doris y Víctor, también a la URSS y Cuba, respectivamente.

Quedar al cuidado de los niños, sin mi ayuda, era para Olga una gran responsabilidad que ella asumió con la entereza, compromiso y cariño que la caracterizan. Además, debía cumplir sus labores como docente en la Escuela de Enfermería de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde había sido

contratada desde hacía ya algún tiempo, y como colaboradora en las tareas políticas del partido.

Fue así que viajé a la URSS. En el aeropuerto moscovita me esperaba el camarada Orlando Millas, acompañado de un funcionario soviético. Me condujeron a una casa de seguridad donde profesores de la Agencia de Inteligencia del Estado Soviético, más conocida como KGB, me entrenarían para la misión que, a mi entender, sería ingresar clandestinamente a Chile.

La casa de seguridad, que sería mi morada durante los próximos tres meses (tiempo que duraría el entrenamiento), no era más que un pequeño departamento de un dormitorio, ubicado cerca del parque Gorki. La vivienda contaba con las comodidades básicas necesarias para estudiar y trabajar. Una antigua bolchevique, con la cual me comunicaba en mi modesto ruso, visitaba diariamente el departamento para proveerme de alimentos y bebidas, incluido el infaltable vodka.

Diariamente, de lunes a sábado, comencé a recibir en este mismo lugar la visita de mis entrenadores: profesores, agentes y oficiales de la KGB de alto nivel y sus colaboradores, así como intérpretes, quienes me instruyeron en los temas de seguridad e inteligencia. Recibí entrenamiento en adaptación psicológica al trabajo clandestino; compartimentación; detección de seguimientos y de infiltración; características y funcionamiento de lugares y casas de seguridad; mensajería y uso de container y buzones; sistemas y usos radiales; porte de documentación «especial» para sortear pasos fronterizos; permanencia y salida de un país determinado en situación de clandestinidad; técnicas de fotografía y revelados, etc.

El entrenamiento incluía también ejercicios prácticos en las calles, metro y edificios públicos de la ciudad de Moscú, en los que debía detectar seguimientos y comprobar y ubicar buzones y container. También realicé prácticas de polígono, preparación física y defensa personal.

Justo antes de concluir mi adiestramiento se me comunicó que mi destino sería Argentina, donde cumpliría una misión riesgosa para mi seguridad personal y la del equipo que operaría conmigo, dado que Argentina estaba gobernada en ese momento por una dictadura militar similar a la de Chile, encabezada por el general Jorge Rafael Videla. El trabajo consistía en hacerme cargo del equipo del Partido Comunista de Chile en Buenos Aires, que debía garantizar la entrada y

salida de dirigentes políticos y sindicales en situación de clandestinidad, desde y hacia Chile, a través del aeropuerto internacional o del paso fronterizo Cristo Redentor, así como establecer los mecanismos de envío de divisas al interior del país, provenientes de la solidaridad internacional, destinadas a fortalecer la organización, el trabajo de los activistas y las acciones de propaganda de la resistencia chilena.

Previo a mi partida a Buenos Aires, se realizó en Moscú un sencillo pero significativo acto de despedida en el que participaron los camaradas Luis Corvalán, Américo Zorrilla y cuatro dirigentes soviéticos del Departamento América del Comité Central, que también habían sido mis profesores. Junto con desearme muchos éxitos en las tareas que debía cumplir, mis profesores elogiaron mi desempeño durante mi entrenamiento y manifestaron su confianza en mi capacidad política y conocimientos adquiridos para desempeñar la misión. Por su parte, el camarada Corvalán me expresó a nombre de la Dirección del partido toda su confianza y me deseó el mayor de los logros en mi nueva y delicada responsabilidad. También elogió mi trayectoria política y mi compromiso con la causa del pueblo chileno, explicando a los presentes que uno de mis hijos se encontraba en ese momento combatiendo en Nicaragua, junto al Frente de Liberación Sandinista.

Motivado pero consciente de lo complejo de la tarea y del riesgo que implicaba para mi vida, más aún sabiendo que uno de los equipos que me antecedieron en similar misión, conformado por camaradas chilenos y argentinos, había sido detectado por los organismos de seguridad de la dictadura transandina, viajé a Buenos Aires con documentación falsa, como ciudadano mexicano, de profesión empresario y representante de la Volkswagen de México.

Llevaba las divisas necesarias para desenvolverme en una primera etapa y una remesa adicional para situaciones de emergencia, incluido lo suficiente para adquirir un pasaje de regreso ante inseguridad extrema. Mi equipaje consistía en una elegante maleta de viaje, un par de ternos de calidad con etiquetas parisinas, una fina gabardina azul, delicadas camisas y corbatas, y todos los accesorios indispensables para completar mi caracterización de empresario platudo; tampoco podía faltar una variada selección de chequeras y tarjetas de crédito de utilería, donde se podía apreciar mi nuevo nombre grabado con letras doradas.

Salí de Moscú con destino a Frankfurt, donde permanecí un par de días antes de continuar hasta Río de Janeiro. Luego de tres días en Brasil, abordé un vuelo de

Aerolíneas Argentinas hacia Buenos Aires, capital que no visitaba desde el año 1954.

De acuerdo a lo planeado, nadie me esperaría en mi llegada. Del aeropuerto me dirigí a un hotel. Los dos primeros días me dediqué a caminar por el centro de la ciudad, donde tenía como tarea identificar puntos predeterminados, que serían los lugares en donde realizaría en los próximos días los primeros contactos con las personas que me ayudarían en mi instalación. No exento de gran tensión, llamé por teléfono a mi primer contacto, con el que concordamos, en clave, el día y hora en que nos encontraríamos; el lugar estaba predeterminado, por lo que no se mencionó en la conversación.

Luego de un par de semanas abandoné el hotel para trasladarme a la casa de un matrimonio conformado por un ciudadano chileno y una ciudadana argentina. Mis nuevos anfitriones me facilitaron un contacto muy importante, a través del cual fui invitado a un encuentro con Arnedo Álvarez, secretario general del Partido Comunista argentino, que operaba en la clandestinidad. Lo acompañaba el encargado de Relaciones Internacionales. Recuerdo con aprecio este encuentro, por la cordialidad con que los camaradas argentinos me dieron la bienvenida y la forma en que me expresaron su solidaridad y apoyo para el éxito de mi misión. A partir de ese momento se estableció un nexo permanente con el camarada de Relaciones Internacionales. De él recibía, en forma directa o a través de contactos, las instrucciones de la dirección del PC chileno e informaba a estos el resultado de mis cometidos.

Después de un mes, aproximadamente, cambié mi identidad y pasé a ser «ciudadano argentino». Arrendé un pequeño departamento en un barrio céntrico de Buenos Aires, a donde me trasladé a vivir solo.

Innumerables fueron los camaradas que me correspondió pasar clandestinamente desde Buenos Aires o Mendoza hacia Santiago y viceversa; entre ellos, importantes dirigentes políticos, sindicales y parlamentarios, como Gladys Marín y Manuel Cantero. Otro tanto sucedió con camaradas que enviaba a Santiago con ayuda financiera para el partido.

Planeaba personalmente todos los operativos y participaba directamente en ellos, verificando que cada instrucción, por simple que fuera, se cumpliese rigurosamente. Seleccionaba los hoteles, los vehículos, los conductores, los acompañantes y los vuelos; revisaba la documentación, las maletas y el tipo de

vestuario que se debía llevar; hacía la preparación psicológica de las personas para que ganaran confianza; les informaba cada paso del operativo, les señalaba la importancia de actuar con naturalidad para no despertar sospechas y la forma de comportarse frente a posibles dificultades.

El balance fue positivo. La eficiencia del equipo, la valentía de los compañeros que atendíamos, sumado a mi rigurosidad en aplicar las normas del trabajo clandestino, dieron sus frutos, pues nunca tuvimos que lamentar ninguna pérdida.

A pesar de las tensiones y vicisitudes vividas, recuerdo con satisfacción esta etapa de mi vida. Nuestro compromiso con la causa de derrocar a la dictadura de Pinochet nos daba la fuerza para cumplir con esta inmensa responsabilidad, que llevábamos a cabo con nuestro mayor esfuerzo y en circunstancias tan complejas y difíciles. Cada día y cada noche exponíamos nuestras vidas para garantizar la permanencia y éxito del trabajo clandestino de estos camaradas, muchos de ellos héroes anónimos que la historia comienza a reconocer.

En junio de 1980 concluí mi misión. Siempre con nombre falso y documentación de ciudadano argentino, viajé a Montevideo, Uruguay, gobernado en aquella época por una dictadura semejante a las de Argentina y Chile. Luego de unos días allí, tome un vuelo con destino a Roma. Me presenté en la embajada de la URSS de esa ciudad con el propósito de recoger un pasaje que me llevaría a Moscú, según se me había informado. Sin embargo, en esa delegación me comunicaron que no existía tal pasaje. Así, siguiendo las instrucciones establecidas, no di mi nombre verdadero y solo me remití a entregar mis contactos en Moscú para que confirmaran que este «ciudadano argentino» venía desde Buenos Aires con destino a la URSS. Luego de una semana de tramitación, lo que me pareció insólito, me entregaron el pasaje. Al llegar a Moscú pasé inmigración, con mi pasaporte y nombre falsos, sin dificultad, pero no me esperaba nadie. Llamé por teléfono a mi contacto, quien me indicó el lugar hacia donde debía dirigirme. Allí me explicaron la confusión que se había producido: el pasaje en Roma existió desde un comienzo, pero, por equivocación, había sido emitido a mi nombre verdadero.

En Moscú recuperé mi pasaporte chileno y con él mi nombre. Después de una semana viajé a Madrid y, desde allí, después de casi un año, me comuniqué por teléfono con Olga. Por razones de seguridad ella no conocía mi paradero ni habíamos establecido ningún tipo de comunicación directa durante mi misión.

La Dirección del partido le informaba periódica y escuetamente, sin entregar detalle alguno, que yo continuaba cumpliendo en forma satisfactoria las tareas que se me habían encomendado.

En Madrid obtuve visa para retornar a México. El 10 de junio de 1980, coincidiendo con el cumpleaños número doce de mi hija Olga Cristina, volví a casa con doce kilos menos de peso, producto de la tensión permanente vivida. Con inmensa alegría me reuní con Olga y los niños, que me esperaban ansiosos en el aeropuerto de la capital mexicana.

La Secretaría América

Luego de un breve y necesario descanso junto a mi familia, reinicié mis actividades políticas, esta vez como encargado de la Secretaría América, organismo que funcionaba en Casa Chile y cuyo objetivo era impulsar acciones de solidaridad con Chile a nivel internacional. En la Secretaría, que contaba con el significativo apoyo del gobierno mexicano, participaban representantes de todos los partidos políticos chilenos en el exilio.

Olga, por su parte, continuaba trabajando en la UNAM, donde gracias a su gran calidad técnica había sido ascendida: ahora era profesora titular en su cátedra e integraba un selecto grupo de profesionales que diseñaba el nuevo plan de estudios de la carrera de Enfermería.

Destacadas personalidades participaron activamente en las tareas impulsadas por la Secretaría América, como Hortensia Bussi de Allende, Moy de Tohá, Edgardo Enrique Fröden, Clodomiro Almeyda, José de Rokha, Luis Maira, Hugo Vigorena, Gabriel Gaspar, Jaime Faivovich, Anselmo Sule, Carlos Morales, Galo Gómez y tantos otros. En mi condición de secretario ejecutivo de este organismo, establecía los contactos y planificaba las tareas. Me correspondió realizar giras por algunos países de América, como Canadá, Cuba y Nicaragua, donde realizamos intensas jornadas de trabajo solidario. Con el objeto de participar en actos masivos, reuniones con exiliados y contactos con la prensa local, en Canadá visité Montreal, Toronto, Calgary, Edmonton, Ottawa, Québec, Winnipeg y Vancouver. En Cuba me reuní con dirigentes del Comité Chileno, de

los partidos políticos y con asesores cubanos que atendían los problemas del exilio, entre otras actividades. Sin embargo, en esta etapa, lo más significativo para mí fue mi viaje a Nicaragua.

A solo un año del triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que derrocó a Anastasio Somoza hijo, último dictador de la feroz y sanguinaria dinastía Somoza, viajé a Nicaragua en compañía del camarada Jacinto Nazal, en ese momento dirigente del partido en Cuba. En Managua y en algunas localidades me reuní con representantes nicaragüenses del FSLN y conocí de cerca sus experiencias, problemas e inquietudes en la consolidación de su victoria y en la reconstrucción de su país. También sostuve encuentros con los dirigentes de los jóvenes chilenos, ocasión en que pude conocer de cerca el trabajo que aún desempeñaba este contingente, entre los que se encontraba mi hijo mayor, en labores de apoyo a la consolidación de la victoria y en la conformación del nuevo Ejército Popular Sandinista, que sustituyó a la derrotada Guardia Nacional en las acciones para contrarrestar a los grupos opositores. En definitiva, estos internacionalistas estaban presentes con su fuerza y generosidad, colaborando en la construcción de una nueva sociedad según los ideales de libertad, justicia y democracia.

Se gesta la Rebelión Popular de Masas

Después de un año, y de acuerdo a lo establecido, concluyó mi mandato como encargado de la Secretaría América. Un poco antes de que eso ocurriera, asistí a un Pleno del Comité Central del partido que se realizó en la República Democrática Alemana, donde di cuenta de las actividades realizadas en esa Secretaría.

En esta instancia se informó del giro en la línea política del partido, en la que se incorporaba con fuerza el tema militar, se planteaba la estrategia de rebelión popular de masas y se validaba la necesidad de aplicar todas las formas de lucha, incluida la vía armada, para derrocar a la dictadura de Pinochet.

Partiendo de la base de que la Dirección contaría con todos los elementos de análisis de acuerdo a la realidad nacional, no discrepé de ese planteamiento,

atendiendo también a que, en los procesos revolucionarios, el componente armado, como forma de lucha, es legítimo, sobre todo cuando concita el apoyo del pueblo (como fue el caso de Cuba y Nicaragua en Latinoamérica). Por otro lado, el partido desde el comienzo del Golpe comenzó a preocuparse del componente militar, toda vez que los usurpadores del poder lo eran y que el día que fueran derrotados nos enfrentaríamos a la tarea de democratizar las Fuerzas Armadas. De la misma forma, era necesario estar preparados para la eventualidad de que Chile se viera enfrentado a un proceso revolucionario para terminar con el dictador, lo que nadie podría haber descartado a priori. En ese contexto, yo había reclutado a jóvenes chilenos, entre los que estaban dos de mis propios hijos, para que estudiaran y se perfeccionaran en los temas militares.

Dado que estaba próximo a dejar la responsabilidad que se me había asignado en la Secretaría América, aproveché mi presencia en el Pleno para conversar respecto de mi futuro con algunos camaradas de la Dirección del partido. Como a México habían llegado nuevos compañeros y estaban cubiertas las necesidades de cuadros dirigentes en las diversas instancias, se descartó, sin mayor fundamento, que yo continuara en México. El partido privilegiaba por sobre todas las cosas que sus cuadros estuvieran al servicio de la contingencia política, intensa en relación al objetivo principal, que era el derrocamiento del gobierno militar en Chile; toda otra opción estaba vedada. Este vacío de posibilidades de perfeccionamiento fue, a mi modo de ver, un error irreparable que debería ser tomado en cuenta por los partidos o movimientos que, de una u otra forma, por causas que desgraciadamente siempre se repiten, les toque vivir situaciones de exilio. Haber compatibilizado la actividad política con el perfeccionamiento habría sido a todas luces posible y beneficioso.

Finalmente, me explicaron que había necesidad de reforzar el trabajo en Bulgaria y Mozambique, así que quedaba en mis manos tomar la decisión del lugar para mi próximo traslado. Luego de conversarlo con Olga, optamos por Mozambique, colonia africana que había sido recientemente liberada del yugo portugués y donde residía un numeroso contingente de compatriotas en condición de exilio, principalmente profesionales que prestaban cooperación con el nuevo gobierno.

Dada la nueva orientación de la línea política del partido, Mozambique se me presentaba como una alternativa de trabajo político interesante, no solo por la posibilidad de la colaboración, sino también como una fuente natural de aprendizaje. Además, Olga, tendría la posibilidad de trabajar profesionalmente para el gobierno mozambiqueño en el área de la salud. Si bien ella contaba con un

trabajo estable como docente en la Escuela de Enfermería de la UNAM y estaba a solo unos meses de hacer uso de su año sabático, que le permitiría perfeccionarse en su profesión, estuvo de acuerdo en hacer nuevamente las maletas y emprender conmigo y nuestros dos hijos menores un nuevo viaje. Así, en septiembre de 1981, después de casi siete años, concluyó nuestro exilio en México.



Alejandro Toro saluda a José López Portillo, presidente de México,
con ocasión de una reunión del Parlamento Mundial.

Séptima parte

República Popular de Mozambique (1981-1983)

Recibimiento poco amable

Nuestro primer contacto con África se produjo durante una breve escala técnica en Kinshasa, capital de Zaire, donde debimos descender del avión por un par de horas, lo suficiente para percibir el subdesarrollo y la pobreza de este país, excolonia belga que obtuvo su independencia en 1960. Mientras esperábamos sentados en una terraza con vista a la pista de aterrizaje, observamos con sorpresa que nuestro preciado cuadro, regalo de José de Rokha, estaba siendo desembarcado, lo que naturalmente no correspondía, puesto que nuestro destino era Maputo y no Kinshasa. Luego de un alegato dificultado por la barrera del idioma y finalmente apoyados por unas monjas españolas que se nos aparecieron como caídas del cielo, ya que hablaban inglés, conseguimos hacer entender su error a los funcionarios del aeropuerto y nuestro cuadro fue nuevamente embarcado.

Llegamos a Maputo, ciudad de medio millón de habitantes ubicada en el extremo sur de Mozambique, un caluroso día de septiembre. Nadie nos esperaba en el aeropuerto, lo que complicaba nuestra situación, puesto que las visas que, según se nos había informado, estarían en policía internacional a nuestra disposición, no existían. Luego de más de dos horas en que intentábamos en forma infructuosa comunicarnos con los contactos que disponíamos, llegó al aeropuerto Mario Glisser, camarada que conocíamos desde Valparaíso y hombre de confianza de Silvia Soto, encargada del partido en Mozambique, quien en ese momento se encontraba de vacaciones en México y con la cual habíamos sostenido una breve conversación los días anteriores a nuestro viaje.

Glisser explicó al jefe de inmigración que se trataba de un dirigente político chileno y su familia, y que Olga, de profesión enfermera, venía a trabajar como «cooperante» en el Ministerio de Salud, por lo que era ese organismo el

responsable de nuestro ingreso. Tras numerosas discusiones, cheques y llamadas telefónicas que se sucedían, se nos autorizó el ingreso al país. Las explicaciones de Mario Glisser eran confusas, lo que dejó al descubierto que la Dirección del partido, a nivel central y local, en una actitud displicente e inexplicable, no se había preocupado de establecer las coordinaciones necesarias para que nuestra llegada fuera fluida.

Glisser nos trasladó en su propio automóvil a un viejo hotel en el centro de la ciudad que no poseía las comodidades ni condiciones básicas sanitarias para una estadía digna: las paredes y muebles estaban en mal estado, el aseo de las habitaciones era descuidado, las sábanas estaban sucias y había cucarachas y zancudos; además, el servicio de restaurante no funcionaba y en la cafetería apenas conseguíamos algo de comer. Manifesté mi molestia por esta situación y luego de un par de días nos trasladaron al Hotel Rovuma, que era del FRELIMO (Frente de Liberación Mozambique), en donde debimos haber estado desde el comienzo, de no mediar tanta negligencia.

En los días siguientes Olga comenzó a trabajar en el Departamento de Recursos Humanos del Ministerio de Salud, en el área de Formación, y yo me aboqué a la tarea de ubicar a los niños en el sistema escolar.

Nuestra nueva realidad

Para comprender Mozambique y el contexto político y social en que nos tocaba insertarnos, es necesario repasar la historia y tradiciones de este país. Se trata de una excolonia portuguesa situada en el sureste africano, en las costas del océano Índico, que posee fronteras con Tanzania, Malawi, Zambia, Zimbabwe (ex Rodesia), Suazilandia y Sudáfrica.

En Mozambique se hablan numerosas lenguas autóctonas, como ronga, changana, macua-iomwe, kiswahili, shona, entre otras, por lo que el portugués, su lengua oficial, es considerado como idioma de unidad nacional. El colonialismo portugués, uno de los más antiguos en África, se instaló en las costas de Mozambique en 1505, instalando en ellas sus puertos y factorías, e iniciando el tráfico de esclavos que se extendería hasta mediados del siglo XIX.

La colonización del interior se desarrolló muy lentamente y recién en 1918, con la derrota del rey Mokombe, en la región de Tete, los portugueses pudieron controlar la totalidad del territorio.

Mozambique se convirtió en proveedor de mano de obra para las minas de oro de Sudáfrica, a las que emigraban un millón de mozambiqueños cada año, y sus puertos estaban al servicio del comercio exterior de Sudáfrica y Rodesia. Los portugueses intentaron encubrir su dominación llamando al país «Provincia de Ultramar» y alentaron el tribalismo para impedir el surgimiento de un sentimiento nacionalista. Divididos en varios movimientos, surgieron grupos patriotas que reclamaban la independencia a través de huelgas y movilizaciones. En 1960, una manifestación pacífica en Mueda fue reprimida brutalmente, dejando un saldo de quinientos muertos. Ese acontecimiento terminó por persuadir a los mozambiqueños más radicales de que el diálogo con el colonialismo era estéril.

Al año siguiente, Eduardo Mondlane, entonces funcionario de las Naciones Unidas, convocó a los distintos grupos independentistas de la necesidad de unirse. Esta aspiración se concretó el 25 de julio de 1962, en Tanzania, al crearse el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO), que integran militantes y organizaciones provenientes de todas las regiones del país y que lideran Samora Machel y Marcelino Do Santos.

Tras dos años de actividad organizativa y política clandestinas, el 25 de septiembre de 1964 el FRELIMO desencadena la lucha armada para conquistar su independencia total. Hacia fines de 1965 ya hay regiones de Mozambique donde el FRELIMO es la única autoridad y en 1969 los independentistas controlaban gran parte del territorio. En febrero de ese mismo año, Eduardo Mondlane es asesinado por agentes al servicio de los colonialistas. Se manifiesta entonces, en el seno del FRELIMO, una pugna entre quienes conciben la independencia como una mera «africanización» de la colonia y la línea «revolucionaria» que procura romper definitivamente con el opresor e instaurar una nueva sociedad democrática y popular.

En el Segundo Congreso del FRELIMO, realizado en las áreas liberadas, se impuso esta última orientación y se elige a Samora Machel como presidente de la organización. A partir de allí la lucha se intensifica y extiende a nuevas zonas. La importante derrota que estaba sufriendo el colonialismo portugués en África, entre otras causas, gatilla en Lisboa el levantamiento militar y popular del 25 de

abril de 1974, la denominada Revolución de los Claveles, que pone término al régimen colonial-fascista de más de cuarenta años de Salazar y Caetano.

Los nuevos gobernantes de Portugal negocian la salida del ejército portugués de Mozambique y se crea un gobierno de transición. El 25 de junio de 1975 se proclama la República Popular de Mozambique y asume la presidencia Samora Machel, quien declara que «a luta continua» (la lucha continúa), señalando que sus objetivos serán evitar caer en el neocolonialismo, como ocurrió en otros países africanos, y manifestando su compromiso y solidaridad con los combatientes por la libertad de Zimbabwe y Sudáfrica.

Unas quinientas mil personas, pertenecientes a las familias de antiguos colonos portugueses, abandonan Mozambique con destinos tan diferentes como Portugal, Sudáfrica, Brasil o Australia, pues temen las represalias por parte de la población mozambiqueña, resentida a causa de largos años de explotación y opresión padecidos.

En lo interno, el gobierno del FRELIMO decretó la nacionalización de la enseñanza, de la atención de salud, de la banca extranjera y de la mayoría de las empresas transnacionales. También promovió la creación de aldeas populares para nuclear a los campesinos dispersos y organizar la producción en forma colectiva. Como resultado de la continuidad de la lucha popular, en su Tercer Congreso, realizado en Maputo en 1977, el FRELIMO se definió por el socialismo, adoptando el marxismo-leninismo como orientación ideológica. Su meta inmediata fue difundir a todo el país el espíritu solidario y combatiente de las áreas liberadas, donde se desarrollaba el germen de una organización social más justa.

Cuando llegué a Mozambique su población era de un poco más de diez millones de habitantes, en su mayoría compuesta por etnias de raza negra provenientes de múltiples tribus, como los Zulúes, Chwabo, Lomwe, Makua, Mwani, Tsonga y muchas otras. También había grupos de asiáticos, especialmente indios, y una pequeña minoría de origen europeo, constituida principalmente por portugueses que apoyaron el proceso de liberación. De su población económicamente activa, más del 65% se dedicaba a la agricultura.

El apoyo solidario que brindaba Mozambique a la lucha de liberación de otros países de la región lo hacían frecuente blanco de agresiones, especialmente del gobierno racista de Sudáfrica, encabezado por Botha, quien alentaba y

financiaba invasiones de grupos armados y realizaba constantes hostilidades aéreas en zonas estratégicas.

Nosotros llegamos a Mozambique a solo seis años de su liberación y el año anterior, 1980, se había producido la independencia de Zimbabwe, que junto con estrechar el cerco en torno al «apartheid», le permitía a Mozambique, en el marco de la integración económica que proyectaban los países de la Línea del Frente Anti-Apartheid (Angola, Zimbabwe, Namibia y Zambia), revitalizar en algo su economía.

El carismático presidente Samora Machel

Samora Machel, que gobernó Mozambique de 1975 a 1986, nació en Xilembena en septiembre de 1933 y murió en un accidente aéreo cerca de Nkomati, Sudáfrica, en octubre de 1986. Se unió a las fuerzas del FRELIMO en Tanzania en 1962, recibió entrenamiento militar en Argelia y, tal como dije anteriormente, sucedió al asesinado Eduardo Mondlane en la conducción del FRELIMO en 1969.

Mi contacto con Samora fue efímero pero imborrable.

A poco de llegar me informé sobre la situación política actual y supe que el presidente Samora había iniciado una fuerte campaña de rectificación, destinada a sanear la administración estatal; combatir la ineficiencia y los resabios de corrupción, y ampliar la participación popular en la vida política y económica del país.

Los chilenos residentes, cooperantes en su mayoría, y yo, junto con Olga y los niños, asistimos a un concurrido mitin popular, que se llevó a cabo en Maputo, donde Samora pronunció un encendido discurso para referirse a esos temas. Su lenguaje era sencillo, matizado con ejemplos que representaba en forma histriónica, lo que muchas veces arrancaba carcajadas del público. Cuando él percibía cansancio en el auditorio, debido al calor y a lo prolongado de su discurso, animaba a la concurrencia paseándose de un lado a otro del escenario mientras cantaba o silbaba, apoyado por su esposa Graça, que ocupaba en su

gobierno el cargo de ministra de Educación. Las canciones que entonaba Samora evocaban episodios de la lucha armada, exaltaban la revolución y eran seguidas por la gente a varias voces, como ellos acostumbran, otorgándoles a sus cánticos una belleza indescriptible.

Un momento particularmente dramático del mitin se produjo cuando el presidente ordenó a la guardia que hiciera llegar hasta el lugar a un grupo de contrarrevolucionarios (o «bandidos armados», como popularmente eran denominados) que habían sido recientemente apresados. Se trataba de un comando operativo del movimiento RENAMO (Resistencia Nacional de Mozambique), organización de antiguos colonos y mercenarios que contaba con financiamiento y apoyo logístico de Sudáfrica y que habían sido sorprendidos cuando intentaban dinamitar la represa de la central hidroeléctrica Cabora Bassa, principal fuente energética del país. El anuncio revestía especial dramatismo, pues un par de semanas antes, en otra ciudad, se había realizado un mitin popular de similares características que había derivado en una especie de «tribunal popular» que enjuició, condenó y ejecutó, en presencia de la población, a un grupo de «bandidos armados» responsables del ataque a una aldea rural y del asesinato de hombres, mujeres y niños indefensos.

Fue así como ingresó al mitin un camión que llevaba a los prisioneros. El vehículo recorrió el lugar, acompañado de gritos y cánticos tribales de condena, por parte de los participantes, y de la expectación de muchos de nosotros, que observamos con alivio que en esta oportunidad no habría «tribunal popular», ya que el camión con los prisioneros se alejaba del lugar.

FRELIMO, un partido de hombres y mujeres heroicos

Durante mi estadía en Mozambique puse mi mejor esfuerzo en ligarme a las tareas de solidaridad que se llevaban a cabo. No obstante, mi proceso de inserción en la vida político-partidaria se vio dificultada por una falta de colaboración del Secretariado de la Dirección de mi Partido.

Sin mayor ayuda, busqué espacios de participación política a través de los camaradas mozambiqueños del FRELIMO, quienes se preparaban para realizar su

IV Congreso partidario. Con ellos establecí relaciones políticas muy significativas para mí, pues pude comprender, en toda su dimensión, las difíciles condiciones de trabajo, el esfuerzo y los enormes sacrificios que debían llevar a cabo para avanzar en la construcción de una nueva sociedad; derrotar el hambre y la pobreza; mejorar la educación y salud de su población, y contrarrestar a los grupos sediciosos y contrarrevolucionarios aglutinados en la RENAMO.

Colaboré en la medida que me fue posible con el FRELIMO. Sostuve conversaciones e intercambio de opiniones con dirigentes a todos los niveles. Participé en charlas educativas dirigidas a grupos de trabajadores, militantes y funcionarios del aparato nacional del FRELIMO y del Estado, así como a oficiales del Ejército Popular. Los temas que más acaparaban la atención del auditorio eran, entre otros, sobre cómo se habían creado las condiciones para que, en Chile, un socialista accediera a la presidencia del país por la vía pacífica y a través de las urnas; cuál había sido la reacción de la derecha cuando sus intereses habían sido tocados por efecto de la Reforma Agraria, y las reacciones del imperialismo norteamericano ante la nacionalización del cobre. Temas como la colectivización de la producción, el papel negativo de la ultraizquierda y cómo su fundamentalismo y dogmatismo dañaron el proceso revolucionario, así como la significación de las acciones sediciosas de la derecha, los asesinatos políticos y las causas y consecuencias del golpe militar, también estaban presentes.

A pesar de haber existido la posibilidad de que yo integrara la delegación del Partido Comunista chileno para participar en el IV Congreso del FRELIMO, lo que era de un alto interés para mí, en una medida inexplicable fui excluido del grupo por el Secretariado local. Este organismo, encabezado por Silvia Soto, se caracterizaba por un bajo nivel político, por una falta de visión y capacidad para dimensionar nuevos ámbitos de trabajo que reportaran mejores resultados a nuestra causa y al propio proceso mozambiqueño. Esa incapacidad era una barrera que infructuosamente traté de vencer, pues mis propuestas eran subestimadas y luego caían en el vacío.

El diario vivir

En el plano familiar, solo después de casi un año de estadía en el Hotel Rovuma

nos trasladamos a una vivienda que asignó el Ministerio de Salud a Olga, uno de los pocos beneficios a los que tenía acceso por su condición de cooperante. Se trataba de una amplia y bonita casa, de buena construcción y equipada con lo básico.

Previo a nuestro traslado, en la casa se realizaron algunos trabajos de mantenimiento, pintura de paredes y el retiro de un hermoso pero deteriorado piano de cola, que yacía medio tumbado en una habitación. El grupo a cargo de la tarea de llevarse el pesado instrumento estaba constituido por cuatro trabajadores y su jefe, hombres de contextura delgada, con apariencia desnutrida. La acción de sacar el piano de la habitación, trasladarlo hasta la calle y subirlo a un camión parecía una tarea titánica. Pero nuestra sorpresa fue enorme cuando observamos que los hombres se ubicaron alrededor del piano, premunidos de correas que ataron al pesado instrumento, y luego de sostener un diálogo en lengua autóctona, que no comprendimos, comenzaron a entonar una canción en su lengua nativa mientras realizaban coordinados movimientos de cambio de posición, arrastre y elevación para finalmente, en forma increíble, casi mágica, dejar el instrumento instalado arriba del camión. Yo, que no participaba directamente en las acciones, para animar la faena, también cantaba, a mi modo por supuesto.

La casa contaba con dos cocinillas, una a gas y una eléctrica. Antes de concluir los trabajos de pintura, a cargo de una empresa contratada por el Ministerio, nos percatamos del robo de la cocinilla eléctrica y del regulador de la de gas. Teníamos la certeza de que las personas que realizaban los trabajos de pintura, en forma coludida, habían hurtado estos elementos indispensables para nosotros y difíciles de reemplazar, puesto que definitivamente no existían en el mercado. Con la esperanza de recuperar esos enseres, fuimos con Olga a la policía del sector a denunciar el robo. Explicamos la situación al guardia de turno, quien, luego de escucharnos con atención, tomar nota y hacer las preguntas y averiguaciones de rigor, digitó lentamente, en una antigua máquina de escribir, un parte policial.

Nunca supimos del resultado de nuestra denuncia y definitivamente no recuperamos los enseres robados. Dejar el Rovuma y retomar nuestra vida familiar en una vivienda fue para nosotros un acontecimiento revitalizador, sin embargo, esta nueva etapa no estaba exenta de dificultades. Mozambique era un país que había sido condenado por sus colonizadores a la pobreza por muchos años y, a pesar de los avances posteriores a su liberación, continuaba siendo muy

pobre. Las limitaciones para conseguir alimentos diversificados, la falta de agua potable y combustible eran carencias endémicas, habituales en la mayoría de su población. Las dificultades que yo describo en estas líneas son apenas una muestra de esa realidad. La presión del agua, cuando había, era tan baja, que la única ducha utilizable era una que se encontraba en una caseta en el patio de la casa. Más curioso resultaba que en los frecuentes períodos de corte la única llave del barrio que funcionaba se encontrara en nuestro antejardín, por lo que, desde tempranas horas de la madrugada se formaba una fila de mujeres para llenar sus recipientes. Nosotros también debíamos ponernos en la fila, pues existía una consigna que señalaba «el agua es del pueblo»; respetar esa sentencia nos evitaba desencadenar la ira de las mujeres.

Si bien nos hicimos de un nuevo regulador para nuestra cocina, la falta de gas era un problema permanente. Por fortuna conseguimos contratar un modesto servicio de comida preparada que nos proveía de una colación diaria al mediodía. El menú generalmente constaba de arroz con carapão, un popular pescado pequeño, muy espinudo pero sabroso. Para completar la dieta, gracias a ciento veinte dólares que recibía Olga como parte de su sueldo, teníamos la posibilidad de abastecernos de alimentos de primera necesidad, como pan, leche, mantequilla, carne y verduras. Todo esto lo adquiríamos en la «Loja Franca», un pequeño supermercado que solo expendía productos en divisas. Otros alimentos básicos, como el azúcar, la harina y el aceite, pudimos conseguirlos, después de un burocrático trámite, con dinero nacional en la Cooperativa de Abastecimiento del sector.

Debido a que nunca recuperamos nuestra cocinilla eléctrica ni pudimos solucionar el problema del gas, para cocinar hacíamos una pequeña fogata en el patio de la casa; usábamos como combustible una especie de grandes semillas secas que abundaban en los frondosos árboles del barrio. La parrilla a carbón era nuestro implemento estrella, pues durante los fines de semana nos permitía deleitarnos con un exquisito pollo asado.

La música de fondo de esas comidas eran las infaltables y repetidas baladas de Julio Iglesias y las rancheras de Miguel Fernández, los dos únicos cassetes que disponíamos y que escuchábamos gracias a una pequeña radio JVC que habíamos adquirido en nuestra escala en Houston, durante el viaje México-París.

En una oportunidad compartió nuestra parrilla con nosotros don Clodomiro Almeyda, quien visitaba Mozambique por esos días para asistir, junto al

camarada Orlando Millas, al IV Congreso del FRELIMO. Para amenizar la velada, sintonizamos el programa «Escucha Chile» de Radio Moscú, que informó sobre la lamentable detención en Chile de Manuel Almeyda, hermano de nuestro visitante, a quien la noticia inquietó sobremanera.

Olga realizaba en el Ministerio de Salud intensas jornadas de trabajo con gran dedicación y compromiso. Se ausentaba con frecuencia, a veces por semanas enteras, para visitar zonas rurales o ciudades como Nampula y Quelimane, en el norte, o el puerto de Beira e Inhambane, en la zona central, donde debía supervisar los Cursos de Formación de Enfermeras de Nivel Básico, que a ella misma le había correspondido planificar, y a cuyos docentes había capacitado durante su primer año de estadía.

Los contratos de los cooperantes, como se denominaba a los extranjeros que trabajaban en Mozambique, eran de varios tipos:

Estaban los funcionarios financiados por organismos internacionales, con sueldos de cuatro a cinco mil dólares mensuales, o más, entre los que se contaban numerosos chilenos exiliados. Otro grupo lo constituían los profesionales provenientes de países socialdemócratas de Europa, como suecos, italianos y franceses, que eran financiados por sus respectivos gobiernos, también con sueldos altos. Un tercer grupo, probablemente el más numeroso, lo constituían los «trabajadores internacionalistas» de los países socialistas, particularmente la Unión Soviética, Cuba y China, que recibían de sus embajadas el sustento básico, como alimentos, ropa y artículos de primera necesidad; también recibían un pequeño aporte en moneda nacional y vivienda por parte del Estado. Por último estaba el grupo de exiliados chilenos, entre los que se encontraba Olga, que se regían por un Convenio de Cooperación suscrito entre el Partido Comunista de Chile y el FRELIMO. De todos, este era el tipo de contrato más modesto. Se entregaba un pequeño aporte de ciento veinte dólares mensuales y una cantidad en meticales (moneda nacional), cuyo monto, si bien superior al promedio de lo que recibían los profesionales mozambicanos, era inútil, ya que eran escasos los productos disponibles en el mercado que podían ser adquiridos en esa moneda.

Es por eso que cuando, durante sus salidas a terreno, Olga conseguía adquirir en meticales algunos alimentos, era para nosotros un alivio. Gratificante fue su cargamento de veinte kilos de porotos que trajo de Nampula y que nosotros guardábamos en el refrigerador como un tesoro, para evitar que se contaminaran

con gorgojos. En Maputo definitivamente no conseguíamos ese producto, que llegó en buena hora a diversificar nuestra dieta semanal.

Yo me preocupaba, como nunca antes lo había hecho, de apoyar las actividades escolares de los niños. Hacía los trámites de matrícula, conversaba con los profesores y participaba en las reuniones de apoderados. Particularmente atractivo me resultaba asistir a los actos cívicos de la escuela de mi hijo Alejandro, en donde niños, profesores y padres entonaban a varias voces el himno nacional de Mozambique, canciones de su lucha de liberación y hermosos cánticos autóctonos en lenguas tribales.

En Maputo prácticamente no existía transporte público, por lo que las caminatas para trasladarnos de un lugar a otro de la ciudad, con su clima tropical, caliente y húmedo, resultaban tediosas y a veces insoportables. Gracias a algunos dólares que habíamos traído de México, adquirimos en oferta el «Rompehielos», un viejo automóvil Datsun Sport, cuyo apodo se debía al ancho de su parte delantera y al ruido que emitía su deteriorado tubo de escape, carcomido por la humedad. De más está decir las dificultades que encontrábamos para solucionar los problemas de mantenimiento del automóvil. Acceder a los escasos talleres mecánicos que existían era casi imposible, pues generalmente estaban copados o no contaban con los repuestos básicos necesarios. Gracias a compañeros que viajaban ocasionalmente a Suazilandia o Sudáfrica, lográbamos adquirir los repuestos para que nuestro apreciado «Rompehielos» se mantuviera en circulación.

Informado por la prensa de la visita a Maputo de la flota naval soviética que operaba en el océano Índico, fui con mis hijos hasta la zona portuaria para recorrer el muelle y observar los barcos que realizaban operaciones de rutina. Lo novedoso de la flota de guerra soviética era el número, tamaño y poderío de sus cañones. Nos acercamos a uno de los navíos y, a viva voz, me dirigí a unos marineros que se encontraban en su cubierta: «Buenos días, camaradas. Nosotros somos de Chile». Uno de ellos respondió mi saludo y nos invitó a subir a la nave. Se trataba del barco de abastecimiento de la flota. Recorrimos la cubierta y la sala de máquinas y antes de despedirnos fuimos invitados a pasar al comedor, donde nos ofrecieron, con mucho cariño, un refrescante vaso de jugo de manzanas que para nosotros fue un elixir maravilloso, pues esa fruta era prácticamente desconocida en Mozambique.

Nuestro viejo automóvil nos permitía también realizar paseos familiares a la

baixa, o parte baja de la ciudad, donde se encontraba el borde costero con sus hermosas playas. Un espectáculo que resultaba especialmente gracioso para los niños, era observar las travesuras de los simpáticos monos que, en grupos numerosos, habitaban las exuberantes palmeras costeras de la zona.

También salíamos hacia sectores rurales, donde, con un poco de suerte, adquiríamos plátanos y piñas. La aventura de cruzar en trasbordador el canal de Mozambique y llegar a los lugares donde pescadores artesanales ofrecían deliciosos camarones, cuando la cosecha era fructífera, era un paseo imperdible.

Un episodio sorprendente para mí fue cuando, una mañana que me dirigía a la baixa, escuché una fuerte explosión mientras observaba que un avión caía al mar. La gente corría y buscaba algún lugar para refugiarse. Más tarde, por un comunicado de prensa del Ministerio del Interior, nos informamos de que se trató de un «avión espía sudafricano no tripulado» que fue abatido por la artillería antiaérea apostada en esa zona. Esta era una más de las hostilidades del país vecino en contra del gobierno mozambiqueño. Los niños relataron más tarde que, al escuchar el estruendo, orientados por sus profesores, debieron refugiarse debajo de los pupitres o de las escalas. Explicaron también que la escuela contaba con refugios subterráneos, pero que, luego de evaluar la situación, los profesores habían determinado que no era necesario desplazar a los alumnos.

Afortunadamente la salud nos acompañó en general bastante bien, lo que no dejaba de ser importante, ya que los recursos sanitarios eran bastante precarios. Sí nos inquietó cuando Olguita Cristina presentó un cuadro agudo de malaria, caracterizado por fiebre muy alta, la que fue diagnosticada y tratada oportunamente por nuestros amigos médicos. Por mi parte, también sufrí un cuadro de fiebre alta como consecuencia de la picada en mi pie de una garrapata. Diagnosticar la fiebre causada por la picada de la garrapata no era para los médicos una tarea fácil, pues la picadura es casi invisible y la toxina que inocula no provoca otro síntoma que no sea la fiebre. Estas enfermedades tropicales, endémicas en la región, por lo general no se complican ni dejan secuelas, sin embargo existen también cifras de mortalidad que afectan principalmente a grupos vulnerables, como son las mujeres embarazadas y los niños desnutridos, entre otros.

Otra dificultad con la que había que lidiar era la falta de medios de comunicación que nos entregaran información oportuna y actualizada de la realidad nacional e internacional. Solo existía un modesto periódico estatal y un

par de radioemisoras que, entre otros programas, trasmítían sencillos informativos locales y de la región. La televisión, que funcionaba a modo de experimentación, pues recién se estaba instalando en Maputo, solo salía al aire algunos días de la semana y en horarios limitados. Es así que nuestra principal fuente informativa para conocer noticias de Chile era Radio Moscú y su programa «Escucha Chile». Con un grupo de familias amigas, como en un ritual ineludible, nos juntábamos cada noche en una casa diferente a escuchar el programa y, en amenas tertulias, comentábamos las noticias. Nuestro recordado amigo Mario Galétovic y su esposa no faltaban a la cita. Mario poseía una potente radio con onda corta que ponía a disposición del grupo y que él mismo manipulaba con infinita paciencia, pues no siempre resultaba fácil captar las diferentes frecuencias en que llegaban las ondas. Este espacio de encuentro, que nos acercaba diariamente a Chile, era para nosotros de un gran significado, pues nos ayudaba a aminorar el rutinario aislamiento e incomunicación en que vivíamos.

Comienza el retorno

El 15 de agosto de 1983, en la casa de nuestra vecina, Olga recibió una llamada telefónica de Chile en la que su familia le informaba que habíamos aparecido en un listado de personas que el Gobierno Militar autorizaba para retornar al país. En dicho listado, que había sido publicado ese mismo día en el diario *El Mercurio*, se encontraba mi nombre, el de Olga y el de mis seis hijos.

Recibí la información con cautela, pues necesitábamos confirmarla, conocer cuáles eran realmente sus alcances y descartar si no se trataba de una maniobra de la dictadura. Luego de verificar que la información era efectiva, quise conocer la opinión de la Dirección del partido, por lo que con el apoyo de la Embajada de la URSS envié un cablegrama a la Dirección, manifestándole mi disposición a retornar a Chile. La respuesta no se dejó esperar: don Américo Zorrilla me instó a que viajara a Chile por la vía más expedita y lo antes posible.

Sin más trámite, viajé a Chile el 1 de septiembre de 1983. Olga y los niños lo harían un mes más tarde, en un retorno bastante complicado que describiré más adelante. Salí de Mozambique con sentimientos encontrados. Por un lado,

admirando el sacrificio de muchos compatriotas que entregaban su aporte al pueblo mozambiqueños con inteligencia, sencillez y modestia. Por otro, con la convicción de haber observado en algunos sectores del exilio chileno un deterioro moral, caracterizado por la competitividad, la arrogancia, el arribismo y la envidia.

Sin embargo, a pesar de las dificultades y del enorme esfuerzo que debió desplegar mi familia, lo que no deja de producirme un equívoco sentimiento de culpa, abandoné el país con la satisfacción de haber vivido una experiencia inolvidable de aprendizaje de la realidad africana, especialmente de Mozambique, y cómo la causa chilena había permeado todos los continentes. Las enseñanzas que fluían del FRELIMO sobre su lucha de liberación, el increíble daño que causó el colonialismo, con sus secuelas de esclavismo, crímenes, pobreza y hambruna, contrastado con el sacrificio de un pueblo y sus gobernantes por revertir la situación, me fortalecieron.

Octava parte

La gran tarea: derrocar a la dictadura (1983-1984)

El retorno

Luego de una breve escala en Río de Janeiro, llegué a Santiago al mediodía del 2 de septiembre de 1983. Pasé el control policial del aeropuerto sin dificultad y constaté con satisfacción que me esperaban familiares de Olga, su madre doña Blanca y su hermana María Teresa, quienes habían venido especialmente desde Quilpué para recibirme y ofrecerme generosamente alojamiento en su casa.

Casi al abandonar el aeropuerto llegó a saludarme el exdiputado comunista doctor Leopoldo Ortega, que en esa época, según supe más tarde, integraba la Comisión Chilena de Derechos Humanos, organismo que funcionaba desde 1978 y que logró constituir a lo largo del país múltiples Comités de Base durante la dictadura. Le manifesté a Ortega mi intención de quedarme en Santiago y le pedí si era posible que me ayudara con alojamiento mientras creaba las condiciones para establecerme. Él me respondió que no existía ninguna posibilidad de apoyo y que yo debía arreglármelas solo. Entonces comprendí que su presencia allí obedecía solo a constatar que mi ingreso se había producido sin dificultad. Finalmente acepté el ofrecimiento de doña Blanca y María Teresa y me fui con ellas a Quilpué.

La primera tarea que debíamos cumplir los dirigentes políticos que retornábamos era «pasearse por las calles y dejarse ver», como forma de ir dando señales a la gente de que la campaña del retorno estaba en marcha, pese a que la dictadura no retrocedía en su política de fuerza para mantenerse en el poder. Fue así como al día siguiente, 4 de septiembre, hice acto de presencia en una ceremonia de conmemoración que se realizó en la sepultura de Salvador Allende, en el cementerio Santa Inés de Viña del Mar.

A la semana siguiente me aboqué a tomar contacto en Santiago con mi hermano

mayor —al que no veía desde hacía muchos años—, así como con los organismos de derechos humanos, especialmente con la Vicaría de la Solidaridad de la Iglesia Católica, con el propósito de recibir el apoyo necesario para mi inserción y la de mi familia, que se aprestaba a retornar en las próximas semanas. Se me informó que existía la posibilidad de algún tipo de beca y apoyo para la inserción escolar de los niños, a través de organismos como FASIC (Fondo de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas) y PIDEE (Programa para la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia).

El 3 de octubre, Olga, Olga Cristina (15) y Alejandro Alfredo (10) regresaron a Chile por la misma vía que yo lo había hecho un mes antes. Hicieron escala en Río de Janeiro y al día siguiente abordaron un vuelo con destino a Santiago. En un hecho explicable solo por la irracionalidad que caracterizaba al régimen militar, Policía Internacional del aeropuerto impidió que Olga y nuestros hijos ingresaran al país, aduciendo la existencia de un decreto exento que así lo determinaba. Luego de infructuosas reclamaciones por parte de la afectada, apoyada por su madre y hermanas, que habían venido a recibirla al aeropuerto, fue conminada, bajo amenazas, a subirse al mismo avión que la había traído a Santiago y, junto con los niños, fue expulsada a Río de Janeiro. Luego de un agotador viaje, fueron desembarcados en la loza del aeropuerto de Río y llevados en un bus al cuartel de la policía internacional del terminal aéreo en calidad de «deportados». Pese a todo, el trato de la policía fue deferente y se les extendió visa de «turistas» por sesenta días.

Ante este hecho, con María Teresa y doña Blanca nos dirigimos a la Vicaría de la Solidaridad, y gracias al apoyo del abogado Juan Guillermo Garretón, presenté en los Tribunales un Recurso de Amparo. Junto con la presentación del recurso, realizamos otras acciones destinadas a denunciar la situación. Dimos a conocer el hecho a doña Louise Drücke, representante en Santiago del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Los medios de comunicación hicieron gran publicidad a la expulsión de esta madre con sus dos hijos, y María Teresa, hermana menor de Olga, en una actitud valiente y solidaria, dio entrevistas en radio y televisión, denunciando las arbitrariedades y humillaciones a las que habían sido sometidos su hermana y sobrinos.

Mientras tanto, en Río de Janeiro, Olga había tomado contacto con el representante del ACNUR en esa ciudad, quien habiendo sido informado de la situación por la Oficina de Santiago, dio a ella y a los niños protección y apoyo. Gracias a los múltiples alegatos del abogado Garretón, de las variadas protestas

de la Vicaría de la Solidaridad y de la difusión de prensa, radio y televisión, mi familia pudo entrar al país una semana más tarde, luego de que el cónsul chileno en Río informara al representante de ACNUR que los afectados podían regresar a Chile sin dificultad.

Cuando Louise Drücke y Juan Guillermo Garretón consultaron a los abogados del Ministerio del Interior sobre las causas que motivaron la prohibición de ingreso y expulsión de mi familia, estos «justificaron» la medida diciendo que yo habría ingresado clandestinamente a Chile en 1979, lo que era absolutamente falso. Sin embargo, suponiendo que esa excusa hubiese tenido fundamento, con mayor razón la medida contra Olga y los niños era arbitraria, cobarde e injusta. Hasta el día de hoy, ni Sergio Onofre Jarpa, en su calidad de ministro del Interior de esa época, ni su subsecretario, Alberto Cardemil, ni nadie han dado a mi familia al menos una excusa por el daño causado.

Las dificultades del ingreso al país para mi núcleo familiar habían terminado y ahora comenzaba la etapa más difícil: reinsertarnos en un Chile diferente, nuevo para los niños e impredecible para nosotros. Nos aprestamos a vencer las innumerables barreras que se nos presentaban, especialmente las de tipo económico y de seguridad. Que mis hijos mayores se encontraran completando estudios en países socialistas, era para mí una prerrogativa que de alguna manera facilitaba las cosas.

Después de un par de meses en Quilpué y de un igual período en casa de mi hermana Inés, en Temuco, con mi familia nos instalamos en Santiago, en un pequeño departamento de la calle Nataniel Cox que generosamente nos proporcionó Blanca, hermana mayor de Olga.

Los niños fueron matriculados en escuelas del sector y Olga obtuvo una beca FASIC de inserción laboral, la que cumplió en el Centro Médico CIS, en la comuna de Ñuñoa.

Vocero del Partido Comunista de Chile

A los pocos meses de haber llegado a Chile ya había retomado mis actividades

políticas, asumiendo la vocería y representación pública del Partido Comunista frente a los medios de comunicación y los partidos de oposición al régimen, incluida la Democracia Cristiana y algunos personeros del Partido Nacional que se oponían a Pinochet.

Mi primera publicación en plena dictadura fue en la revista Análisis, en marzo de 1984. Se trataba de un artículo elaborado por la Dirección del partido, de cuyo contenido yo estaba de acuerdo en general. Mi nombre apareció junto al de los exdiputados Víctor Galleguillos y Justo Zamora, exponiéndonos los tres a las sanciones que imponía el aparato represivo del gobierno en contra de la libertad de expresión y de prensa que imperaba. El extenso escrito, que se titulaba «Una respuesta a nuestros detractores», hace un recuento histórico de las luchas del partido por los derechos de los trabajadores, por la democracia y la plena independencia nacional; caracteriza a la derecha como sustento del neocolonialismo y la dictadura, y responde a las críticas de los detractores del comunismo, proclamando que los comunistas están en la actualidad en la primera línea en la lucha patriótica por derrotar al fascismo y generar un nuevo régimen democrático.

El MDP

El surgimiento del Movimiento Democrático Popular (MDP) constituyó una importante herramienta de unidad de la izquierda y dio un nuevo impulso a los desafíos planteados para terminar con el régimen dictatorial imperante en Chile. A mí me correspondía participar activamente en las tareas políticas y de organización del movimiento en representación del PC, junto con María Maluenda, Fanny Pollarolo, Jaime Inzunza y José Sanfuentes, entre otros dirigentes. Tuve que encabezar la comisión organizadora de la 1^a Asamblea Nacional del MDP, evento que contó con la participación de delegados de todo el país y a cuya inauguración, que se llevó a cabo en el Teatro Caupolicán, concurrieron miles de adherentes. Así se iban abriendo los espacios de participación masiva de las fuerzas políticas en actos públicos, con gran esfuerzo, y siempre desafiando al aparato represivo de la dictadura.

El MDP fue golpeado con la relegación de algunos de sus dirigentes, como José

Sanfuentes, su secretario general, y el religioso Rafael Maroto, vocero del MIR. La medida de relegar a Maroto a Tongoy y a Sanfuentes a Corral se hizo en virtud del artículo 24 transitorio de la Constitución, echando por tierra en los hechos los «buenos propósitos» que había formulado recientemente el ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, de no usar ni abusar de dicha disposición «transitoria». Frente a esta situación, iniciamos innumerables acciones para lograr que se revirtiera la medida de relegación, como recolección de firmas de personalidades públicas para presentación de recursos judiciales y entrevistas con el presidente de la Corte Suprema, entre otras.

Viajé a Corral a expresar nuestra solidaridad a José Sanfuentes, quien se encontraba hospedado en la parroquia del lugar. Al desembarcar del trasbordador que me llevaba, un joven oficial de Carabineros me pidió que me identificara. Yo le presenté mi credencial de parlamentario y el oficial quedó desconcertado, pues no entendía a ciencia cierta la validez de dicho documento. Al darme cuenta de su desconcierto, procedí a explicarle el significado histórico de esta credencial. El oficial me escuchó con atención y, sin comentario alguno, me permitió el paso. Así, me dirigí a la Parroquia, donde compartí con Sanfuentes un exquisito plato de lentejas que nos ofreció el sacerdote anfitrión.

En septiembre, ambos dirigentes cumplieron su pena de relegación, y yo, junto con Fabiola Letelier y otro compañero del MIR, fuimos a buscar al padre Maroto a Tongoy en una avioneta particular que arrendamos en el aeródromo de Los Cerrillos. Emprendimos el vuelo, sin embargo, a los pocos minutos el piloto nos informa que por razones climáticas no es posible aterrizar en Tongoy, por lo que se hará un aterrizaje en una pista alternativa, en el observatorio astronómico de La Serena. Al escuchar el aviso nos miramos desconcertados, y una sensación de inseguridad se apoderó del grupo. Pensamos que el piloto, que era un exfuncionario de la FACH, nos estaba haciendo una «encerrona». Nuestro nerviosismo fue captado por el experimentado aviador, quien nos tranquilizó diciendo: «No se preocupen, es habitual que esto ocurra». Aterrizaron en una pequeña pista del observatorio, en espera de mejores condiciones en Tongoy; luego de una hora reiniciamos el vuelo hacia nuestro destino. Al llegar, recogimos al padre Maroto y, en el mismo avión, lo trajimos de vuelta a Santiago, sin mayores inconvenientes.

Para llegar a acuerdos, todos debemos hacer concesiones

En octubre de 1984 la revista APSI publicó una entrevista que di al periodista Jorge Andrés Richards, en la que expresé mi pensamiento político y, de alguna manera, el de mi partido. En esta conversación se reflejan las dificultades que se presentaban en la consolidación de la unidad y se puede percibir claramente que el camino para conquistar la democracia no era otro que la salida política consensuada por todos los sectores democráticos.

La entrevista, que el periodista tituló «Para llegar a acuerdos en la oposición, todos debemos hacer concesiones», es la siguiente:

Demoró una semana en llegar al país, desde que su nombre apareciera en una lista de aquellas en que el régimen autorizaba el regreso de exiliados. Alejandro Toro Herrera, exsenador del Partido Comunista de Chile y actual presidente de la Sala de exparlamentarios del MDP, vivió exiliado casi una década. Primero en México y, luego, los dos últimos años, en Mozambique, «experiencia enriquecedora por todo el proceso que vive ese pequeño país». Ya instalado en Chile, Toro sostiene que la lucha más importante que debe dar el pueblo chileno es conseguir la unidad de todos los demócratas, que son el 90% de la población. APSI conversó con él sobre diversos temas; entre ellos el uso de la violencia y el Pacto Constitucional.

—*Podría señalar cómo aprecia usted, ex senador comunista, la situación que vive actualmente el país?*

—La situación no da para más. El régimen debe terminar. Ese es el clamor nacional. Así quedó demostrado en la Jornada de Protesta Nacional del 4 y 5 de septiembre. Allí se demostró también que Pinochet está dispuesto a todo con tal de seguir en el poder. El pueblo y la oposición están en la ofensiva, debemos mantenerla. Luchar más, unirnos más. Lo decisivo en todo caso es la lucha de millones de chilenos por retornar a la democracia y en función de ello estamos por recorrer todos los caminos necesarios. Si para terminar con el régimen basta con ciertas formas ¡hagámoslo! En definitiva, planteamos que debemos

abrirnos paso, porque Pinochet no se irá voluntariamente, nuestra lucha es por el retorno a la democracia ahora. Y en tal sentido valoramos y apoyamos resueltamente la proposición inicial que el Bloque Socialista puso en manos del Grupo de los 24 para concertar la firma de toda la oposición en un Pacto Constitucional. Pensamos que ello ayuda al noble propósito del retorno a la democracia.

—*Y cuál es la evaluación política que usted hace después de la última protesta?*

La protesta demostró que el pueblo seguirá luchando. Cualquiera sean los obstáculos que se le interpongan, alcanzará la victoria y conquistará la libertad, la democracia y el bienestar para Chile. La dictadura, y sobre todo Pinochet, están dispuestos a todo para enfrentar al pueblo y mantener sojuzgado al país en beneficio de una minoría. Esto es lo principal. La violencia viene del régimen. El régimen, por esencia, es violento. Vea usted las luchas del 4 y 5 de septiembre. La protesta, además, ha confirmado un dato que es fundamental: el pueblo chileno y amplios sectores de la sociedad le han perdido el miedo a la dictadura. Las Fuerzas Armadas no pueden seguir haciendo oídos sordos al inmenso clamor nacional que pide el cambio del régimen; por tanto, el pueblo se ve forzado a defenderse y ese mismo pueblo mantendrá la lucha para conseguir a la brevedad un nuevo sistema. Y será el pueblo quien decidirá, si fuere necesario, las formas superiores de lucha. Cuestión que no es un problema de escritorio, ni de invenciones de nadie.

—*Se dice que habría diferencias entre el partido y las Juventudes Comunistas respecto a las formas de lucha que se deben emplear para terminar con el régimen...*

Estimo que la verdad es otra. Las Juventudes Comunistas, encabezadas por su Comité Central, que está en Chile, juegan un papel significativamente importante en la política de rebelión popular del partido en las amplias masas

juveniles. La juventud quiere y respeta al partido, y no en una actitud paternalista, de uno u otro lado, sino en la nobleza de los principios. En este sentido, desde el golpe militar el partido realizó un profundo análisis de su línea, revisó su proceder político y reconoció errores del pasado. Hubo una actitud de crítica y autocrítica. En ese debate participó la juventud y jugó un papel muy importante. Con todo esto quiero decir que, en el seno del Partido Comunista de Chile, no hay conflictos de generaciones, así lo señalan los últimos documentos.

—*En relación al plano nacional, ¿cuál estima usted que es la política de alianzas del PC?*

—En relación a la línea política de alianzas, el PC se juega al ciento por ciento y defiende como propio el Movimiento Democrático Popular. A la vez, propicia la unidad de todos los sectores políticos afines, democráticos y antifascistas. Las relaciones más estrechas son con el Partido Socialista, cuyo secretario general es el camarada Clodomiro Almeyda. Sabemos también de la presencia de sectores socialistas en la Alianza Democrática y estimamos que ellos juegan un papel importante. Estamos por trabajar con todos los sectores socialistas, y por cierto, los que se aglutan en el bloque socialista. En todo caso estamos por buscar puntos de acuerdo con todas las fuerzas democráticas.

—*¿Cuáles son esas fuerzas democráticas?*

—Bueno, para nosotros las fuerzas democráticas son todas las organizaciones que conforman la Alianza Democrática, incluido el Partido Republicano y los liberales. Todos los partidos que forman el Bloque Socialista y quienes concurren al MDP. En definitiva, todos los partidos, movimientos, organizaciones sociales, sindicales, poblacionales, estudiantiles, de mujeres y jóvenes que están en la oposición y han expresado su decisión de conquistar la democracia, la libertad, y que naturalmente no están comprometidas con el fascismo.

—*¿Y usted cree que es posible este acuerdo?*

—*Los comunistas estiman que la única manera de derrotar a la dictadura es que la oposición, como conjunto, entregue al país una proposición y expresión concreta de reemplazo de Pinochet.*

—*Sin embargo, después de la Jornada por la Vida y de la última Jornada de Protesta, se efectuaron una serie de acercamientos entre los distintos referentes y dirigentes de la oposición. Incluso, estaba en la puerta del horno la firma del Pacto Constitucional, donde por cierto estaba incluido el PC. No obstante, este hizo pública su carta a la oposición. Para algunos sectores, esta carta es inoportuna en sus contenidos sobre la violencia...*

—*Mi opinión personal es que no hay tal inoportunidad. Creo que la carta refleja el pensamiento de todos los militantes del Partido Comunista y ayuda a decantar aguas y a definirse. Ella se ha planteado en términos respetuosos a toda la oposición y ahora se está a la espera de las respuestas, las que seguramente serán consideradas en su oportunidad. Los contenidos de la carta son una reiteración de lo que viene planteando el PC desde hace un largo tiempo.*

—*Pero el Pacto Constitucional plantea que la lucha por el retorno a la democracia se hará por medios pacíficos, y el PC no descarta el uso de la violencia. ¿No cree que este hecho entorpecerá la firma del Pacto?*

—*Creo que no, porque la carta es suficientemente clara, y expresa la voluntad de suscribir un Pacto Constitucional y llegar a un acuerdo sobre el futuro régimen democrático, como asimismo se plantea un acuerdo con los militares al margen de Pinochet.*

—*¿Y cuál es la postura del PC en relación al MIR y a la firma del Pacto? Le hago esta pregunta, porque hay sectores que consideran que el MIR no debería ser uno de los firmantes.*

—*La política del PC se define claramente por no excluir a nadie. Si va a estar el Partido Nacional, que bastante responsabilidad tiene en lo que hoy ocurre, por qué no puede estar el MIR, partido con el que compartimos un programa en el MDP y que es conocido públicamente.*

—*¿Y qué pasaría si por todas estas diferencias se produjera un impasse entre las diversas fuerzas de la oposición para la firma del Pacto, especialmente en relación al tema de la violencia? ¿No cree que esto sería hacerle el juego a Pinochet?*

—*Creo que la carta es clara y se especula demasiado sobre el concepto de violencia. Ahí, lo que se plantea es que hay que atacar de dónde viene. Y es claro que emana del actual régimen, por lo tanto hay que cambiarlo. Ahora, en caso de haber un impasse, este va a ser resuelto por la acción y lucha de millones de chilenos que en las calles exigirán «democracia ahora».*

—*Manteniendo el PC su política, ¿no corre el riesgo de ser excluido de un futuro acuerdo entre los distintos sectores de oposición?*

—*Un acuerdo de esa naturaleza se constituiría en una aberración histórica. Sería negar a priori la participación de millones de chilenos que ven en los comunistas y en el MPD sus representantes, por cuanto reflejan sus legítimas aspiraciones. La historia sería implacable para condenar a los que pretendieran excluir a este sector que no es ceniciente, sino protagonista de nuestra historia. En cualquier caso, el pueblo dirá la última palabra.*

—Queda claro que para llegar a concertaciones unitarias los distintos sectores tendrán que hacer concesiones. ¿Cuál es la disponibilidad del PC para hacer concesiones en su postura, con el objeto de llegar a un gran acuerdo nacional de oposición?

—Creo que el PC y su historia demuestran, cuando se trata de los altos intereses, la disposición y generosidad para alcanzar acuerdos y compromisos, siempre que estos real y efectivamente conduzcan a la democracia y a un sistema de libertad y justicia.

—¿Estarían dispuestos a hacer concesiones entonces?

—Todo acuerdo o compromiso presupone que los dialogantes deben tener la disposición de facilitar las cosas. Por lo tanto, si es necesario, el PC llegará a compromisos y hará concesiones, naturalmente estos deben adoptarse con el pleno conocimiento del pueblo.

Sobre el Pacto Constitucional

La postura de la Democracia Cristiana de incentivar la concreción de una mesa de concertación que generara un Pacto Constitucional, al estilo de los Pactos de la Moncloa de la transición española, no había prosperado en las fuerzas opositoras, y la falta de ambiente en su propio partido llevó al senador Jorge Lavandero a organizar una reunión político-social en su casa para impulsar la iniciativa, reunión en la cual participé.

En la cita, que fue en noviembre de 1984, estaban presentes los ex parlamentarios Alberto Jerez, Radomiro Tomic, Renán Fuentealba, Rafael Agustín Gumucio,

Marcial Mora, Engelberto Frías y Pedro Felipe Ramírez, representando a la Democracia Cristiana, al Movimiento Socialdemócrata y a la Izquierda Cristiana. También estaba presente Manuel Almeyda, en representación de la fracción almeydista del Partido Socialista, así como otros invitados del mundo de la derecha republicana que yo no lograba identificar.

El impulso que se pretendía dar a esta iniciativa fue explicado por Alberto Jerez, quien recordó que en España los comunistas apoyaron los pactos y renunciaron a ser gobierno a la muerte de Franco, como forma de facilitar el retorno a la democracia. Por mi parte, convencido de que todas las iniciativas tendientes a aglutinar a los diversos sectores tenían validez si apuntaban al objetivo principal de terminar con la dictadura, apoyé los planteamientos vertidos en la reunión, manifestando que los comunistas están dispuestos a abandonar la violencia y defender un gobierno democrático al término de la dictadura.

El Pacto Constitucional, finalmente, fue una iniciativa que en su momento no prosperó. Sin embargo, es necesario valorarla en su contexto, como una iniciativa más en la difícil y compleja situación política que vivía el país.

«Propiciamos una democracia avanzada para este momento»

En noviembre de 1984, junto con María Maluenda, publicamos un nuevo documento, elaborado por la Dirección del PC, que contenía propuestas concretas a ser consideradas en el régimen democrático que sucedería a la dictadura. El artículo, que fue publicado en la revista Análisis, contenía propuestas bastante realistas, muchas de las cuales fueron implementadas posteriormente por los gobiernos de la Concertación.

Algunos de los planteamientos desarrollados en dicho documento fueron:

El régimen democrático que sustituya a la dictadura debe caracterizarse, esencialmente, por el respeto a los derechos humanos, en conformidad con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, al Pacto Internacional de

Derechos Civiles y Políticos y al Pacto Internacional de Derechos Económicos y Sociales. El respeto por los derechos de los trabajadores, de la mujer, de las minorías étnicas deberán ser parte fundamental en la futura institucionalidad democrática.

El régimen democrático se basará en la voluntad soberana del pueblo. Este elegirá a los gobiernos comunales, a los parlamentarios y al presidente de la república por votación directa, secreta e informada.

Se debe garantizar, en los actos electorales, la representación proporcional en los órganos colectivos y el acceso equitativo de los partidos políticos a los medios de comunicación.

Los trabajadores tendrán derecho a participar en la administración del sistema previsional, en la dirección de las empresas estatales y mixtas, y tener acceso al conocimiento de la gestión de las empresas privadas.

El presidente de la república debe ser elegido por mayoría absoluta. Si esta no se obtiene en la primera votación, habrá una segunda vuelta, en la cual participarán solo los candidatos que hayan obtenido las dos primeras mayorías.

El sistema político chileno será pluripartidista y reconocerá el derecho de todos los ciudadanos a organizarse en partidos políticos. Estos se regirán por las disposiciones de la ley electoral y por lo que determinen sus propios estatutos.

Los partidos políticos tendrán existencia legal, salvo que no alcancen ninguna representación parlamentaria o se organicen para luchar manifiestamente en contra de los derechos humanos o para hacerle propaganda a la guerra o al racismo.

Las instituciones armadas deben ser democratizadas y guiarse por una nueva doctrina militar en reemplazo de la mal llamada doctrina de seguridad nacional.

El Poder Judicial debe ser depurado de los jueces y ministros prevaricadores. Sus miembros deben ser designados por un Consejo Supremo Judicial de generación democrática. Todos los ciudadanos deben tener derecho a una justicia expedita, rápida y sin costas en los asuntos de menor cuantía.

En el régimen democrático, la educación debe inspirarse en la ciencia y la cultura universales, en la adhesión a la paz y en la fraternidad entre los pueblos

de América Latina y de todo el mundo. El Estado debe asegurar la educación de todos los chilenos.

Se debe respetar la autonomía universitaria, la libertad de cátedra, la elección democrática de las autoridades de cada casa de estudios superiores y la participación de los distintos estamentos en los consejos universitarios.

Entre el Estado, la Iglesia Católica y demás Iglesias deben existir relaciones de reconocimiento y respeto en el marco de una común adhesión a los valores humanistas.

En el régimen democrático habrá diversas formas de propiedad, a saber: social, mixta, privada, cooperativa y de autogestión de trabajadores, lo que permitirá el mayor desarrollo económico mediante la utilización de las capacidades y recursos de cada sector.

El Estado debe mantener una política exterior de solidaridad entre las naciones de América Latina y el Caribe, y de relaciones con todos los países. Debe adherir a la no intervención y al respeto a la autodeterminación de los pueblos.

Un Pacto Constitucional entre todas las fuerzas democráticas, sin exclusión alguna, debe ofrecerle al país una alternativa seria. Chile necesita una nueva Constitución Política, que debe ser elaborada por una Asamblea Constituyente, ampliamente representativa y democrática, para luego ser sometida a la aprobación del pueblo a través de un plebiscito suficientemente informado.

La pretensión de algunos sectores reaccionarios o supuestamente democráticos de marchar hacia la designación o elección de un Congreso en el futuro inmediato, dejando que Pinochet siga en el poder hasta 1989, es inaceptable.

El Poder Ejecutivo y Legislativo deben ser elegidos simultáneamente para que sean reflejo de una mayoría nacional coherente. Esto solo se puede lograr a partir de la salida de Pinochet, de la formación de un gobierno provisional y de la convocatoria a una Asamblea Constituyente, tal como ha sido planteado por la Alianza Democrática, el Movimiento Democrático Popular y el Bloque Socialista.

El gradualismo y algunos cronogramas que se proponen, son meras tentativas dirigidas a prolongar la dictadura y a dilatar el retorno a la democracia. El pueblo chileno es políticamente maduro, responsable y capaz de darse a la tarea

de construir un nuevo régimen democrático desde ahora mismo, abordando de conjunto la solución de diversas cuestiones tocantes a tal objetivo.

Solidaridad navideña

Como culminación del año 1984, en un acto de entrega y solidaridad, en momentos difíciles en que las familias prácticamente sobrevivíamos, un grupo de personalidades de la política y la cultura enviamos una carta pública, certificada notarialmente, a Sergio Onofre Jarpa, ministro del Interior de la dictadura. El texto es el siguiente:

Se acerca la Navidad. Para creyentes y no creyentes es una fecha que habla de esperanza y amor, de la familia reunida al calor de la fe en el futuro y la confianza en la vida. Aunque sea en la pobreza suprema del estable en que simbólicamente nació Jesús. En esa fecha todos quisiéramos entregar, al menos, una sonrisa de ternura a los niños. No es posible. Los problemas que aquejan a la mayoría de nuestros compatriotas lo impiden.

Entre esos graves problemas está el de cientos de chilenos relegados, repartidos a lo largo de nuestra bella y larga geografía. Sin condena judicial, por el delito de querer pan, paz, trabajo, justicia y libertad; un decreto administrativo los mantiene lejos de sus seres queridos.

Un antiguo aforismo jurídico dice que «las cosas se deshacen de la misma manera que se hacen». Recordándolo y expresando el sentir de miles de compatriotas, planteamos la necesidad de que se ponga fin a esta situación.

Si el gobierno no está dispuesto a ello, quisiéramos nosotros contribuir a que en

esta Navidad, esos compatriotas, 421 de ellos en Pisagua y 222 en otras localidades de Chile, puedan estar junto a los suyos. Por eso nos ofrecemos a ocupar su lugar, durante los días que sea necesario, para contribuir a ese encuentro familiar. De modo que esa noche sea, de alguna manera, una Noche Buena, y les permita reafirmar su esperanza y su amor a la vida.

Ratificamos solemnemente nuestra voluntad de ocupar sus lugares, ante el ministro del Interior, don Sergio Onofre Jarpa, para que, de acuerdo con las autoridades pertinentes, tome la resolución que corresponda en el plazo más breve posible.

Quedamos a su disposición.

Por una Navidad en que la familia pueda reunirse. Por amor a la Vida. Porque el niño se llama hoy y no mañana. Por Chile.

Firman:

Rafael Agustín Gumucio

Juvencio Valle

José Balmes

Alejandro Toro

María Maluenda

Luis Escobar

Jorge Lavandero

José Aldunate

Pedro Aguirre Charlín

De más está decir que la misiva jamás fue respondida.

Novena parte

Grandes acuerdos para derrotar a la dictadura (1985)

Santiago, 1985

Al igual que el año anterior, en 1985 continuamos desarrollando todo tipo de iniciativas en la búsqueda de los consensos necesarios para lograr una salida política que desembocara en el término de la dictadura y que garantizara la vuelta a la democracia, a la justicia social y a la libertad.

En este esfuerzo participaban todas las fuerzas políticas opositoras de la izquierda, del centro y de la derecha no golpista, quienes llevábamos a cabo un intenso y fructífero diálogo, caracterizado por la disposición unitaria de cada conglomerado. No obstante, mi tarea como representante del partido se veía dificultada por la tozudez malintencionada del camarada José Sanfuentes, quien, en una actitud irresponsable, obstaculizaba la generación de documentos o acuerdos políticos y se trenzaba en largas discusiones con el grupo redactor para tratar de imponer maliciosamente la palabra «violencia» en los textos, sin respetar los planteamientos y opiniones de los demás.

Las acciones de masas, tendientes a desestabilizar al régimen, se incrementaron. También se desarrollaron con más fuerza las denominadas «jornadas de protestas nacionales», que se caracterizaban por el cierre del comercio, apagones generalizados, cacerolazos, velatones y levantamiento de barricadas en las arterias principales de cada ciudad.

Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia

El documento representativo de amplios sectores políticos y sociales del país, denominado Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia, fue un esfuerzo unitario de gran valor, cuyo contenido era una importante propuesta para ser incorporada en la nueva constitucionalidad que Chile democráticamente se diera. Este acuerdo surgió como contribución al llamado a la reconciliación nacional formulado por el cardenal arzobispo de Santiago, monseñor Raúl Silva Henríquez.

Participé con entusiasmo en la generación y redacción de este acuerdo, entusiasmo que no era compartido por los camaradas de la Dirección que me acompañaban en esta tarea, más preocupados de poner obstáculos. Hasta el final se hicieron esfuerzos para que la Dirección del Partido Comunista suscribiera el documento, lo que desgraciadamente no ocurrió. En mi opinión, este hecho fue un grave error político.

El acuerdo integraba aspectos en el orden constitucional y económico-social y señalaba las medidas inmediatas que se debían adoptar para transitar a la democracia. En lo constitucional planteaba elecciones libres para elegir al presidente de la república y la totalidad del Parlamento, la regulación de los estados de excepción, la existencia de un Tribunal Constitucional y la implementación de reformas a la Carta Fundamental. En el orden económico-social ponía el énfasis en la necesidad de superar la extrema pobreza, garantizando el derecho a la propiedad privada, estatal y mixta, incluidos los medios de producción en esas tres modalidades. También pujaba por considerar la participación de los trabajadores y empresarios en la formulación de estrategias de desarrollo; activar la participación social y la búsqueda de formas para arbitrar los conflictos, y fortalecer las organizaciones laborales y sus derechos de petición, reunión y huelga, entre otros. Las medidas inmediatas apuntaban a devolver a los chilenos el pleno ejercicio de su ciudadanía, a través del término del receso político y de los estados de excepción, y formar los registros electorales y aprobar una ley electoral para elegir presidente de la república y Parlamento por sufragio libre, secreto e informado, con libertad de propaganda y acceso equitativo a los medios de comunicación.

Los adherentes a este Acuerdo nos comprometíamos a continuar vinculados a, objeto de perfeccionar e implementar su contenido.

El derecho a vivir en la patria

El año 1985 también estuvo marcado por un fuerte impulso a las tareas de terminar con el exilio. Gracias a la presión internacional y a las acciones que se estaban realizando en Chile, nuevos dirigentes políticos fueron autorizados para ingresar al país. Además, se incrementaron los programas de apoyo al retorno por parte de los organismos de derechos humanos, como eran, entre otros, el FASIC (Fondo de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas), el WUS (Servicio Universitario Mundial) y PIDE (Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia). A este último organismo se había integrado a trabajar Olga, luego de terminar su beca de inserción laboral.

Como sabemos, desde los inicios de la dictadura y en los años posteriores, gran cantidad de chilenos habían abandonado el país por motivos políticos, temor, persecución, expulsión o aplicación de penas de extrañamiento. También un número importante lo había hecho por razones económicas, frente a la pérdida de su fuente laboral y la escasa o nula posibilidad de encontrar un nuevo trabajo. Fue así como miles de familias se encontraban desintegradas y sufrían diariamente los efectos de esa condición, especialmente los familiares que estaban en Chile y los grupos más vulnerables, como eran los niños. Es por eso que la tarea de impulsar el término del exilio revestía la mayor importancia.

Una iniciativa que marcó un hito entre las muchas que se realizaban en el país fue la realizada en Santiago por un grupo de mujeres integrantes del Comité Pro Retorno de Exiliados, que presionaron ante el Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas en Santiago, con el propósito de llamar la atención sobre el tema.

Apoyé la iniciativa, y junto con un grupo de personalidades políticas suscribimos una declaración pública, cuyo párrafo final decía:

Junto con respaldar el hermoso gesto de estas cinco valerosas mujeres, hacemos un llamado a todos los chilenos para que, en la víspera del día de los Derechos Humanos, todos asumamos el compromiso de luchar para que 1986 sea el año del fin del exilio. Chile nos pertenece a todos. A nadie se le puede arrebatar el

derecho de vivir en su patria.

César Godoy Urrutia, un demócrata ejemplar

En noviembre de 1985 falleció el exdiputado del Partido Comunista y profesor Cesar Godoy Urrutia, quien había retornao al país junto con María, su esposa, unos meses antes, desde México, donde se encontraba exiliado.

En mi condición de miembro del Comité Central, fui designado para encargarme personalmente de apoyar a César durante su penosa enfermedad, consiguiendo en su círculo de amigos y excolegas, contribuciones solidarias que permitieron a su familia afrontar de mejor forma la atención de su salud.

Cabe destacar la valiosa gestión de Enrique Krauss, quien me contactó con el Dr. Abraham Wainstein, director del hogar para adultos mayores «Villa Israel», quien nos daría facilidades para internar a César en su establecimiento para que recibiera las atenciones necesarias. Antes de concurrir a la cita con el Dr.

Wainstein, recordé las viejas historias que me había narrado César Godoy, cuando junto con Natalio Berman, y desde el Parlamento, había denunciado las atrocidades del nazismo en contra de los judíos. Me relataba que Natalio había nacido en Rusia y que, siendo niño, había estado prisionero junto con sus padres en un campo de concentración alemán durante la Primera Guerra Mundial y que, posteriormente, había emigrado a Chile, donde estudió y se tituló de médico cirujano. Natalio Berman había obtenido la ciudadanía chilena y militaba en el Partido Socialista cuando conoció a César, con el cual estableció una gran amistad. Ambos, al interior del partido, constituyeron una fracción denominada «los inconformistas». Luego, se retiraron juntos del Partido Socialista para fundar el Partido de los Trabajadores y, más adelante, juntos también, ingresaron al Partido Comunista de Chile y llegaron al Parlamento.

Le relaté al Dr. Wainstein la situación de salud de César, que venía saliendo de una crisis de descompensación de su diabetes y necesitaba internamiento para su recuperación. Wainstein acogió mi solicitud y me explicó que la colonia judía residente en Chile tenía una deuda de gratitud con César Godoy y que para ellos era una obligación moral tenderle la mano al amigo que, en momentos difíciles,

había expresado con gran fuerza su solidaridad con el pueblo judío. Es por eso que César fue atendido en ese establecimiento hasta los últimos días de su vida, sin costo alguno.

El funeral de este revolucionario y humanista chileno fue masivo y, como era habitual, se vio interrumpido en varias oportunidades por Carabineros, que actuaban como fuerzas represivas de la dictadura. Durante el trayecto y al interior del Cementerio General, lanzaban bombas lacrimógenas en forma provocadora e irracional, sin respetar la presencia de niños y personas mayores. El abuso fue tal que, mientras pronunciaba un discurso conmemorativo, en medio del pestilente humo de las bombas y de la trifulca, un carabinero me quitó el micrófono y lanzó el equipo de sonido sobre la muralla de una sepultura. Estas escenas eran frecuentes durante las ceremonias de sepultura de las víctimas del régimen; ceremonias que muchas veces se transformaban en verdaderos mítinges populares masivos y espacios de denuncia difíciles de lograr en otros lugares a causa de la represión imperante.

Décima parte

El año «decisivo» (1986)

El año «decisivo»

Inicié el año 1986 participando en el Seminario «Opciones y Estrategias para la Democracia en Chile», organizado por el Centro de Estudios SUR en el marco de su V Escuela de Verano. En dicho evento me correspondió participar como panelista en una mesa redonda junto con destacados profesionales como Eugenio Ortega, exdiputado de la Democracia Cristiana; Ricardo Núñez, dirigente del Partido Socialista; el sociólogo Eugenio Tironi, y Pedro Correa, del Partido Liberal.

También, al comenzar el año, mi partido emitió un nuevo documento titulado «Manifiesto del Partido Comunista al Pueblo de Chile», que fue publicado en la revista Análisis. La presentación de los documentos, como ya era habitual, estaba a cargo de un dirigente público, y en este caso, en mi condición de exsenador de la república, miembro del Comité Central y vocero, nuevamente me correspondió a mí. Sin embargo, este acto tuvo consecuencias, ya que fui requerido judicialmente por el gobierno militar, detenido, procesado y condenado a 1.082 días por infringir la Ley de Seguridad Interior del Estado.

Desafiando las disposiciones de la autoridad que restringían la libertad de expresión, solicité la publicación de este manifiesto, a pesar de no estar de acuerdo en algunos aspectos de su contenido, especialmente con la forma de abordar el tema de la violencia y de caracterizar el año 1986 como «año decisivo». Pensaba que era grave que, a esas alturas del desarrollo de la unidad de los más vastos sectores de la vida nacional que abogaban por una salida democrática, nuestro partido, casi en solitario, en forma ambigua, insistiera en una salida cuya estrategia incluía la confrontación violenta, sin considerar el sentir de la mayoría del pueblo de Chile que solo deseaba terminar con la violencia, con las muertes de sus seres queridos, con el dolor de tantas familias

afectadas.

Recordé la noche que pasé en un sector popular de Santiago para participar en una protesta, jornada que se caracterizaba por barricadas y apagones. En esa oportunidad pude darme cuenta de la falta de organización, de la escasa participación y del temor que invadía a la gente. En una experiencia similar, Olga tuvo la misma percepción al constatar baja presencia de pobladores adultos. El único herido que atendió fue un adolescente que, junto con otros muchachos, se había trenzado en una lluvia de piedras con un grupo rival de la población vecina. También tuvo la misma apreciación en cuanto al temor de la gente, especialmente ante la presencia de las tanquetas militares durante el toque de queda. Le tocó atender en sus domicilios a mujeres con síntomas de angustia y alzas de presión por estrés.

No quiero desmerecer con esto el valor de las protestas ciudadanas como herramienta de lucha para desestabilizar la dictadura. El cierre del comercio, la paralización del transporte público, las manifestaciones en lugares públicos, la huelga de trabajadores y estudiantes, eran herramientas determinantes para ese objetivo, y los pobladores no estaban al margen. El esfuerzo que hacían los comités de base que organizaban estas jornadas en los barrios merecen todo mi reconocimiento por su valentía y entrega. Muchos de ellos fueron víctimas de la más brutal represión, como fue más tarde el caso de Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas De Negri, que fueron quemados por una patrulla militar.

Al insistir en un camino de violencia extrema, sin tomar en cuenta en forma rigurosa nuestra propia realidad e idiosincrasia, tampoco se tomaba en cuenta el pensamiento del movimiento comunista internacional, que había reiterado con fuerza que cada pueblo es soberano de darse el gobierno que mejor estime conveniente, considerando el sentimiento mayoritario de la gente.

En los primeros párrafos, el manifiesto hace un justo reconocimiento a la unidad de todas las fuerzas democráticas para terminar con la dictadura a través de la movilización social, y reconoce que el régimen de Pinochet ha perdido apoyo por parte de sus seguidores, incluidos militares, y a nivel internacional. También valoró el análisis que hace sobre el deterioro económico-social del país y cómo este afectaba principalmente a los trabajadores.

Ningún opositor podría haber estado en desacuerdo cuando el documento planteaba que «el país tiene ya coincidencia de la necesidad de terminar con este

estado de cosas.» O cuando expresaba que «los trabajadores quieren recuperar sus conquistas y disponer de derechos reales para formar sindicatos, formular peticiones y recurrir a la huelga», entre otras reivindicaciones. Tampoco ningún opositor podría haber discordado cuando se reconocen los positivos planteamientos por la paz surgidos en la reunión de Ginebra entre Gorbachov y Reagan o cuando se condenan los horrorosos asesinatos de José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Nattino, entre otras opiniones y denuncias.

Todos concordábamos en la necesidad de continuar con las acciones de desestabilización del régimen, eso de ningún modo era cuestionable, sin embargo, el punto de inflexión del documento es cuando el Partido Comunista implícitamente hace un llamado a incluir la «vía armada» como forma de lucha para derrocar a la dictadura y define al año 1986 como «decisivo» para ese objetivo.

El desequilibrio de fuerza armada entre lo institucional y la población era enorme, por lo que en ese plano se planteó una estrategia errónea e inoportuna que produjo un daño irreparable: se puso fin a la gloriosa vida del Partido Comunista de Chile al servicio del pueblo, se produjo su desmembramiento y el término de su prestigio y de su poderosa influencia en la vida política nacional.

Requerido y declarado reo

En febrero, el Ministerio del Interior presentó sendos requerimientos en contra de dirigentes políticos, gremiales y sindicales representativos de la oposición por manifestarse públicamente a favor de terminar con el régimen militar y retornar a la plena democracia.

Yo fui requerido por presentar el «Manifiesto del Partido Comunista al Pueblo de Chile». Se me acusaba de infringir la Ley de Seguridad del Estado y se pedían las penas que estipulaban los artículos 5º y 7º de la Ley que, según supe más tarde, no eran menores. La ley, originalmente aprobada por el Parlamento y promulgada durante el gobierno de don Arturo Alessandri en 1937, había sido modificada por la dictadura en 1975, sin Parlamento, entre gallos y medianoche, por lo que su validez era, a lo menos, cuestionable.

Se me acusaba de incitar a la subversión del orden público, inducir a la revuelta, al derrocamiento del gobierno constituido, a la paralización de actividades productivas, así como de proferir injurias al presidente de la república; todos delitos tipificados en los artículos 4º y 6º de la ley. Fui citado a los Tribunales el 10 de febrero, para declarar. Desde temprano, un alto número de personas se comenzó a reunir en los pasillos de los Tribunales, entre los que se encontraban la exdiputada María Maluenda y su esposo Roberto Parada, el sacerdote Rafael Maroto y los dirigentes del MDP Fanny Pollarolo y José Sanfuentes.

Me presenté en la Corte de Apelaciones ante el ministro Marcos Libedinsky, que había sido designado para llevar la causa. Durante el interrogatorio declaré «no ser autor ni firmante del documento, sin embargo, al haber tomado conocimiento de ese y apelando al derecho de información consagrado constitucionalmente, solicité su publicación para conocimiento de la opinión pública, por estimarlo importante para el debate y contribuir al diálogo que se desarrolla entre sectores democráticos y opositores para solucionar los males que afectan al país»¹.

A la pregunta de cómo había obtenido el documento declaré que «me había llegado por correspondencia a las oficinas del PRODEN (Proyecto de Renovación Democrática), donde funciona también la sala de ex parlamentarios, y las razones que tuve para hacerme cargo de la publicación emanan de mi formación en la Cámara de Diputados y en el Senado de la República, como también de reuniones del Parlamento Latinoamericano y Mundial al cual pertenezco»².

Por supuesto que el documento no me había llegado por correo; fue lo que se me ocurrió en ese momento como forma de protegerme y proteger a mi Partido. En realidad me lo entregó un compañero que no conocía y del que ni sabía su nombre por encargo del Secretariado del Comité Central, el cual actuaba en la más absoluta clandestinidad. Por otro lado, Juan Pavín, mi abogado, me había advertido que lo recomendable era no hacerse el héroe, ya que, como era de conocimiento público, los ministros de ese poder del Estado, salvo raras excepciones, apoyaban incondicionalmente al gobierno militar, particularmente los de la Corte Suprema.

Concluido el interrogatorio, el ministro Libedinsky me hizo pasar a una oficina contigua, y sin la presencia de la actuaría me dijo: «Don Alejandro, espero que usted comprenda que estoy obligado a aplicar la ley cuando hay una demanda por Ley de Seguridad del Estado. Usted tiene la posibilidad de apelar al Tribunal

correspondiente, donde yo seguramente también estaré, y podrá volver a examinarse la situación. Por lo pronto debo declararlo reo y va a quedar detenido».

Si bien me estaba comunicando que quedaría detenido, lo que era una mala noticia, consideré esta conversación privada como una deferencia del ministro, del que tenía antecedentes de tener un comportamiento ecuánime y respetuoso de los derechos humanos de los detenidos. De hecho, en la sentencia de primera instancia, que dictó posteriormente, el 13 de mayo, me absolvió de los cargos que se me imputaban.

Fui conducido en un carro de Gendarmería al anexo Cárcel Capuchinos. Durante el traslado, en la calle, frente al tribunal y en las afueras del penal, grupos de compañeros de los partidos y movimientos opositores, así como transeúntes que se sumaban, manifestaban su repudio a la medida gritando consignas contra Pinochet.

Por similares publicaciones aparecidas en los diversos medios, especialmente las revistas Análisis, Cauce y Apsi, en el mes de enero fueron requeridos por el Ministerio del Interior muchos dirigentes políticos, sindicales, gremiales y sociales. Varios de ellos terminaron encarcelados, como el radical Manuel Sanhueza, presidente de Intransigencia Democrática; Andrés Palma, presidente de la Juventud Democratacristiana; Fernando Paulsen, periodista, y el dirigente sindical Manuel Troncoso, todos recluidos en Capuchinos.

La revista Análisis, cuyo director también fue citado a declarar por estas causas, manifestó en su editorial de febrero apreciaciones que yo compartí plenamente, en el sentido de que esta arremetida en contra de los dirigentes políticos y sociales se realizaba en un momento en que «los diversos gestos de diálogo y concertación de las últimas semanas, auguran un acercamiento positivo entre las fuerzas y prometen una coordinación más estrecha en las movilizaciones que se avecinan»³.

En Capuchinos

Me levantaba diariamente a las seis de la mañana para hacer ejercicios en el patio del penal. Luego, la ducha, vestirse y, a las ocho, asistir a la formación, donde la guardia pasaba lista a los reclusos. Después, preparar el desayuno, leer la prensa del día o del anterior y aprestarse para recibir las innumerables visitas que llegaban diariamente, entre las que se contaban dirigentes políticos, sociales, estudiantiles, sindicales, de las iglesias, amigos, familiares y camaradas que venían a expresarnos su solidaridad y cariño.

Recuerdo con emoción la visita del cardenal Raúl Silva Henríquez, que desencadenó aplausos y vítores de la gente congregada en la amplia sala de visitas. El oficial jefe del penal, con el cual yo había establecido respetuosas relaciones, se me acercó para manifestar su preocupación por la reacción de los presentes y solicitarme que controlara la situación, si la manifestación se transformaba en un desorden que pudiera significar un quiebre de la disciplina del recinto. Le dije que no se preocupara, que solo se trataba de la inmensa alegría que ocasionaba la visita del cardenal, símbolo de la lucha por la libertad y la justicia social, y que cuando él se retirara todo volvería a la «normalidad». «Si usted me lo dice, me quedo tranquilo, don Alejandro», me respondió. Le agradecí y agregué que su actitud comprensiva de ese momento sería altamente valorada en el futuro, lo que él también agradeció.

Había transcurrido una semana aproximadamente cuando recibí la visita de un compañero que yo identificaba como miembro del equipo de seguridad de la Dirección del partido. Él me dijo que, por instrucción de la Dirección, había que «tomarse la cárcel». Le pregunté si se trataba de un chiste o de una «tomadura de pelo», a lo que respondió que se trataba de algo serio, reiterando que era una instrucción que él compartía y que yo debía cumplir. «¿Usted está huevón?», le dije. «¿Creen acaso que yo solo lo podría hacer? ¿Están locos, qué pretenden?». El compañero, entre sorprendido y molesto con la firmeza de mi respuesta, se dio media vuelta y se fue. Nunca más me propusieron semejante estupidez.

Una mañana, un ciudadano argentino que cumplía condena por estafar a líneas aéreas se me acercó en forma sigilosa y me contó que la INTERPOL lo había descubierto adquiriendo boletos de avión en forma fraudulenta; ilícito que cometía gracias a sus habilidades en el uso de los sistemas informáticos. Luego de revelarme sus andanzas ilegales me mostró un libro que llevaba en sus manos y me dijo: «Don Alejandro, lea este libro, le va a ser de utilidad». Yo le agradecí su ofrecimiento. El libro se titulaba *Cómo matar a un general*.

Era habitual que en Capuchinos prestaran servicios de apoyo reos provenientes de cárceles comunes, que por su buena conducta les era permitido cumplir su condena en este recinto. Se les identificaba como los «mocitos» y realizaban principalmente tareas de aseo y cocina a cambio de algunas monedas que los propios reclusos les dábamos. Uno de ellos tenía un pequeño taller donde remendaba zapatos. El hombre, que tenía sus años y que conocía mi condición de preso político, me invitaba a tomar mate mientras me relataba sus antiguas andanzas y dramas familiares. Un día me llamó la atención que vestía una particular camisa roja, así que se lo hice ver. Él me dijo: «Usted no me va a creer, don Alejandro, pero yo admiro mucho lo que usted hace por terminar con la dictadura, por eso me puse esta camisa roja y no me la voy a sacar hasta que usted salga en libertad». Agradecí sus palabras, pues me parecían sinceras, y constaté que, efectivamente, hasta la última vez que lo vi, el hombre continuaba vistiendo su camisa roja.

Los presos políticos recluidos en Capuchinos recibíamos diariamente cartas y telegramas de solidaridad provenientes de organizaciones políticas y sociales, como por ejemplo el Círculo de Ex Parlamentarios de Chile, el Comando Nacional de Solidaridad, los Colegios Profesionales, la Agrupación de Detenidos y Desaparecidos, así como saludos desde el extranjero, especialmente los transmitidos a través de Radio Moscú. Nuestra detención en Capuchinos causaba revuelo periodístico y a menudo dábamos entrevistas a diversos medios de comunicación.

Olga y los niños venían casi todos los días a visitarme. Nuestra situación económica familiar era de precariedad, sin embargo, se organizaban para acompañarme y, de paso, traerme alimentos, libros o lo que necesitara. Como familia sentimos la solidaridad de nuestros amigos, quienes nos apoyaron de una u otra forma: Mario Galétovic y Elvira; Hugo Díaz y Eliana; María Maluenda y Roberto Parada; Avelina Cisternas y nuestros amigos de Valparaíso, de Talca y del exilio. A todos ellos, mi recuerdo y gratitud. Hago extensivo este reconocimiento en forma muy especial a los trabajadores del PIDE (Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia) en la persona de su representante en esa época, la doctora Michelle Bachelet, y a María Eugenia Rojas, secretaria ejecutiva de ese organismo.

El proceso y la condena

Luego de casi dos meses en prisión salí de Capuchinos en libertad bajo fianza, sin embargo, el proceso judicial continuaba. Como dije anteriormente, el ministro Libedinsky de la Corte de Apelaciones me había absuelto de las acusaciones en un fallo de primera instancia; no obstante, el abogado del Ministerio del Interior apeló de esa medida. Frente a esta situación, en un afán persecutorio enfermizo, dicho abogado presentó un recurso de «queja» que debía ser dirimido en la Corte Suprema. En la «queja» solicitó que se dejaran sin efecto los dos fallos anteriores que me absolvían. Como era de esperar, la Corte Suprema acogió esta solicitud.

Recuerdo que, varios meses después, cuando concurrí con mi abogado al alegato en la primera sala de la Corte Suprema, la sala estaba llena y entre el público estaba mi familia y numerosos amigos y compañeros. El alegato era extenso: hacía uso de la palabra Ambrosio Rodríguez, abogado del Ministerio del Interior, pidiendo para mí las penas del infierno, y respondía Juan Pavín, mi abogado, para rebatirlo, y así sucesivamente. Si bien era invierno, el ambiente dentro de la sala era tibio y la mayoría de los jueces, sentados en una imponente testera, hacían preguntas y escuchaban las respuestas sin inmutarse; es más, uno que otro cabeceaba o simplemente dormía.

Mi hija Olga Cristina, que en esa fecha tenía 17 años y cursaba su educación media, había asistido al tribunal vistiendo su uniforme de colegio. Al salir de la sala, al término de la audiencia, se acercó al abogado del Ministerio del Interior y lo increpó en duros términos, pero con respeto, censurándolo por las ofensas que había proferido en mi contra. Yo no presencié el hecho, pero según me relató mi hija, el señor se habría sentido bastante incómodo por sus palabras, que no atinó a responder.

En agosto, en fallo de tercera instancia, la Corte Suprema dictó sentencia condenándome a 1.082 días de prisión, pena remitida. El fallo llevaba las firmas de los ministros Luis Maldonado, Abraham Meersohn, Carlos Letelier, Enrique Zurita y Enrique Urrutia. La pena no solo implicaba que debía concurrir una vez al mes a estampar mi firma en un cuaderno de control en el Patronato de Reos, sino también la suspensión de mis garantías constitucionales y la prohibición de abandonar el país y ocupar cargos públicos.

La Asamblea Nacional de la Civilidad y la «Demanda de Chile»

Inmediatamente después de haber dejado Capuchinos y luego de un breve descanso junto con mi familia, me aboqué a trabajar en la organización de la Asamblea de la Civilidad y de la Asamblea Parlamentaria Internacional por la Democracia en Chile, significativos eventos que se llevaron a cabo en Santiago en los meses siguientes.

Un nuevo esfuerzo unitario que marcó un hito en el proceso de lucha política por el término de la dictadura, fue el acuerdo alcanzado en la Asamblea Nacional de la Civilidad, que quedó plasmado en el documento «Demanda de Chile». Se trataba de un texto respaldado por la mayoría de los partidos opositores, incluido el Partido Comunista, y por las más importantes organizaciones sociales.

Me correspondió trabajar intensamente en la generación del documento y en la organización del evento, cuya realización llevamos a cabo en condiciones muy difíciles en el Teatro Caupolicán, pues la dictadura continuaba hostigando y reprimiendo todos los intentos de las fuerzas opositoras que luchaban incansablemente por derrocarla. Suscribieron al documento representantes de los más vastos sectores de la vida nacional: organizaciones sociales, sindicales, vecinales y de mujeres, así como federaciones estudiantiles, de colegios profesionales, campesinas, organizaciones de pequeños y medianos agricultores, trabajadores de la cultura y del transporte.

«Demanda de Chile» clama por democracia para garantizar una vida digna a todos los chilenos, poner fin a las exclusiones, incentivar el desarrollo de una educación y cultura pluralistas, reparar las injusticias más flagrantes, respetar los derechos humanos, restablecer la independencia nacional y el Estado de derecho. El documento plantea una serie de medidas que deben adoptarse para solucionar la grave crisis que afecta al país e invita a todos los chilenos a integrarse y movilizarse en respaldo a las propuestas de la Asamblea de la Civilidad.

Además, insiste en que el futuro gobierno democrático debe asegurar a todos los chilenos salarios justos, derecho a la salud, educación, vivienda y seguridad en el trabajo; corregir las arbitrariedades del sistema de previsión social y leyes laborales, y dar solución al endeudamiento de los sectores productivos.

También es importante el llamado que hace por la reconciliación nacional, sobre

la base de la reparación de las víctimas de las violaciones a los derechos humanos, como son los familiares de los detenidos desaparecidos, asesinados, víctimas de tortura y exilio. Asimismo, demanda justicia para los más postergados, como son los jóvenes que, por falta de oportunidades, han sido inducidos a la delincuencia, drogadicción y prostitución, así como los jubilados, cuyas pensiones y otras prestaciones les han sido conculcadas.

En fin, el documento no hace mención al uso de la violencia para derrocar a Pinochet. Por el contrario, pone el énfasis en la organización, la movilización social y el entendimiento de todas las fuerzas democráticas, sin exclusión, para terminar con la dictadura y transitar a la democracia. El clima político y social era ampliamente favorable y yo apoyé con gran dedicación y entusiasmo el desarrollo de esta estrategia, a pesar de las dificultades de inseguridad y la falta de medios económicos de subsistencia familiar.

La Asamblea Parlamentaria Internacional por la Democracia en Chile

Este evento se llevó a cabo los días 19, 20 y 21 de mayo de 1986 en un céntrico hotel de Santiago y participaron delegaciones de parlamentarios de dieciocho países de América y Europa. Los ex parlamentarios chilenos de todo el arco político opositor, incluidos los de la derecha republicana, presentamos a la Asamblea Internacional una importante declaración producida en numerosas jornadas de trabajo, como siempre, sorteando la vigilancia de los organismos de seguridad de la dictadura.

En síntesis, puedo decir que en el documento reconocemos y agradecemos la solidaridad manifestada por los parlamentarios de América y Europa, pues consideramos que se trata de un estímulo al compromiso de lucha por la restauración de la democracia en Chile, tarea que corresponde a los chilenos y, en particular, a quienes fuimos honrados en la etapa republicana con cargos de representación popular. Manifestamos, también, que la comunidad internacional ha consagrado que la justicia, la paz y la dignidad del hombre se basan necesariamente en el respeto de los derechos humanos y el pleno reconocimiento de la soberanía popular, y que los poderes absolutos, abusivos e ilegítimos siempre terminan en corrupción y corroen la unidad básica de la nación.

Respecto de las Fuerzas Armadas, en el documento damos cuenta de cómo los regímenes dictatoriales que han afectado a Latinoamérica en los últimos decenios, basándose en una supuesta «guerra interna», han empleado sus armas en contra de sus compatriotas, convirtiéndose en verdaderas fuerzas de ocupación. Así, hacemos un llamado a las Fuerzas Armadas chilenas a poner fin a las tareas políticas que no le son propias.

Llamamos también a terminar con los allanamientos masivos que afectan a las poblaciones más modestas y respaldamos los esfuerzos que despliegan los diversos sectores por recuperar la democracia y por sus reivindicaciones particulares, especialmente la juventud, los trabajadores, los profesionales y las mujeres.

Por último, en el documento nos comprometemos a continuar realizando asambleas de ex parlamentarios chilenos, mientras el pueblo no elija libremente a sus nuevos representantes, para analizar y fiscalizar la realidad nacional y consolidar puntos de encuentro que permitan superar la crisis integral que agobia a Chile.

Al término del evento, los representantes de los dieciocho Parlamentos de América y Europa invitados emitieron una declaración pública, denominada «Declaración de Santiago del 21 de mayo», en la que, junto con valorar la realización de la Asamblea, expresar su solidaridad y augurar por el pronto restablecimiento de la democracia en Chile, denunciaron estar sorprendidos ante las medidas de aislamiento impuestas por los organismos de seguridad del régimen en torno al evento (supuestamente «por nuestra protección»), lo que les significó incluso, que algunos fueran impedidos de ingresar al recinto para hacer uso de la palabra.

En la declaración manifestaron que «si bien respetamos el principio de autodeterminación de los pueblos, hemos constatado que Chile no cuenta con una conducción democráticamente elegida ni debidamente fiscalizada y tampoco con una Constitución que proteja los derechos democráticos». Y denunciaron que «la policía y el Poder Judicial no ofrecen protección contra la violencia y la injusticia, y que no existe una política social que ofrezca esperanzas a los millones de chilenos que viven en la pobreza y que, además, sufren allanamientos».

Por esas y otras consideraciones que se consignan en la declaración, los

participantes demandaron el término del estado de emergencia y el restablecimiento inmediato del Estado de derecho, el reconocimiento de los partidos políticos, y el retorno a la democracia por la vía de elecciones generales, libres, secretas e informadas. Además, se comprometieron a informar a sus países y parlamentos de lo observado en Chile y reclamar en los foros internacionales el respeto de los derechos humanos en Chile.

Finalmente los declarantes expresaron su admiración y gratitud a los chilenos que, en circunstancias tan adversas y peligrosas, habían hecho posible la Asamblea Parlamentaria e instaron a las fuerzas políticas y sociales a fortalecer la unidad, subrayando que las últimas experiencias de transición a la democracia en Latinoamérica combinan la movilización social con la negociación entre los diferentes actores políticos. Los parlamentarios expresaron que, a su juicio, «la movilización sin negociación es suicidio y la negociación sin movilización es claudicación».

El atentado contra el general Pinochet

Inmediatamente después de que escuché la noticia que daba cuenta del atentado en contra de Pinochet en el Cajón del Maipo, vino a mi mente un cuadro que vi en una de las más prestigiosas galerías del Museo Tretiakov de Moscú, en el que aparece Vladimir Lenin consolando a su madre, profundamente afectada por la muerte de Alejandro su hijo, hermano de Vladimir, quien fuera ejecutado por haber atentado en contra de la vida del zar. El cuadro, llamado por el propio Lenin «Madre, nosotros seguiremos otro camino», sintetiza lo más profundo del pensamiento leninista, en donde el crimen político realizado a mansalva, en una acción solitaria al margen de las masas, no tiene cabida. Los efectos de este tipo de acciones generalmente se revierten en favor del personaje objeto del ataque y su sistema opresor, quienes aprovechan esa circunstancia para justificar y endurecer sus acciones represivas en contra de sus opositores, como quedó demostrado una vez más en el caso de Pinochet.

El atentado a Pinochet en septiembre de 1986 fue un grave error político, una acción aislada e inoportuna. Se malgastaron dineros de la solidaridad internacional, ayudó a los seguidores de la dictadura a cerrar filas en su favor,

incrementó la represión y fueron brutalmente asesinados opositores que ni siquiera habían participado, como fue el caso del periodista José Carrasco y de los militantes de izquierda Gastón Vidaurrezaga, Felipe Rivera y Abraham Muskablit, ejecutados por agentes de la Central Nacional de Inteligencia. También en la seguidilla de asesinatos se intentó secuestrar y asesinar a Luis Toro, abogado de la Vicaría de la Solidaridad, quien sería la quinta víctima inocente en represalia por los cinco escoltas de Pinochet muertos en la emboscada; el secuestro se frustró gracias a la intervención de los vecinos del edificio donde vivía el abogado.

A causa del atentado, tanto el régimen como el dictador se fortalecieron, en un momento en que este pasaba por serias dificultades, debido a la condena internacional, y en que la lucha de masas por una salida política y no violenta estaba en ascenso.

Conferencia de prensa en el Patronato de Reos

Mi desacuerdo con la línea política de rebelión popular de masas y el uso de la violencia extrema para derrotar a la dictadura, que propiciaba la dirección del PC y que yo consideraba errónea por no corresponder al sentimiento mayoritario del pueblo chileno, llegaron a un punto crítico en mi relación con la Dirección del partido. Los llamados de atención, las descalificaciones y hostigamiento, incluso las amenazas de que era objeto por mis actuaciones públicas en busca de los consensos con todas las fuerzas opositoras, se hicieron insostenibles. La gota que rebasó el vaso fue el beneplácito de la Dirección del partido a las irresponsables declaraciones formuladas por Andrés Pascal Allende, dirigente del MIR, quien defendía la tesis de la «militarización de la política».

Mucha gente, antiguos militantes, dirigentes de base, trabajadores, pobladores y profesionales se me acercaban para reclamar y hacer ver sus puntos de vista. De una u otra forma manifestaban sus disconformidades por la forma en que la Dirección del partido pretendía conducir el proceso de término de la dictadura. Hice lo indecible por satisfacer las inquietudes de esa gente y cada día que pasaba, y a la luz de los acontecimientos, no hacía más que encontrarles la razón: del dicho al hecho había un gran trecho, como se dice en jerga popular. Incluir la

violencia extrema y el enfrentamiento armado en la consigna de la rebelión popular de masas no tenía asidero, era abusivo, y la transformaba en una línea política errónea.

Consultado por los medios de comunicación a la salida del Patronato de Reos, decidí salir al paso de las declaraciones de Pascal Allende, asumiendo que al hacerlo discrepaba públicamente con la posición de la Dirección de mi partido. En mi conversación con los periodistas dije que mis opiniones las vertía a título personal, en mi calidad de exdiputado y exsenador de la república y de miembro del Círculo de Ex Parlamentarios de Chile, en medio de un clima de gran histeria anticomunista y con las limitaciones propias de la situación represiva. Manifesté que la línea propiciada por el dirigente del MIR de militarizar la política no ayudaba a las fuerzas democráticas, pues no reflejaba el pensamiento mayoritario del pueblo chileno, sino, al contrario, constituía una provocación. Declaré que el pueblo no está para seguir a grupos aventureros con fines mesiánicos.

Califiqué el momento político como de «extrema gravedad» y manifesté que era partidario de trabajar por una salida concensuada, tal como se expresó en la Asamblea de la Civilidad por todos los sectores políticos que abogaron por el término del clima de guerra. Aludiendo a mi situación procesal, señalé que no emitiría juicios sobre el atentado a Pinochet y el hallazgo de armas en el norte del país y que, más que declaraciones o condenas, hacía un llamado para que, en una actitud generosa, amplia y realista, profundizáramos los acuerdos para una salida política a la situación que vive el país.

Mis declaraciones tuvieron repercusión no solo en mi partido, a las que me referiré más adelante, sino en otros sectores. Las reacciones de personeros de la derecha que apoyaban al gobierno militar no se hicieron esperar. Herman Chadwick, dirigente de la UDI y alcalde de Providencia, entre otros comentarios expresó su «extrañeza» por mis declaraciones y dijo que «el señor Toro Herrera es comunista y solo se viste con ropaje democrático». Por su parte, Andrés Allamand, de la Unión Nacional, manifestó que «las declaraciones de Toro Herrera carecen de toda seriedad y su crítica al MIR también es una farsa». Agregó que «las declaraciones son una movida táctica que pretende revertir el creciente aislamiento del PC».

Otros personeros de la derecha fueron un poco más objetivos, como Patricio Phillips, del sector republicano del Partido Nacional, quien declaró que «la

verdad es que hay que conocer a las personas. El exsenador Toro siempre ha tenido una línea más ortodoxa en materia de postura política. Es un teórico comunista, en su concepto no cabe el esquema del brazo armado del PC y no es raro que, al interior de ese partido, las antiguas huestes, como es el caso de Toro, tengan una estrategia distinta a la que hoy sustenta la violencia, pero los comunistas son siempre los comunistas»

Por su parte, René Abeliuk, presidente de la Social Democracia, señaló que le parecían positivas mis declaraciones, pues «revelan que no en todo el marxismo-leninismo predomina el método de la violencia y es importante que el Partido Comunista se defina claramente para los efectos de su credibilidad y comprender que no se pueden jugar las dos estrategias al mismo tiempo».



En 1986, Alejandro Toro saluda a la gente que se manifiesta en la calle cuando Gendarmería lo sube a un carro celular, luego de haber sido declarado reo por infringir la Ley de Seguridad del Estado durante la dictadura de Pinochet.

1 Causa rol 9-86, a fojas 9.

2 Ibíd., a fojas 121.

3 Análisis, febrero 1986.

Undécima parte

El aislamiento del Partido Comunista (1987)

La difícil tarea de recomponer mi trabajo público

Recomponer mi trabajo de búsqueda de consensos con las fuerzas opositoras, después del atentado y del descubrimiento de arsenales en el norte, no era para mí tarea fácil. La dictadura había tomado la delantera y las acciones de movilización, que iban en ascenso, decayeron notablemente. La represión se agudizó a límites extremos, las detenciones selectivas alcanzaban a todo el espectro político opositor, incluyendo los medios de comunicación, y se realizaban reiterados allanamientos masivos en poblaciones indefensas, solo por nombrar algunos hechos.

Como personaje público, mi relación con la Dirección era siempre tangencial, principalmente a través de los compañeros del MDP. Hasta la fecha, todos los intentos que hubo para sostener algún encuentro directo con los miembros de la Dirección se habían visto frustrados. Varias veces estuve «citado» en una Iglesia, en un café o en una plaza hasta donde mi «contacto» nunca llegó. En una oportunidad participaría en un encuentro fuera de Santiago, sin embargo, cuando estaba subiéndome al bus, apareció un compañero que yo conocía para informarme que, por instrucción de la Dirección, no viajara.

En enero de 1987, el SIC (Servicio de Información Confidencial), que circulaba periódicamente en el ámbito opositor, daba cuenta de una conferencia de prensa clandestina que habría dado un dirigente a nombre de la Dirección del PC, cuyo contenido me pareció ambiguo y contradictorio. En el documento, la dirección evaluaba los golpes sufridos por su organización desde el fallido atentado contra el general Pinochet y reconocía que, en su seno, existía un debate sobre la efectividad de las formas armadas de lucha para derrotar al régimen militar.

También señalaba que se atravesaba por un momento difícil, que los golpes

asesados al Partido habían sido severos, que habían caído algunos comités regionales, que habían sido arrestados decenas de militantes y que la tortura había superado los niveles de 1973, lo que era efectivo.

Se reconocía, además, que el atentado contra Pinochet y, posteriormente, el descubrimiento de los arsenales en el norte habían contribuido a aislar políticamente al partido, pero también habría sido «por el éxito del Departamento de Estado norteamericano en persuadir a la oposición de centro-derecha a abandonar la concertación con las fuerzas de izquierda, y que ello ocurrió por el auge del movimiento de masas, luego del paro nacional del 2 y 3 de julio, que se encaminaba hacia una “sublevación popular”».

Efectivamente, las diversas visiones hacían que el proceso de concertación de los partidos de oposición para buscar los consensos fuera complejo. Para lograr ese objetivo habíamos trabajado arduamente, pero el proceso de aislamiento del Partido Comunista se profundizaba al tolerar acciones de tipo terrorista que no ayudaban a la movilización social, sino que la debilitaban.

Si bien el dirigente manifestaba que los comunistas «aspiraban a establecer en Chile una democracia avanzada que permitiera progresar al socialismo» (aspiración legítima que yo subscría plenamente), al referirse a que «si el próximo gobierno fuese de carácter democrático-burgués, estaríamos dispuestos a defenderlo» se mostraba debilidad, pues se excluía a priori a un sector de la sociedad como la burguesía nacional, representada principalmente por el empresariado y la derecha no pinochetista, sectores que progresivamente se iban inclinando por terminar con el estado de excepción y retornar a la democracia. Me acordé de las enseñanzas de Lenin respecto a la política de alianzas, cuando decía que «para conseguir nuestro objetivo necesitamos aliados, aunque estos sean transitorios, vacilantes o poco seguros, pero aliados al fin».

Consultado en relación a informaciones que daban cuenta de posiciones diferentes al interior del PC, el dirigente reconocía que «el exsenador Alejandro Toro y la exdiputada María Maluenda representan la postura crítica sobre la efectividad de las formas armadas de lucha», e indicaba que «en el PC existe debate interno respecto del tema».

Personalmente no participé en ese «debate interno», si es que lo hubo, lo que podría entenderse por las difíciles condiciones de seguridad en que se desarrollaba el trabajo partidario. Sin embargo, posteriormente supe que

numerosos dirigentes y militantes habían sido marginados, sancionados o expulsados por haber manifestado internamente sus discrepancias.

En mayo de 1987 la revista APSI (n.º 201) se refirió a las discrepancias al interior del Partido Comunista e informó de una declaración pública de su Comisión Política, fechada el 7 de mayo, en la que se hacía mención a las opiniones que había formulado la exdiputada María Maluenda al apoyar públicamente, en un foro en Concepción, la conformación de un comité por elecciones libres a fines del mes de abril, mostrándose partidaria de la inscripción ciudadana en los registros electorales, y recordando que la primera expresión pública de discrepancia se había producido en octubre del año pasado cuando yo había condenado las declaraciones de Pascal Allende.

A pesar de ser requerido insistentemente por los medios de comunicación para que entregara mi opinión sobre la situación nacional y me refiriera al tema de las discrepancias, me abstuve de hacerlo. Sentía que la Dirección había abandonado definitivamente las posiciones de principios que históricamente le habían dado seriedad y fortaleza a mi partido. Me encontraba aislado, el flujo de información que tenía de la dirección era escasa, parcial y contradictoria y, por qué no decirlo, muchas veces desconfiaba de las fuentes. La idea de la infiltración era un elemento que empezaba a dar vueltas en mi cabeza.

Concluí que primaba la postura ultraizquierdista y aventurera de la cúpula, que literalmente se había apoderado de la dirección del Partido, a mi parecer influídos más por las presiones de dirigentes cubanos y discípulos del aparato staliniano soviético, como Bresnev y Ponomariov, en vez de recoger y aplicar las ricas enseñanzas y herencia histórica de Luis Emilio Recabarren, Elías Lafferte, Carlos Contreras Labarca, Ricardo Fonseca, Galo González y Victor Díaz.

La represión y la inseguridad se extendían y afectaban a miles de militantes, jefes de hogar, mujeres y jóvenes que, estando o no de acuerdo con la línea estratégica del partido, continuaban disciplinadamente al servicio de la causa; entre ellos me encontraba yo, junto con mi familia.

Hasta mayo de 1987 no había sido sancionado por organismo alguno del partido y continuaba siendo el vocero del PC. Tampoco nadie me había removido de esa tarea, por lo que algunos medios de comunicación seguían insistiendo para que me pronunciara sobre la situación política actual y el tema de las discrepancias. Como dirigente público, con los riesgos que eso implicaba, pues continuaban las

medidas de excepción en contra de los partidos políticos y yo aún cumplía la condena que me había aplicado la Corte Suprema, decidí dar una entrevista a la revista APSI, con la esperanza de salvar vidas y reposicionar al partido en el escenario opositor.

En aquella instancia definí al Partido Comunista como un partido patriótico e internacionalista, nacido de las entrañas de la clase obrera chilena y depositario de la herencia de Luis Emilio Recabarren, especialmente de su mensaje de unidad, lucha y altos valores morales que hizo suyo el movimiento obrero y popular chileno.

A la pregunta del periodista sobre si el atentado a Pinochet y el descubrimiento de arsenales habrían ayudado a la lucha de masas, respondí que, después de haberse logrado un gran desarrollo de concertación, cuya expresión más alta había sido la Asamblea de la Civilidad y la «Demanda de Chile», no se podía desconocer que era notorio que se había producido una baja. Afirmé que la violencia la genera el régimen, que en mi partido también se han cometido errores, como en otros partidos revolucionarios, y que reconocerlo es signo de fortaleza. Dije que debíamos ponernos de acuerdo en una estrategia para todo lo que haya que hacer para derrotar a la dictadura y que mi partido estaba dispuesto a discutirlo todo, incluidas las formas de lucha.

Por razones de seguridad evité referirme al FPMR (Frente Patriótico Manuel Rodríguez), organización conformada principalmente por jóvenes, que había surgido del seno de mi partido, y de cuya conducción comencé a discrepar profundamente cuando ellos introdujeron el terrorismo en sus formas de lucha.

Respecto del revisionismo, dije que mi partido siempre lo ha combatido y puse como ejemplo la condena al reynosismo, desviación de ultraizquierda surgida durante la represión de González Videla. Al mismo tiempo, señalé que era importante no confundir los conceptos, pues descalificar por adherir a los principios de libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución Francesa, de la Iglesia o de la Masonería, por ejemplo, no es ser revisionista, sino ignorante; es pensar que las ideas nacieron en el río Mapocho.

Finalmente apoyé la iniciativa de promover las elecciones libres, en el marco del Acuerdo Nacional, con las reivindicaciones concretas de nuestro pueblo y con la «Demanda de Chile». ¿Cómo no apoyar esta iniciativa si nuestro pueblo ha estado luchando todos estos años contra una dictadura que las ha prohibido?.

Vacilación e ineficacia del PC

Recordemos que la Constitución antidemocrática de 1980 confirmó en el poder a Augusto Pinochet, nombrándolo «presidente de la república» por un período «presidencial» de ocho años. Concluido ese plazo, correspondía a los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y al director general de Carabineros proponer, por acuerdo unánime y sujeto a la ratificación de la ciudadanía en un plebiscito, la persona que ocuparía el cargo de presidente de la república por el período siguiente, de ocho años. La Constitución señalaba también que si la persona propuesta por los militares era rechazada por la ciudadanía, Pinochet continuaría de todas maneras gobernando el país por dos años más, lapso en el cual debía convocar a elecciones libres.

El primer mandato «constitucional» de Pinochet estaba por concluir y las fuerzas opositoras evaluaron que existía la posibilidad real de remover al dictador a través del mecanismo que señalaba la Constitución, por muy antidemocrático y lento que fuera. La estrategia era forzar la realización de elecciones libres a través del rechazo en el plebiscito de la persona que propusieran los militares, candidato que, como sabemos, fue Pinochet. El gobierno, convencido de que ganaría el plebiscito en forma holgada, convocó a la ciudadanía a inscribirse en los registros electorales. La oposición intensificó la campaña por elecciones libres y los partidos políticos, entre los que no se encontraba el PC, llamaron a inscribirse en los registros.

Muy por el contrario, la Dirección del PC, a través del FPMR y su aliado, el MIR, continuaban realizando acciones de violencia extrema, consiguiendo que la dictadura justificara su permanencia en el poder y acentuara la represión. Preocupado por el daño que esto causaba a la estrategia de terminar con el régimen militar sin derramamiento de sangre, y agotado mi «diálogo» con la Dirección en Chile, pensé en recurrir a mis contactos en el exterior, a objeto de advertir sobre la gravedad de la situación. Sin embargo, me encontraba impedido de salir del país.

En Cuba vivía Jacinto Nazal, un viejo amigo y camarada que había conocido en Concepción cuando yo era secretario regional del partido en esa ciudad. Más

tarde trabajé con él, cuando yo ocupaba ese mismo cargo en Valparaíso. Con Jacinto nos ligaba una gran amistad y la última vez que había compartido con él fue en México, durante el exilio. Como estaba ligado al trabajo partidario en Cuba, pensé que a través de él podía hacer llegar mi mensaje a los dirigentes en el exterior.

Por otro lado, mis dos hijos mayores se encontraban estudiando en Cuba junto con decenas de jóvenes chilenos y temía por su seguridad. Las noticias en Chile daban cuenta de jóvenes que provenían del exterior a incorporarse a acciones de violencia en contra de la dictadura, muchos de ellos en situación de clandestinidad. Varios habían sido ejecutados en operativos militares sin haber siquiera participado en acción alguna, lo que estaba demostrando que los grupos donde participaban estaban a todas luces infiltrados.

Olga, que compartía plenamente mi preocupación, hizo un esfuerzo extraordinario y viajó a Cuba en mi lugar. Como familia vivíamos una situación económica precaria y no fue fácil juntar los recursos para el viaje. Además, con muchas dificultades, buscamos que su salida y regreso se hicieran en condiciones de seguridad. Finalmente, Olga viajó a Cuba los primeros días de agosto de 1987, acompañada de Eliana, esposa de un amigo con el que compartíamos las mismas inquietudes.

Olga entregó los antecedentes a Jacinto y le advirtió que ya estaba siendo demasiado tarde. Además, le planteó que se entendiera que lo único que respondía al interés nacional y debía prevalecer en ese momento era la salida política y no armada. Ella le aseguró que, apoyando la opción de la salida política, seríamos protagonistas, participantes y conductores del proceso democratizador, lo que nos permitiría, como partido, ser parte del gobierno y elegir parlamentarios. Su planteamiento se sustentaba en una posición de principios y apelaba a los dirigentes del exterior para que no se dejaran influenciar por posiciones sectarias de la Dirección cubana ni de ningún otro partido hermano.

Olga se informó por Jacinto de las repercusiones de la visita reciente de la exdiputada comunista María Maluenda a Cuba, quien se había entrevistado con Fidel Castro, a título personal, con el objetivo de entregarle antecedentes de la situación política actual y pedirle que influyera en la Dirección del PC para que apoyara la campaña por elecciones libres en Chile y la inscripción en los registros electorales. Esta entrevista de María Maluenda con Fidel Castro era

conocida en Chile, por propias declaraciones de la exparlamentaria a los medios de comunicación. La Dirección del partido no había visto con buenos ojos este encuentro y le bajaba el perfil diciendo que Fidel solo la habría recibido en solidaridad por el asesinato de su hijo José Manuel y que el tema de las elecciones libres no era relevante para Castro.

A través de mis hijos, que se encontraban en Cuba, Olga hizo llegar a los jóvenes su mensaje de racionalidad y les explicó el daño que la obstinación y ceguedad política de la Dirección estaban causando al proceso unitario en Chile. En ese contexto, en Cuba, ella conoció del proceso de quiebre que afectaba a la cúpula del FPMR, hecho que nosotros desconocíamos. Un sector del Frente abogaba por permanecer bajo el alero partidario y acatar sus resoluciones y el otro, más radical e intransigente, se inclinaba por constituir una facción autónoma, marginada del alero del partido.

Esta última facción hacía suyos a cabalidad los principios de la revolución cubana, que por muy loables que fueran, no eran aplicables a la realidad chilena. Esta posición, si bien no justificable, era comprensible: sus líderes, desde adolescentes, se habían formado política y militarmente en Cuba, a cargo de maestros e instructores cubanos aferrados en su actuar a una incondicional lealtad. A mi juicio, la línea política ambigua de la Dirección del partido y su discurso ultraizquierdista y aventurero, como lo he reiterado, alimentaron el surgimiento de esta postura radical.

Después de un mes de permanecer en Cuba, Olga regresó a Santiago, cansada y desalentada, pero con su conciencia tranquila de haber contribuido generosamente, exponiendo su propia vida, para proteger otras, especialmente la de los jóvenes que eran conducidos por el camino que no conducía a la victoria.

El tiempo nos dio la razón. La conducción improcedente de la Dirección constituyó un desastre para el partido y un verdadero fraude para miles de comunistas, militantes y dirigentes, que trabajaron por la libertad y democracia de nuestro país. No haber aprovechado el minuto clave para dar un giro en la línea política y endilgar el rumbo, convirtió a mi partido en pelo de la cola del proceso.

Después de catorce años de la visita de Olga a Cuba, ya en democracia, conocimos a través de una investigación periodística lo que ocurría en Cuba en ese mismo período. Se trata de «La historia inédita de los años verde olivo», un

reportaje del diario La Tercera, en cuyo capítulo 8, «La trama detrás del quiebre», se entregan detalles de la entrevista de los dirigentes chilenos con Fidel Castro, incluidos sus protagonistas, y la postura del líder cubano respecto a Chile.

El reportaje se refiere también a la entrevista de la exdiputada María Maluenda con Fidel Castro, a la postura de este respecto de la división del FPMR, a la campaña por elecciones libres en Chile y cómo Castro habría influido en la Dirección del PC para que llamara a inscribirse en los registros electorales, hecho que nunca se concretó realmente.

Creo que lo que determinó la postura de Fidel fue su apoyo incondicional a los Acuerdos de Paz de Esquipulas, recientemente firmados en Guatemala por cinco presidentes centroamericanos, incluido Daniel Ortega, de Nicaragua, líder de la revolución sandinista a quien Castro le expresó su pública adhesión. Los acuerdos de Esquipulas, entre otras obligaciones, comprometían a los firmantes a iniciar un proceso democratizador en sus países, que incluía la convocatoria a elecciones libres.

Insistencia en la salida política y no militar: los acuerdos de Esquipulas

Mientras Olga estaba en Cuba, yo continué promoviendo la salida política en todos los espacios posibles. Fue así que tomé conocimiento por la prensa de los acuerdos de la Cumbre de Esquipulas, los cuales apoyé a través de un documento que envié a todos los medios de comunicación. La Dirección de mi partido restó importancia a esta cumbre centroamericana y, más aún, en un hecho insólito, manifestó su desacuerdo y molestia por mi adhesión pública, no sé si por ignorancia o animadversión, o ambas cosas a la vez, pues los alcances de los acuerdos revestían la mayor importancia en ese momento.

Efectivamente, el 7 de agosto de 1987 se llevó a cabo en la ciudad de Esquipulas, Guatemala, la llamada cumbre de Esquipulas II, en donde el presidente de Nicaragua, Daniel Ortega; de Costa Rica, Oscar Arias; de El Salvador, José Napoleón Duarte; de Guatemala, Vinicio Cerezo, y de Honduras, José Azcona, firmaron un conjunto de Acuerdos de Paz para Centroamérica a

espaldas del gobierno de Reagan, que financiaba a los contras en una guerra que desangraba a Nicaragua.

Los acuerdos de Esquipulas II tenían como objetivo que las fuerzas sociales que luchaban en Centroamérica, fueran estas regionales o extrarregionales, consiguieran por medios políticos lo que habían buscado alcanzar por medios militares. Para los alzados en armas y quienes los apoyaban, implicaba el abandono de la guerra como forma de lucha. Como contrapartida, los gobiernos firmantes se comprometían a ampliar sus espacios políticos internos para propiciar la gestión democrática.

Los presidentes centroamericanos determinaron que sus acciones por la paz y la democracia se ejecutarían dentro del marco constitucional de cada uno de sus países y se fijaron plazos para el cumplimiento simultáneo de los compromisos. También decidieron que cada gobierno debía crear una Comisión Nacional de Reconciliación para certificar el cumplimiento de los acuerdos en materia de amnistía, democratización, cese del fuego y convocatoria a elecciones libres. Finalmente, dieron la tarea a sus cancilleres para que constituyeran una Comisión Ejecutiva y nombraron una Comisión Internacional para que verificara y diera seguimiento a los acuerdos suscritos.

Los acuerdos de Esquipulas, plasmados en el documento «Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica», constituyan la legitimación y el reconocimiento centroamericano de la institucionalización de la revolución nicaragüense y, como dije anteriormente, fueron apoyados en forma inmediata por Fidel Castro en Cuba. El presidente Daniel Ortega jugó un papel relevante en las negociaciones. Su flexibilidad para facilitar los acuerdos era una estrategia política que lo fortalecía y que no significaba de ningún modo renunciar a los principios del sandinismo y su revolución, como algunos lo quisieron hacer aparecer.

La cumbre y los acuerdos alcanzados en ella obtuvieron apoyo mundial unánime, entre los que se destacó el de la Comunidad Económica Europea, la Unión Soviética, la ONU, la OEA y un importante sector de congresistas norteamericanos que, seguramente en su momento, habían condenado al gobierno de Reagan por financiar a los contras nicaragüenses durante la revolución sandinista y vender armas a Irán, cuando se encontraba en guerra con Irak, sin el consentimiento del Senado norteamericano.

Yo apoyé los acuerdos de Esquipulas sin titubear, pues de inmediato me di cuenta de que constituían una victoria para la paz y el entendimiento en la solución de conflictos. Además, contribuían a la distensión internacional y significaban una derrota contundente para la política agresiva de Reagan y su llamada «Doctrina de Seguridad Nacional». Sin embargo, debido a esta adhesión, como dije anteriormente, fui amonestado una vez más por la Dirección del PC.

Parlamento Mundial y condena a la dictadura de Pinochet

En septiembre de 1987 se realizó exitosamente en Santiago la II Asamblea Parlamentaria Internacional por la Democracia en Chile y, al igual que el año anterior, en mi condición de integrante del Círculo de Ex parlamentarios, me correspondió trabajar arduamente en su preparación y realización. En esta oportunidad asistieron más de cien parlamentarios de todo el mundo, quienes conocieron de cerca la realidad política, económica y social de nuestro país.

El gobierno calificó la presencia de nuestros visitantes de «intervencionismo extranjero en asuntos de exclusiva incumbencia del pueblo de Chile». Sin embargo, gracias al impulso creciente con que actuábamos las fuerzas opositoras, la dictadura ya no tenía la fuerza de antes para impedir que eventos de esta envergadura se llevaran a cabo.

Durante la reunión se analizó la situación actual y se presentaron testimonios de víctimas de violaciones a los derechos humanos, como el de la exdiputada María Maluenda, por el brutal asesinato de su hijo, el sociólogo José Manuel Parada. Los exparlamentarios chilenos, al igual que el año anterior, valoramos altamente dicho evento, en el cual se expresaba la solidaridad internacional con la lucha de nuestro pueblo por reconquistar la libertad y recomponer nuestra democracia. Esta valoración era compartida sin mucho entusiasmo por la cúpula del PC, que rechazaba cualquier entendimiento que promoviera la realización de elecciones libres y continuaba obcecada en privilegiar la estrategia militarista para poner término a la dictadura.

Sobre el anticomunismo: ¿también se instaló en la Dirección del PC?

Históricamente, para los partidos, organizaciones, grupos o personas que profesan una determinada doctrina que no sea concordante con los principios del comunismo de Marx, Engels y Lenin, el anticomunismo siempre fue una herramienta útil para atraer adherentes a su causa, sea esta gubernativa, religiosa, sindical, etc. Para lidiar con el anticomunismo es que el partido comunista chileno, como partido de la clase obrera, de los campesinos y de los más desposeídos, se preocupó de la educación política de sus militantes, adherentes y especialmente de sus cuadros dirigentes.

Creo que en el lenguaje político es distinto ser anti una doctrina a ser discrepante. Ser anti implica la intención de destruir esa doctrina, discrepar significa no compartirla, pero sí tolerarla sin la intención de destruirla. No es lo mismo discrepar del fascismo que ser antifascista; no es lo mismo discrepar del catolicismo que ser anticatólico; no es lo mismo discrepar de la Democracia Cristiana, que ser antidemocratacristiano; no es lo mismo discrepar con la doctrina Pinochet que ser antipinochetista.

Excluyendo al régimen de Pinochet y a los partidos de derecha más recalcitrantes, que llevan el anticomunismo en su ADN, no hay partidos políticos chilenos que en un momento determinado no hayan utilizado el anticomunismo con el objeto de traer aguas a su molino. Conocido es el anticomunismo de la Democracia Cristiana desde su fundación, aunque, si medimos el anticomunismo por el daño que este produjo en un determinado período reciente de nuestra historia, los que llevan la delantera son el Partido Radical, durante el gobierno de González Videla, y el Partido Socialista de Carlos Altamirano, durante el gobierno de Salvador Allende.

La política errónea de un partido o de un gobierno democrático siempre es factor propicio para que sus detractores obtengan ventajas, y esto es legítimo. Pero cuando esta política errónea implica pérdida de vidas humanas por violencia extrema, venga de donde venga, los detractores tienen la obligación y responsabilidad de detenerla, como fue el espíritu y la letra de Esquipulas, por poner un ejemplo recién mencionado.

El anticomunismo se expresa con hechos y palabras, y durante el proceso de

aglutinación de las fuerzas opositoras para derrotar a la dictadura no fue la excepción. Del anticomunismo de Pinochet y de los que lo apoyaban no tengo mucho que agregar, pues es tema conocido, sobre todo por los hechos de violencia brutal y criminal. Me referiré brevemente al anticomunismo de la Democracia Cristiana y del Partido Socialista para que el lector conozca mi postura de ese momento y las razones por qué pienso que ese anticomunismo —que desembocó en la exclusión del Partido Comunista de la Concertación— era un poco más complejo.

El argumento esgrimido por dirigentes del PC para responsabilizar al anticomunismo de la Democracia Cristiana por su exclusión del proceso de unidad era como decir, en jerga popular, que «la culpa no es del chancho, si no del que le da el afrecho». Si bien con la DC teníamos profundas diferencias en el plano ideológico y doctrinario, en el proceso de unidad para derrocar a Pinochet siempre avanzábamos sin mayores dificultades para llevar a cabo las tareas de movilización en el plano sindical y gremial, así como a nivel del trabajo de exparlamentarios. No obstante, no ocurría lo mismo en el plano de las relaciones políticas, pues la dirección del PC insistía en el tema de la confrontación armada y se mostraba débil para condenar las acciones terroristas del FPMR, legitimando el anticomunismo de su interlocutor.

Lo que nos preocupaba a todos en ese momento era cómo esforzarnos más para unir a las fuerzas democráticas en el propósito de terminar con las muertes, los allanamientos, los secuestros, las detenciones arbitrarias, el ajusticiamiento de opositores, los ataques a comisarías de barrio, etc., que desencadenaban la represión y afectaban a familias completas.

Posteriormente, ya en democracia, conocí el testimonio, revelador para mí, del exdiputado democristiano José Monares, quien participaba activamente en la directiva de la Democracia Cristiana en ese período. Él me relató que la dirección de su partido había sostenido conversaciones con la Dirección del PC para tratar el tema de la violencia y el terrorismo y del daño que ocasionaba a la unidad de la oposición su postura de avalarla. En aquellas instancias, la Dirección de mi Partido defendía su posición a ultranza.

Monares también me reveló que la DC dialogó con sectores vacilantes de la derecha que estarían disponibles para apoyar la iniciativa de presionar al gobierno para que cumpliera su propio cronograma e incluso pronunciarse en contra de Pinochet en el plebiscito y así forzar la realización de elecciones libres.

Sin embargo, estos sectores de la derecha se retractaban inmediatamente de todo con la sola mención de que los comunistas pudieran estar en una alianza con ellos para ese objetivo o cualquier otro.

Ahora bien, lo más grave es la información que me entregó Monares cuando me relató que, en una conversación que él mismo sostuvo con el socialista Carlos Altamirano en Francia, este le solicitó, en forma reiterativa, que trasmitiera a la Dirección de su partido que, por ningún motivo y bajo ninguna circunstancia, la DC aceptara incluir a los comunistas en un futuro gobierno. La petición de Carlos Altamirano no me extrañó, pues él, como secretario general del Partido Socialista, fue uno de los principales responsables de no haber evitado los errores de su partido al interior del gobierno del presidente Allende, lo que facilitó los argumentos de la oposición y del Departamento de Estado Norteamericano para promover el golpe militar de 1973. Altamirano, con su aventurerismo, no solo contribuyó a destruir el anhelo y esperanza del pueblo que había elegido a Allende democráticamente en las urnas, sino que, con su anticomunismo, destruyó el proyecto de mi partido de iniciar con Allende la construcción del socialismo en Chile, con la fuerza de su pueblo y no de las armas.

Con todo, los dados estaban echados y el desenlace se produjo en una declaración lapidaria el 1 de septiembre de 1987. El Mercurio publicó la noticia que daba cuenta «del voto que establece la obligatoriedad de los militantes democristianos de respetar el acuerdo de su Junta Nacional —que rechaza las alianzas políticas o pacto electoral de significación política con partidos o grupos que emplean o patrocinan la violencia o cuyos objetivos y métodos sean incompatibles con la democracia—». Por lo tanto, de acuerdo a dicha resolución, los militantes democristianos no podrían pactar en las organizaciones sociales con el PC, el MIR y con los «sostenedores del régimen».

Si de diálogos para obtener acuerdos se trata, no puedo dejar de mencionar uno muy particular, que se había llevado a cabo entre dos representantes de la dirección de mi partido y dos generales del régimen de Pinochet. No sé exactamente la fecha, pero sí recuerdo que ocurrió durante el primer semestre de 1987. Se trató de una reunión reservada para intercambio de opiniones. En representación de la Dirección del PC participaron los dirigentes políticos Luis Barría y José Sanfuentes, y por parte de los organismos de seguridad de Pinochet, los generales Santiago Sinclair y Humberto Gordon, responsables de los más abominables crímenes, según consta en los procesos que se llevaron

posteriormente en su contra.

La reunión, que había sido «gestionada» por el «analista de inteligencia» Lenin Guardia, se llevó a cabo en un departamento del centro de Santiago donde el propio Guardia actuó como anfitrión. Curiosamente, él mismo se encargó luego de comentar el encuentro entre su círculo de amistades, aduciendo no conocer el contenido de la reunión, pues mientras esta se efectuaba él había permanecido en una pieza aparte. De todos modos, cuando los contertulios se despidieron en su presencia, el general Gordon dijo: «Ve, señor Sanfuentes, como hasta los enemigos podemos ponernos de acuerdo».

No pasó mucho tiempo para que el encuentro del PC con la CNI fuera vox populi y se filtrara a la prensa. Consultado sobre la veracidad de la reunión y su contenido, Sanfuentes la confirmó, pero manifestó que en realidad habían sido «sorprendidos», porque no estaba considerada la participación de Gordon en ese encuentro.

Comprendo que en el desarrollo de los conflictos armados exista el diálogo, directo o indirecto, entre los contendores, lo que es digno de ser valorado si el diálogo apunta a terminar con la pérdida de vidas humanas. Sin embargo, del diálogo entre los mandamases del aparato represivo de Pinochet y los dirigentes de mi partido nunca se supo nada, todo quedó en una nebulosa y hasta hoy no sabemos de su objetivo, su contenido ni sus conclusiones.

Así las cosas, mi conflicto interno con la Dirección del PC llegó a límites insostenibles. La descalificación e intimidación se hicieron pan de todos los días, pues se me daba a entender que yo estaría promoviendo la conformación de un movimiento para dividir al partido, acusación que no correspondía a la realidad. Mi única pretensión era influir para que la cúpula partidaria endilgara el rumbo y guiara sus acciones en razón de la realidad chilena, de las enseñanzas del movimiento obrero internacional y de los principios del marxismo-leninismo, doctrina que yo había abrazado con pasión y entrega como militante y dirigente desde muy joven.

La Comisión Política, que integraban Gladys Marín, Manuel Cantero, Juan Andrés Lagos y Lautaro Carmona, entre otros, había perdido el norte, estaba desfasada de la realidad y así se lo hacía saber cuando conseguía conversar con algunos de sus integrantes. Llegué a pensar que el anticomunismo se habría instalado también en la Dirección de mi partido y que mis esfuerzos por evitarlo

no rendían fruto. En una de las últimas conversaciones que tuve con un par de dirigentes se me acusó, al más puro estilo staliniano, de liderar un grupo fraccional junto al exdiputado Luis Guastavino y otras personas, y no se les ocurrió nada más estúpido que pedirme que emitiera una declaración pública desmintiéndolo. Frente a esta acusación concluí que, efectivamente, podríamos hablar de una fracción al interior del PC: una ultraizquierdista y aventurera, anclada en la cúpula de la Comisión Política, responsable de la dispersión, reducción y aislamiento del partido cuando nuestro pueblo más lo necesitaba.

Fue así que, atendiendo a la petición y con mi paciencia agotada, les entregué la siguiente declaración:

Ante la notoria agudización del clima de histeria anticomunista y antisoviético que auspician Reagan, la CIA y el actual régimen en su afán de perpetuarse en el poder, se pretende a río revuelto, atomizar, liquidar y dividir al partido de Recabarren, Lafferte y Neruda, para lo cual se recurre a todo tipo de sucias maniobras, desde la infamia y calumnia a la mentira y provocación más burda; desde la suposición de intenciones a la invención de afanes fraccionales o de tendencias, que en mi caso, algunos irresponsables y aventureros, que con su actitud le hacen el juego a la dictadura, pretenden atribuirme. No me prestaré al juego de los que levantan la bandera pirata del anticomunismo y utilizan sus peones con intenciones liquidacionistas.

El PC de Chile siempre se ha guiado por principios que interpretan los intereses de la clase obrera y de todo el pueblo chileno, que considera y valora las opiniones de todas las personas e instituciones democráticas del país, que se esfuerza en la unidad y movilización de todos los que luchan por la libertad, el pan, la justicia y la democracia.

Un partido que se inspira y guía por tan nobles propósitos, jamás será dividido.

Nunca supe realmente cuál fue el efecto que causó mi declaración, pues nunca

fue publicada.

Informe al Pleno de octubre: alucinación política, ambigüedad, demagogia, incoherencia y una cuota de arrogancia

En octubre de 1987, la Comisión Política de mi Partido emitió un extenso informe para convocar a un Pleno del Comité Central, documento que llevaba como consigna central: «Con la política de la Rebelión Popular de Masas profundizamos la movilización, la combatividad y la unidad del pueblo para derrotar los planes de perpetuación del fascismo».

En una actitud demagógica, los ideólogos de la Comisión Política valoraban el movimiento de masas que se manifestaba a través de proclamas, huelgas y protestas; sin embargo, con palabrería contradictoria, pretendían encubrir su radical postura que contemplaba la lucha armada como la única estrategia posible para poner término a la dictadura. Su doble estándar, que a estas alturas ya no convencía a nadie, terminó por aislarlos. Y su ambigüedad solo conseguía aglutinar a la mayoría de las fuerzas opositoras que consolidaban una estrategia común de movilización de masas sin el uso de la violencia extrema y el terrorismo.

Sacar de contexto frases para descalificar un documento en su totalidad, no es adecuado, porque tiende a distorsionar el contenido global de este. Es por eso que, más que frases, me permito comentar solo algunas ideas de la Convocatoria que me llevaron a valorar su contenido como alucinación política, ambigüedad, demagogia, incoherencia y una cuota de arrogancia.

¿No era alucinación política insistir en ese momento en la «rebelión popular de masas», llamando al «enfrentamiento resuelto», o pedirle a las masas «levantarse a través de las formas más efectivas de resistencia, que creen un estado de ingobernabilidad mediante la sublevación nacional o levantamiento del pueblo, ojalá sin tardanza»?

¿No crea incertidumbre decir que «hay que prepararse para cualquier situación que se presente», o cuando se vaticina que «necesariamente habrá que pasar por

sobre la Constitución de 1980 para dar forma a algún tipo de régimen democrático»?

Sobre la campaña por elecciones libres, ¿no es demagogia pedirle al Comité Central que reexamine la posición de restarse y «pronunciarse a favor de la inscripción electoral en los registros electorales», cuando anteriormente se ha dado todo tipo de argumentos para decir que inscribirse y participar en las elecciones «no sirve para nada, a menos que sea un elemento más dentro de la política de rebelión popular de masas, que es lo que hay que profundizar»?

¿No es una estupidez plantear que «la diferencia principal en la oposición no está dada entre los que se inscriben o no, sino en la actitud de lucha que se adopte frente al fascismo», representado por Pinochet, que pensaba que el plebiscito era para él pan comido y lo menos que le interesaba era que la oposición se inscribiera? La diferencia principal estaba en que la mayoría de los partidos de oposición sí tenían confianza en que le ganaban a Pinochet al inscribirse y forzar las elecciones libres y que serían capaces, sin recurrir a la violencia, de defender su triunfo.

¿No es una falsedad y una falta de respeto que el informe planteara que «la oposición promueve la campaña por elecciones libres para sustituir la movilización social y que ella está concebida para llevarse a cabo al margen de la lucha por las demandas populares y nacionales»? Claro que era una falsedad y una falta de respeto, pues los partidos de oposición nunca plantearon la desmovilización de las masas; por el contrario, los partidos y movimientos de oposición, especialmente los que encabezaban la campaña por elecciones libres, habían pronunciado que era indispensable, para garantizar su éxito, que la campaña se desarrollara elevando la lucha por las demandas populares y nacionales, y eso lo sabía perfectamente la Dirección del PC.

¿No es un tanto arrogante decir que son ellos «los llamados a alertar al pueblo de no cifrar expectativas del todo infundadas en un plebiscito amañado, abandonando el camino de lucha»? ¿O decir que «estamos convencidos que, si todos los partidos opositores hubieran rechazado la inscripción electoral, le habríamos propinado una derrota a la dictadura»?

¿No es pensar que el destinatario del documento es bobo o carece de sentido común cuando le advierte que «el simple hecho de inscribirse no resuelve ningún problema por sí mismo, lo único que puede transformar el cuadro es la lucha»?

En fin, el viraje, que habría sido la tabla de salvación para mi partido y posibilidad cierta para evitar más represión y pérdida de vidas humanas, no se vislumbró por ninguna parte en este informe. Por el contrario, a estas alturas ni siquiera se podía pensar que había deterioro político en sus planteamientos; lo que quedaba más bien de manifiesto era que la fracción ultraizquierdista, enquistada en la Dirección y probablemente infiltrada, había hecho bien su trabajo sucio.

Actuar con debilidad, hacer la vista gorda y seguir el camino equivocado, para mí, habría sido fácil y menos desgastador en esa etapa. Sin embargo, me felicito por no haber seguido la corriente y continuar actuando con firmeza sobre la base de los principios que abracé desde joven, principios de honestidad, de lucha por la justicia social, de respeto por la opinión y los derechos de los trabajadores y los más desposeídos, de salvaguarda de la paz, la democracia y el socialismo, desterrando todo atisbo de oportunismo, ultraizquierdismo y aventura política.

Duodécima parte

Avanzando hacia la salida política (1988)

Movilización de masas e inscripción en los registros electorales para ganar el plebiscito

La tarea principal en este año 1988 era continuar apoyando las movilizaciones de masas y promover, en su seno, la inscripción en los registros electorales. Si millones de personas se inscribían, menor era la probabilidad de que el gobierno desconociera, postergara o simplemente no cumpliera su propio cronograma, facilitando de esa forma que Pinochet se perpetuara en el poder.

La dirección del PC inició el año sin cambiar ni un ápice su política de «rebelión popular de masas», y en relación al plebiscito llamaba «a crear las condiciones para que, cualquiera sea su resultado, pueda ser detonante de un levantamiento popular que conduzca al derribamiento de la tiranía» (declaración de febrero de 1988).

El exsenador Luis Corvalán, quien ocupara el cargo de secretario general del Partido Comunista hasta septiembre de 1973, en una declaración en abril de 1988 reafirmó la línea política ambigua del partido y emitió algunos juicios respecto de la política de alianzas:

La Democracia Cristiana ha venido trabajando pública y privadamente por una salida moderada, conciliadora y con el amén del Departamento de Estado y expresa su preocupación por la concertación de la Izquierda Unida con la oposición de centro, la que han asumido sin haberse agotado ni mucho menos la discusión en el seno de la coalición [de izquierda] que formamos en común.

Es curiosa la «preocupación» de Corvalán a esas alturas. Yo había participado en numerosas conversaciones y mantenía contacto permanente con los dirigentes de los Partidos que conformaban la Izquierda Unida, desde que llegué del exilio hasta esa fecha, por lo que puedo afirmar con autoridad que absolutamente todos los partidos, incluidos los de la Izquierda Unida, desde hacía rato habían aislado a la dirección del PC y al MIR por no demostrar intención alguna de excluir la violencia extrema como formas de lucha para terminar con la dictadura.

Es más, desde hacía rato también que los partidos de la Izquierda Unida se habían subido al carro de la salida política y estaban trabajando en el seno de las organizaciones sociales, sindicales y de masas en la inscripción en los registros electorales para desplazar a Pinochet en el plebiscito que se aproximaba.

Algo sobre el terrorismo

Si nos remontamos un poco en la historia moderna, podemos decir que el terrorismo apareció por primera vez en Francia durante la Revolución Francesa (1789-1799), cuando el gobierno jacobino, que encabezaba Robespierre, encarcelaba y ejecutaba a sus opositores sin respetar las garantías del debido proceso. Así surge el concepto de terrorismo de Estado, el mismo aplicado por Hitler para desarticular los movimientos de resistencia de los países ocupados, y por los dictadores latinoamericanos de las décadas del 70 y 80, incluida la dictadura de Pinochet y sus organismos de seguridad (la DINA y la CNI). Por su parte, el terrorismo de grupos ciudadanos, como arma política para combatir al gobierno dictatorial, apareció en Rusia en la segunda mitad del siglo XIX con el surgimiento de grupos opositores al régimen zarista que practicaba esta modalidad como estrategia de lucha. El objetivo del terrorismo de Estado y de los grupos ciudadanos que lo practican es similar: producir terror, incertidumbre, pánico, amenaza, intimidación y consternación en la cúpula o en las huestes (tropa, seguidores) del bando contrario y sus adherentes.

Es frecuente que los grupos terroristas se atribuyan un rol de liderazgo superior en los procesos de oposición a los regímenes autoritarios, algo así como cubrirse de un aureola que habrían heredado del mítico «Che» Guevara. Ahora bien, los conflictos sociales son mucho más complejos para pensar que un grupo de

iluminados encapuchados con pistola puedan liderar y resolver el problema.

Los movimientos revolucionarios armados se dan en un contexto de guerra y cuentan con el apoyo de la mayoría de la población oprimida, que hace suyos los principios liberadores que los guían. Los grupos terroristas ciudadanos, en cambio, se caracterizan por actuar aislados, guiados por concepciones propias desfasadas de la realidad objetiva (en tiempo de guerra o en tiempo de paz), y sus acciones extremas son rechazadas por la mayoría de la población. La persistencia en el tiempo de estos grupos terroristas es ceguera política.

Marx y Engels ridiculizaron a los viejos conspiradores denominándoles «alquimistas de la revolución», y para el destacado estudioso de estos temas, el profesor soviético Boris Leibzon, ningún acto terrorista nunca y en ninguna parte pudo hacer tambalear, y menos aún derrocar, a régimen alguno.

En medio de las múltiples tareas que nos imponía la campaña por elecciones libres para derrocar a Pinochet, también era necesario seguir combatiendo y desenmascarando el terrorismo de Estado que continuaba aplicando la dictadura y, de paso, repudiar las acciones aisladas de los grupos armados opositores que continuaban realizando actos terroristas. Estos grupos no solo ponían en peligro la seguridad y la vida de muchas personas, sino que retroalimentaban el terrorismo de Estado y perturbaban el proceso de unidad de los más amplios sectores de la ciudadanía que trabajábamos por la salida política.

Fue así que denuncié mi total desacuerdo con esas acciones en todas las instancias que pude, incluido mi partido, y envié artículos, columnas y comentarios a los diversos medios de comunicación, incluido el diario *El Siglo*, que circulaba clandestinamente. En todos estos textos incluí ácidas preguntas como: ¿Incendiar una micro, asesinar a un carabinero o a un civil, raptar, robar con heridos y muertes de inocentes, responde a una concepción idealista de iluminados y rebeldes o de contrarrevolucionarios enganchados por aparatos de seguridad y represión? ¿Quién gana con estas acciones, el pueblo, la clase obrera, las masas o la dictadura, la represión y el fascismo? ¿La ética marxista acepta o permite la delincuencia criminal de los provocadores encapuchados que actuaron en el acto del primero de mayo o se trata de gente pagada por el régimen? Los que se consideran de oposición y revolucionarios y no están en la campaña del NO, que une y moviliza a la gran mayoría de los chilenos, ¿hacen lo que hacen solo porque son dirigidos por aventureros partidarios del comunismo cuartelero o responden a los organismos de seguridad del régimen?

En fin, desenmascarar a los afiebrados, entorpecedores del proceso por reconquistar la democracia, y terminar con el derramamiento de sangre originado por el terrorismo de Estado y por los grupos armados violentos avalados por la Dirección de mi partido, era preocupación de la mayoría de la oposición, y a ella nos sumábamos decididamente muchos comunistas.

¿Cuántas muertes y familias destrozadas por las pérdidas se habrían evitado si los cabezas calientes de la Dirección del PC, guarecidos en la clandestinidad, no hubieran enviado a tantos muchachos imbuidos de un idealismo propio de la juventud a llevar a cabo acciones terroristas? ¿Quién es el responsable principal, el actor intelectual o el ejecutor?

Por otro lado, también pregunté ¿por qué algunos que posan de revolucionarios no quieren que se hable de la perestroika, aduciendo que es un asunto interno de la URSS? ¿Acaso se les olvidó el internacionalismo y la crítica?

La perestroika

La perestroika era tema de discusión en esta etapa, especialmente para el mundo de la izquierda, por los significativos cambios que se habían estado produciendo en el campo socialista, en particular en la Unión Soviética, cambios que de alguna manera se relacionaban con el tema de la salida política para terminar con la dictadura en Chile.

Mijaíl Gorbachov asumió la conducción de la URSS en 1985, cuando ese país se encontraba en una grave crisis económica. A él le correspondería aplicar los planes que los organismos del Partido Comunista gobernante habían venido elaborando para impulsar el desarrollo y terminar con la corrupción y el atraso. Las necesidades apremiantes del socialismo soviético eran elevar la participación ciudadana en la economía, aumentar la productividad, terminar con la degradación de la agricultura, enfrentar el problema del alcoholismo y ausentismo laboral, modernizar el atrasado y obsoleto sistema bancario, terminar con la burocracia y sanear la ineficacia y la corrupción, entre muchos otros desafíos.

El objetivo era democratizar la vida política, diversificar la economía, promover la inversión extranjera, terminar con la gestión excesivamente centralizada y darle mayor autonomía a las regiones como forma de elevar el nivel de vida de sus habitantes. Se planteaba un plan para aumentar la producción, modernizando la gestión de las industrias que habían sido descuidadas y dándoles a estas mayores facultades en la toma de decisiones.

Mijaíl Gorbachov comenzó a implementar el plan de reformas, que se conocía como perestroika (reestructuración), con dificultades. El proceso avanzaba positivamente en algunos aspectos, pero en otros se desvirtuaba por la falta de visión o capacidad de los dirigentes que frenaban o tomaban decisiones inadecuadas, contrarias al espíritu de la reestructuración.

En política exterior, Gorbachov promovía la negociación para reducir el armamentismo y terminar con las intervenciones militares e inició conversaciones con todos los principales líderes mundiales, incluido los Estados Unidos, como forma de contribuir a la distensión e insertar a la Unión Soviética en el plano internacional.

La política de la perestroika trabajó fuertemente el tema de la defensa de los derechos humanos y las libertades individuales, promovió la libertad de expresión y el derecho a disentir, y a través del principio de la glásnot (transparencia), impulsó la apertura hacia los medios de comunicación.

Como se trataba de un proceso democratizador de la sociedad soviética, era resistido por los grupos más radicales, dentro y fuera del país. La ayuda económica y militar del Estado soviético a los países socialistas del Tercer Mundo fue reduciéndose hasta eliminarse por completo, lo que a todas luces era comprensible. Desde la posguerra y por muchos años, los soviéticos literalmente se habían sacado el pan de la boca para apoyar los procesos revolucionarios, así como a los partidos comunistas y obreros de todo el mundo, incluido el Partido Comunista chileno.

Los dirigentes del PC chileno, entre los que me incluyo, siempre fuimos recibidos por el partido y gobierno soviéticos con generosidad para permitirnos estudiar, recibir atención de salud e, incluso, vacacionar. Cientos de jóvenes comunistas chilenos habían sido beneficiados con becas de estudio en las universidades soviéticas y decenas de familias fueron acogidas en situación de exilio después del golpe militar, solo por nombrar algunos hitos.

Yo seguía con atención lo que ocurría en la Unión Soviética; me parecía necesario. Sin embargo, mi partido, si bien históricamente internacionalista, seguidor, admirador y amigo de la Unión Soviética, eludía referirse al tema, diciendo que era un asunto interno de la URSS. Es más, en una actitud estrecha y aparentemente inexplicable, los dirigentes del PC chileno evitaban atender a un acontecimiento relevante para la vida futura de ese país socialista: los soviéticos se preparaban para las primeras elecciones democráticas, que se realizarían en junio de 1988. Si bien este proceso podía tener muchas imperfecciones, se trataba de las primeras elecciones libres que incluirían, en todo el país y en todos los niveles, candidatos que representaban a sectores de opinión distintos del Partido Comunista.

Pleno de junio: vaticinios y sentencias oportunistas

En junio de 1988 circuló un documento interno del PC con las conclusiones de un Pleno que se habría realizado recientemente. El texto ratificaba la línea confrontacional, pero lo más penoso era que se subía al carro del plebiscito en una concepción oportunista de principios, sin haber llamado nunca, como dirección, a inscribirse en los registros electorales.

Si gana el SI, queda claro el Fraude, no puede ganar el SI. Si gana el NO, se exige de inmediato el fin de la dictadura. En uno u otro caso es inminente que la contradicción democracia-dictadura se va a resolver vía confrontación. Que el partido llame a votar NO es lo que más ayuda a trabajar esta política en las masas hacia la política de la confrontación.

El Comité Central ha acordado la decisión de votar NO en el plebiscito en el entendido de que esta decisión es la posición que ayuda a agudizar más la contradicción principal. Tenemos que considerar que si no votamos NO puede servir de pretexto para que gane el SI y sea aceptado por todos los sectores. Y si gana el NO sin nosotros, se descarga un anticomunismo tal, que terminaría

enterrándonos.

En el documento no solo hay oportunismo político, sino también una cuota de irresponsabilidad, pues se llamaba a actuar al contingente militar para darle carácter rupturista al NO con el objeto de incorporar la violencia extrema en las movilizaciones que se aproximaban. Qué duda cabe, estas acciones le venían como anillo al dedo a la dictadura, que solo quería perpetuarse en el poder:

Nos proponemos un intenso despliegue de masas y militar, ahí el pueblo debe ganar las calles y tomar la ofensiva en todos los frentes, combinando la lucha legal e ilegal. En este sentido hemos dispuesto la movilización del 11 de julio, miles en el centro contra la pobreza, seguir impulsando la denuncia del fraude, ahí deben estar los que votarán NO. Darle realmente el carácter rupturista al NO.

Nuestra decisión es preparar al pueblo para todas las alternativas, incluso el autogolpe, ello hará que el pueblo desarrolle una posición de mayor enfrentamiento en esta contienda.

Como se puede apreciar en estos párrafos, el pleno de junio de 1988 profetizaba los escenarios en que se llevaría a cabo el plebiscito y, cual ordenanza cuartelera, sentenciaba sobre la conducta de las masas. Yo, al igual que muchos compañeros, ya estábamos fastidiados de advertir lo equivocado de sus planteamientos; lo habíamos hecho en forma verbal y por escrito, pública e internamente, pero no hubo caso: las posiciones ultraizquierdistas y oportunistas se mantuvieron hasta el final.

El 5 de octubre de 1988: triunfo de las fuerzas opositoras

En agosto de 1988, Pinochet es designado por los comandantes en jefe de las FF.AA. y el director general de Carabineros como candidato único para representar al Gobierno Militar en la consulta ciudadana que se realizaría el día 5 de octubre de ese mismo año.

Por mi parte, continué trabajando con dedicación y entusiasmo junto con las fuerzas democráticas para propinarle a Pinochet una gran derrota en el plebiscito. Convoqué a participar y celebrar el triunfo con disciplina, unidad y organización e insté a rechazar cualquier tipo de provocación, viniera de donde viniera. También llamé a tomar en cuenta las determinaciones de las voces autorizadas de las fuerzas opositoras, agrupadas en el comando del NO.

El plazo para inscribirse en los registros electorales concluyó con siete millones de inscritos, lo que correspondía al 92% del universo electoral.

Aunque con limitaciones, se abrieron espacios para la propaganda electoral en radio y televisión. El comando del NO llamó a participar en el acto eleccionario sin violencia y montó un artesanal pero efectivo operativo para llevar el conteo de los votos y denunciar el fraude, de ser necesario. Como es sabido, el rechazo al dictador en el plebiscito de 1988 fue rotundo, con un 56% para la opción NO y un 44% para la opción SI. A pesar de que hubo amenazas del dictador y su cúpula más cercana de desconocer el resultado de la consulta, se impuso la voluntad mayoritaria del pueblo chileno gracias al inteligente manejo político de los dirigentes de la oposición democrática y del comportamiento ejemplar de la ciudadanía, que rechazó todo tipo de provocaciones.

El 5 de octubre se inició la cuenta regresiva para el fin del oprobioso gobierno militar. El triunfo del NO dio origen a la Concertación de Partidos por la Democracia, conglomerado que integraron inicialmente dieciséis colectividades representativas de la casi totalidad de la oposición. A estas alturas, ya ni vale la pena recordar las declaraciones posteriores al plebiscito por parte de los dirigentes de mi Partido: irremediablemente estaban aislados y excluidos del proceso.

Decimotercera parte

Construyendo la nueva democracia (1989)

Eligiendo al nuevo presidente de Chile y al nuevo Parlamento

Sin lugar a dudas, el acontecimiento político más importante después del plebiscito de octubre de 1988 fue la elección de don Patricio Aylwin Azócar como presidente de la república, en diciembre de 1989. También en esta fecha se eligieron a los senadores y diputados que conformarían el nuevo Parlamento.

El principal desafío de las nuevas autoridades era la reconstrucción democrática del país en un clima de gobernabilidad. Al gobierno democrático, que asumiría en marzo del año siguiente, le correspondería enfrentar en forma prioritaria el tema de los derechos humanos, de las reformas constitucionales y de las nuevas políticas sociales.

El proceso de designación del candidato único de la Concertación de Partidos por la Democracia para enfrentar las elecciones de diciembre de 1989 fue un ejercicio democrático ejemplar. Cada uno de los precandidatos —Eduardo Frei Ruiz Tagle y Gabriel Valdés, de la Democracia Cristiana; Ricardo Lagos, del Partido Socialista y Partido Por la Democracia, y Enrique Silva Cimma, del Partido Radical Socialdemócrata— declinaron sus postulaciones en favor de Patricio Aylwin, quien había jugado un papel preponderante en la campaña por el NO. Así, el 16 de julio de 1989, Aylwin fue proclamado como candidato único de la Concertación de Partidos por la Democracia.

A pesar de la maquinaria desplegada por el gobierno militar y los partidos y movimientos de derecha que lo apoyaban, como la UDI y Renovación Nacional, Patricio Aylwin obtuvo el 55% de las preferencias. El candidato del gobierno, Hernán Büchi, solo alcanzó un 29,4% de aprobación del electorado y el candidato independiente de derecha no alineado con el gobierno, Francisco Javier Errázuriz, el 15,4% de los votos.

Respecto a la campaña parlamentaria de 1989, con entusiasmo apoyé, en la medida de mis escasas posibilidades, a los candidatos a diputados y senadores en diversas regiones, especialmente en Talca, de cuya representación como senador yo había sido exonerado por la dictadura cuando cerró el Congreso en 1973.

Creo que por justicia y respeto a la ciudadanía que me eligió en marzo de 1973, yo debería haber sido uno de los candidatos a senador por esa circunscripción. Sin embargo, yo prácticamente había sido separado de las filas de mi partido y tampoco tenía intención alguna de golpear puertas en ninguna otra tienda política, menos con ese objetivo. De todas formas me sentía militante de la Concertación, sin adscribir en particular a ninguno de los partidos que la conformaban.

A menudo recibía mensajes de adhesión y cariño de la gente de Talca, Curicó, Linares y Maule, que me instaban a que volviera al ruedo político y me pedían que presentara mi candidatura para senador o diputado. ¿Cómo no me habría gustado volver a trabajar en esa región, una de las más postergadas del país, donde nacieron mis dos hijos menores y de la que guardo gratos recuerdos? Sin embargo, no tenía ninguna posibilidad de postular y debía seguir lidiando con la cesantía, pues por muchos esfuerzos que había realizado, no conseguía obtener mi jubilación de parlamentario a la que tenía derecho. Por otro lado, la disputa por los cupos entre los distintos partidos de la oposición no se hizo esperar, incluido el PC, que se había sumado a última hora a un partido instrumental conformado por la Izquierda Cristiana, el MAPU, más una fracción socialista, denominado Partido Amplio de Izquierda Socialista (PAIS), para llevar candidatos al Parlamento.

El Partido PAIS concertó una alianza con la fracción Socialdemócrata del Partido Radical a objeto de llevar candidatos a diputados en algunos distritos. Esa alianza, que se denominó «Unidad para la Democracia», llevó numerosos candidatos en varios distritos. Sin embargo, el mayor número de parlamentarios a nivel nacional fue elegido por la Concertación de Partidos por la Democracia.

Otro elemento que había que tomar en cuenta es que el gobierno de Pinochet no solo había modificado el panorama territorial e impuesto el sistema binominal para elegir parlamentarios, sino que había reducido el número de senadores a elegir, de 50 a 38, y el de diputados, de 150 a 120, pensando seguramente que con esa modificación minimizaría el rol del Parlamento en una nueva democracia.

Fue así que apoyé las candidaturas de todos los postulantes de la oposición en la VII región, que básicamente eran los de la Concertación, pues el bloque Unidad para la Democracia no llevó candidatos. En especial apoyé las candidaturas a senador de Jaime Gazmuri, que postulaba por el Partido por la Democracia (PPD) en la VII región norte, y José Tomás Sáenz, del Partido Humanista, por la VII región sur. También apoyé las candidaturas a diputados de Germán Molina, del PPD, en Curicó, y las de los socialistas Sergio Aguiló, en Talca, y Jaime Naranjo, en Linares.

No tuve la oportunidad de viajar a la zona para participar activamente en la campaña, como había sido mi deseo, y solo pude emitir un par de declaraciones públicas de adhesión. ¿Cómo no me habría gustado volver a compartir con la gente de Molina, Sagrada Familia, Constitución, Curepto, Pelarco, Río Claro, San Clemente, San Rafael, San Javier, Villa Alegre, Cauquenes, Parral, por nombrar algunas comunas de las que guardo gratos recuerdos?

En cada uno de esos lugares viví, junto con mis camaradas del Comité Regional y de los Comités Locales de mi partido, intensas jornadas de trabajo, escuchando y analizando los problemas de la gente y tratando de buscar las soluciones, antes y durante el gobierno del presidente Allende. En mi zona, como en el resto del país, habían pasado dieciséis años con autoridades designadas por el gobierno autoritario de Pinochet, que hacían y deshacían a su antojo, sin representantes de los ciudadanos que los fiscalizaran.

No hay democracia sin Parlamento, por eso las elecciones parlamentarias que se llevarían a cabo junto con la presidencial, en 1989, eran de la mayor importancia y trascendencia para el futuro de nuestro país, aquel que debíamos construir a partir del derrocamiento en las urnas de la dictadura.

Me dio mucha satisfacción saber de la elección de Mariano Ruiz Esquide como senador, con el que había trabajado antes en la Cámara de Diputados. También me alegré por la elección de María Maluenda, que se había sumado tempranamente a la campaña por elecciones libres, contrariando las decisiones de la dirección del PC, donde era militante. De la misma forma, en un acto reparatorio, celebré la elección a diputado de Juan Pablo Letelier, quien había perdido a su padre, el diplomático y embajador del presidente Allende en EE.UU., Orlando Letelier, en un vil atentado terrorista en Washington. Grata resultó también la elección como diputados de Rodolfo Seguel, José Ruiz di Giorgio y Héctor Olivares, dirigentes sindicales que habían jugado un papel muy

importante en la desestabilización de la dictadura a través de su participación en el Comando Nacional de Trabajadores. Del mismo modo celebré la elección de mi amigo Andrés Palma, joven democratacristiano con el cual había compartido celda en Capuchinos, y la de Patricio Hales, quien había tenido un rol activo en la lucha por el término de la dictadura y por su condena pública a la vía violenta del PC, del cual había sido militante y destacado dirigente.

En fin, me alegré por tantos otros que yo conocía y que fueron elegidos por la ciudadanía en diciembre, como Laura Rodriguez, Mario Palestro, Andrés Aylwin, Juan Carlos Latorre, Gustavo Ramírez, José Antonio Viera Gallo, Andrés Zaldívar, Claudio Huepe y Anselmo Sule, solo por nombrar algunos.

No puedo dejar de expresar mi recuerdo de algunos parlamentarios que, como servidores públicos, entregaron sus vidas en defensa de los ideales democráticos durante la dictadura: Vicente Atencio Cortés, Bernardo Araya Zuleta, Carlos Lorca Sánchez y Luis Espinoza Villalobos. Mi respeto también a los parlamentarios fallecidos como consecuencia de actos terroristas, como Bernardo Leighton y Jaime Guzmán, y el más profundo repudio a sus ejecutores. Finalmente, quisiera recordar a los parlamentarios fallecidos en el exilio: Luis Valente Rossi, Edmundo Salinas, Luis Figueroa,

Luis Tejeda y Orlando Millas, así como a todos aquellos que ya no están con nosotros y que de una u otra manera dignificaron la labor parlamentaria en Chile.

Carta al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile

Tal como dije anteriormente, mi partido, que había perdido su capacidad de influir sobre el curso de los acontecimientos, continuó remando en contra de la corriente del proceso de recomposición democrática. Su línea y estrategia continuaban siendo rechazadas por la mayoría del arco opositor democrático, incluido su aliado natural, el Partido Socialista. Solo un tercio de su militancia continuaba activa; otro tercio se restaba del trabajo partidario y el resto se había alejado definitivamente de sus filas.

Ante esa realidad, el PC realizaría su XV Congreso, y los documentos que

circulaban en abril de 1989 no incluían un cambio de estrategia; por el contrario, ad portas de la elección presidencial, ratificaban su línea cuartelera. El Congreso del partido fue siempre una instancia de balances, y yo, al igual que muchos compañeros que estábamos en desacuerdo con la línea de la rebelión popular de masas y el uso de todas las formas de lucha, sobre la cual se insistía, hicimos llegar nuestras observaciones.

Con la esperanza de que saliera del Congreso una palabra de racionalidad, y haciendo uso de mi derecho a plantear mis puntos de vista al organismo superior del partido, envié una carta que constituyó mi último contacto formal con la Dirección del Partido Comunista de Chile. La misiva nunca fue respondida, lo que motivó mi alejamiento definitivo de las filas del Partido Comunista.

El Partido Comunista de Recabarren, al cual yo ingresé y por el que trabajé con abnegación y cariño toda mi vida, y al cual yo nunca renuncié, ya no era el mismo. Este nuevo Partido Comunista, aislado del pueblo y desprestigiado en la política nacional, no me necesitaba, ni yo a él.

A la instancia que corresponda del XV Congreso:

He estimado oportuno, con motivo de la realización del XV Congreso, adjuntarles algunas declaraciones y documentos que muestran en gran medida mi actual situación partidaria, como a su vez algunas consideraciones que, a mi juicio, pueden ser de ayuda y contribución ante la más alta autoridad partidaria, que es su Congreso Nacional.

Mis apreciaciones y opiniones políticas están sintetizadas en los documentos que adjunto. Hoy los reitero; creo que los hechos y la vida me han dado la razón.

Las personas que hablaron conmigo en su calidad de dirigentes del partido o en nombre de la Dirección: Gaspar, Jaime, Arturo, Manuel, o en otras reuniones:

De la Maza, Barría y Galvarino, fueron portadoras de duras críticas a las opiniones que adjunto, lo que motivó sanciones como «retiro de toda actividad pública», expresada por Arturo y Jaime a nombre de la Dirección, y mi retiro paulatino de frentes de trabajo, en que yo representaba al Partido, usando métodos administrativos y arbitrarios.

Casos y hechos:

- a) Retiro del Directorio de Fortín Mapocho, que me informa Jorge Lavandero, diciendo que el partido decidió cambiarme. Hasta hoy no he recibido ninguna explicación.*
- b) Retiro como representante del partido en el Círculo de Ex Parlamentarios. En reunión con Melo y De la Maza se planteó mi salida, sin darme explicación racional o coherente alguna.*
- c) Retiro de la Comisión de Organización de la Asamblea de la Civilidad, donde actué en representación del partido hasta su realización, que constituyó un pleno éxito. La razón que se dio entonces fue que «asumiría responsabilidades superiores», lo que nunca ocurrió.*
- d) Antes hubo métodos administrativos de cierta semejanza en el MDP, cuando fui designado encargado de la Comisión de Organización de dicho organismo y logramos realizar exitosamente la Primera Asamblea Nacional del MDP.*
- e) Aproximadamente unos dos años atrás, fui designado para ir al 1º de mayo a Curanilahue, a petición de los compañeros de la Federación Minera y con la aprobación de Barría. En vísperas de emprender el viaje se me informó que no fuera, aduciendo dificultades con los aliados. Sin embargo, un dirigente de la Federación me informó que una persona de la Dirección del partido decidió que no fuera.*
- f) Negación a que viajara a Talca en el mes de septiembre pasado, después de haber sido designado por todas las instancias, a un acto por el NO de la Izquierda Unida en el que estuvieron Julieta Campusano,*

Aníbal Palma y Germán Correa. En vísperas de viajar, Pino instruyó a una secretaría de la Izquierda Unida para que me informara que no fuera a Talca, aduciendo que habrían dificultades con el acto. Al ser requerido Patricio Pino por un dirigente de Talca sobre el motivo de esta situación, simplemente dijo: «Decisión de la Dirección». Hasta el día de hoy no se me ha dado ninguna explicación. Hubo más hechos que sería largo enumerar y que muestran estilos y métodos antipartido.

Ante mi preocupación por hechos que tenían que ver con la aplicación de la línea y la vida del Partido, solicité una conversación con la Comisión de Control y Cuadros a través de Zúñiga. Al pasar bastante tiempo insistí en una reunión ante De la Maza, explicándole que la razón de fondo era plantear que estimaba que la línea la estábamos aplicando en forma aventureña. Pasó más tiempo y me reuní con Manuel y Arturo. Al plantearles que yo había solicitado conversar con Control y Cuadros, Arturo dijo que también traían su representación. En esa oportunidad planteé algunas de mis inquietudes, pero ellos no iban motivados por lo que yo les pudiera plantear, sino lo que les preocupaba, usando términos bastante descalificadores y amenazantes, era una entrevista en Revista APSI.

Las opiniones que expresé en diversas reuniones son las siguientes:

- a) Mucho antes de que se dividiera el Frente señalé, ante dirigentes del Partido, que esto iba a terminar en una tragedia si no se garantizaba una adecuada conducción por parte de la Dirección del partido.*
- b) Fue un error político grave caracterizar 1986 como el año decisivo, porque el Partido y menos las masas estaban preparados. Solo se conseguía poner en guardia y favorecer a la dictadura para acrecentar la represión*
- c) No se respondió adecuadamente a la caracterización de «régimen militar fascista» con una política de alianzas que sumara el máximo de fuerzas, ya que a menudo aparecimos solos con el MIR en el desarrollo de acciones vanguardistas propias de un revolucionarismo pequeño burgués.*

d) Se acrecentaban en forma exagerada los pequeños éxitos y casi no se hablaba de los errores.

e) Ambigüedad y contradicciones en la aplicación de la línea.

f) La necesidad de luchar por una salida política cobraba más fuerza y urgencia después de los acontecimientos de 1986.

g) Necesidad de una política de cuadros en que también se respetaran los derechos de los militantes, se desarrollara el estudio y dominio de los principios y no se actuara por orden y mando.

h) Ser sensibles y conocer las necesidades materiales y anhelos políticos de los diversos sectores sociales del pueblo es el único camino para realizar una real lucha de masas.

i) Mayor consideración por lo que pasa en el mundo y, como internacionalistas, estudiar la experiencia y aportes del PCUS.

j) Trabajar siempre con la verdad.

Todas estas consideraciones las planteé hace ya bastante tiempo.

En la última conversación que tuve con Gaspar y Arturo, me hicieron una serie de acusaciones falsas que hasta el día de hoy me preguntó quién sería el provocador que las inventó y cómo lo hizo para que le creyeran. Dijeron:

a) Que había solicitado entrevista a Fidel Castro.

b) Que había participado en una reunión fraccional en Talca. Pero a esto agregaban el malestar de la Dirección por un saludo que envié a los organizadores de un acto solidario pidiendo la libertad de Clodomiro Almeyda y una declaración sobre Esquipulas II y la situación en Centroamérica. Adjunto copia de dichos documentos. Ambas declaraciones, como es natural, las considero como un derecho y un deber de cada militante.

c) Por tales motivos, como se comprenderá, no es nada fácil militar. Tengo la certeza de que en mi caso se ha cometido una gran injusticia. He sido dañado, junto con mi familia, política, moral y psicológicamente. Por una serie de otros hechos, es notorio que he sido víctima de persecución política. Incluso algunos han tratado, en forma irresponsable, de enlodarme con infamias, calumnias y suposiciones. Se entenderá entonces si digo que varias de las personas señaladas no me dan ninguna confianza política ni seguridad. Creo que con los métodos usados se ha causado mucho daño a la organización, estimulando el desarrollo de concepciones ultras, aventureras, sectarias y dogmáticas que se han sumado al anticomunismo y antisovietismo del régimen militar y del imperialismo norteamericano. Por eso es que creo que existe y opera un grado de infiltración en la actual Dirección. Estimo que las personas involucradas en la situación que me afecta no pueden ser comunistas, ya que han aplicado métodos antipartido.

Es fácil entender entonces, mi decisión de esperar el término del XV Congreso y conocer sus resoluciones. Si la nueva Dirección que de él surja estima en su oportunidad conversar conmigo, con el mayor agrado asistiré a su invitación.

Sobre la convocatoria al XV Congreso tengo algunas observaciones:

- a) Sobre la apreciación que se hace de la Unidad Popular y del partido en el gobierno de Allende, me parece un error histórico que muestra una tendencia ultraizquierdista. La verdad es otra.*
- b) Me parece que en la convocatoria hay una subestimación de la situación internacional y particularmente de la Unión Soviética.*
- c) Me parece un exceso propio de un revolucionarismo pequeño burgués ubicar al MIR como el gran aliado; creo que equivale a una concesión de principios.*
- d) Notoria subestimación del gran aporte y contribución, generosidad y solidaridad de la Iglesia chilena a favor del pueblo, de la justicia, de la libertad, de los derechos humanos y de la vida.*

e) Falta poner más fuerza y decisión en la salida política por lo que ya se pronunció el pueblo el 5 de octubre, poniendo el acento en la lucha de masas y preguntándose por qué la clase obrera no ha hecho suya la línea.

f) Falta con dramática urgencia una autocrítica abierta de la Dirección del partido sobre el tema militar y lo acontecido con el Frente, ya que esta dirección es la principal responsable de lo sucedido. En esto tenemos gran responsabilidad histórica.

Fraternamente,

Alejandro Toro Herrera

Abril de 1989

Orlando Millas, sobre el XV Congreso del PC

Como señalé anteriormente, la carta que envié al Congreso partidario nunca fue respondida. Años más tarde tuve la satisfacción de conocer los planteamientos del exdiputado comunista Orlando Millas y constatar las coincidencias en las apreciaciones en relación a los temas que se discutían antes y durante el XV Congreso del PC.

El periodista Orlando Millas fue fundador del Colegio de Periodistas de Chile y secretario general de la Juventud Socialista. Posteriormente emigró al Partido Comunista, donde fue miembro de su Comité Central y Comisión Política. Fue diputado en dos períodos y ministro de Hacienda y de Economía y de Fomento y Reconstrucción durante el gobierno de Salvador Allende.

Millas era un destacado teórico del marxismo-leninismo y publicó innumerables libros, artículos y reportajes, entre los que se destacan: «El antimilitarismo de Diego Portales», «Los comunistas, los católicos y la libertad», «El humanismo científico de los comunistas», «Una política para la juventud trabajadora», entre

muchos otros títulos.

Intensamente perseguido después del golpe militar, se exilió en Holanda, desde donde cumplió importantes tareas de solidaridad con el pueblo de Chile. Afectado de su salud, Millas escribió en cuatro volúmenes sus extensas memorias, cuyos textos fueron publicados posteriormente en Chile entre 1993 y 1996. Con la claridad política que lo caracterizaba, hace un interesante análisis de la realidad en que le tocó actuar. Como muestra, me permito trascibir algunos párrafos que son coincidentes con lo que yo venía planteando sobre la línea errada del Partido Comunista:

Es efectivo que, como se hizo público y se destacó en el XV Congreso, como miembro de la Comisión Política luché en su seno, sin tregua y con profundo convencimiento, por posiciones consistentes en: oponerme a que se interpretase la rebelión popular de masas como un cambio en nuestra línea política; negar la existencia de una situación revolucionaria o de algunos de los requisitos para su maduración que se suponían en un esquema que me pareció equivocado y dogmático; disentir de la consigna del «año decisivo»; criticar deformaciones de la estructura partidaria; opinar en desacuerdo con una serie de decisiones tácticas trascendentales y proponer, en cambio, mantenerse en el marco de las amplias movilizaciones de masas, protestas y huelgas que venían realizándose con éxito junto con el desarrollo de múltiples organizaciones populares; poner en primer plano la contradicción entre la tiranía y el conjunto de las fuerzas democráticas, movilizando a muy amplios sectores para exigir elecciones, y, luego, al abrirse los registros electorales, ser los primeros en convocar a inscribirse en ellos y en proclamar la consigna del NO en el plebiscito.

Otros compañeros de la Dirección estuvieron igualmente en diversas ocasiones exponiendo los mismos o parecidos argumentos. La orientación hacia la rebelión popular de masas era muy justa, pero cuando se dejó de poner el acento en la lucha por la democratización, en que coincidíamos con otros sectores, y con la idea de una lucha por el poder, sobre la base de sostener que había una situación revolucionaria, se realizaron acciones que no eran de masas, hubo efectos contraproducentes que contribuyeron a malograr el magnífico movimiento de protestas y a hacer retroceder atemorizada a una parte de la oposición, incluso en

poblaciones populares.

Por la feroz represión y las acciones anticomunistas, disminuyó la influencia de la izquierda y nuestro partido fue aislado. Pero en eso influyeron también, en parte, deficiencias de nuestra política. Cuando arreciaban las presiones diplomáticas del gobierno de Reagan y de sectores reaccionarios para aislarnos, a veces parecía que nosotros también remábamos en esa dirección.

[...]

Sobre los asuntos trascendentales que han estado en juego, esperaba un debate en el partido al viejo estilo de nuestra democracia interna. Pero se prefirió reemplazar tal debate por procedimientos no conocidos antes en el partido de Recabarren y que se inspiraron en lo que sin ambages se proclamó como «la lucha por el poder partidario».

La dirección que asumió sus cargos en razón del XV Congreso divulgó como documentos algunos con aseveraciones que no correspondían a lo que realmente ocurrió. Expresé mi protesta en carta al Secretario General, la que no mereció respuesta ni acuse de recibo. En mí ha pesado fuertemente el hecho de que se afirmase que la orientación aplicada por la antigua mayoría de la Comisión Política hubiera fallado, no por su contenido erróneo, sino porque yo y otros compañeros dificultamos su aplicación. Eso no fue así.

[...]

Valiosos y queridos compañeros han experimentado desde el XV Congreso el dolor de haber dicho una u otra cosa impertinente, a pesar de su apego a la

disciplina. Otros, por los cuales tengo un gran respeto y no podría olvidar lo que han hecho en sus vidas, se han sentido impulsados a buscar nuevos derroteros¹.



Alejandro Toro recibe al presidente Patricio Aylwin, quien asiste invitado a un acto político en apoyo a su gestión en el exCongreso Nacional en Santiago.

[1 Orlando Millas, Memorias. Vol. IV: Una desgracia \(1957-1991\) \(Santiago: CESOC, 1996\), 44-46.](#)

Decimocuarta parte

Se inicia la transición a la democracia (1990)

Participación para apoyar al nuevo gobierno democrático

Apoyar al gobierno encabezado por Patricio Aylwin fue mi principal preocupación en esta etapa, sobre todo en lo relacionado con el tema de los derechos humanos y la ofensiva en contra del terrorismo. También dije una palabra respecto de los acontecimientos que se suscitaban en el plano internacional, con la caída de los regímenes socialistas de la Europa del Este, especialmente de la República Democrática Alemana y la Unión Soviética. Seguí atentamente los cambios políticos y sociales que allí se llevaban a cabo. Era la etapa en que el PCUS hacía esfuerzos por dejar en el pasado los viejos dogmas partidarios y apuntaba a la democratización del partido y el Estado.

Respecto al fracaso electoral del PC chileno en las pasadas elecciones, también entregué mi visión a la opinión pública. Declaré que la baja votación obtenida por los candidatos a senadores y diputados a lo largo de todo el país se debía principalmente a la errónea línea política seguida, línea que no habían hecho suya la clase obrera, los trabajadores ni el pueblo.

Al tenor de la campaña, comprometidos con el proceso de la nueva democracia que estábamos construyendo la mayoría de los chilenos, muchos comunistas que no avalábamos la línea de confrontación de la Dirección del partido, junto con independientes de izquierda y simpatizantes que también deseaban participar, nos fuimos aglutinando hasta conformar un grupo de opinión que se conoció como «Grupo Manifiesto», cuya expresión de principios se plasmó en el documento «Manifiesto por la Democracia y la Renovación del Socialismo», publicado en febrero de 1990, un mes antes que asumiera sus funciones el nuevo gobierno democrático de Chile.

En una entrevista concedida al periodista Patricio Donoso, publicada en el diario

La Época el 14 de febrero, me referí a los temas del momento. Justifiqué haber abogado por la salida política para derrocar a la dictadura, en vez de la confrontación armada, afirmando que toda línea política tiene que estar en función de la realidad social, política y económica de un país. La línea política no es un dogma, sino una interpretación de la realidad de la que me preocupé de conocer en profundidad desde que volví del exilio. Valoré una vez más las grandes movilizaciones de masas y la acción unitaria expresada, en forma muy elevada, en la Asamblea de la Civilidad y en la «Demanda de Chile».

A la pregunta del periodista sobre si mantenía relaciones con el PC, respondí que nunca las había roto, lo que era absolutamente cierto. Sobre mi militancia dije que estaba en una situación de espera y que había enviado mis observaciones sobre la aplicación de la línea un mes antes del XV Congreso. Le señalé al periodista que aún no tenía respuesta de los dirigentes, aunque advertía aires renovadores y esperaba que se examinara la posición programática del partido y se decidiera, en este instante histórico, contribuir al éxito del gobierno de Patricio Aylwin.

La renuncia de Patricio Hales

Un acontecimiento relevante en el desmoronamiento del Partido Comunista fue la renuncia pública de un grupo de militantes en abril de 1990. Se trataba de un grupo encabezado por el dirigente, actual diputado del PPD y arquitecto Patricio Hales, quien anunció públicamente su retiro del conglomerado, a la vez que demandó la realización de un Congreso extraordinario «para entregarle la soberanía al pueblo comunista, donde cada uno pueda elegir y ser elegido para cualquier cargo».

Junto con Hales, tomaron la determinación de marginarse del partido: Luis Alberto Mancilla (periodista, 36 años de militancia), Jorge Cabezas (profesor, 27 años de militancia), Diego Walter (médico cirujano, 26 años de militancia), Jorge Olave (actor, 27 años de militancia), Fernando Cuevas (cantor popular, 22 años de militancia) y Patricia Cardemil (kinesióloga, 21 años de militancia).

En una conferencia de prensa, Hales manifestó que habían decidido separarse del

partido porque pensaban que la conducción que se le había dado lo estaba alejando de los intereses del pueblo y por haber constatado la pérdida de la vinculación que el PC históricamente tenía con las luchas de los trabajadores. Con respeto, puntualizaron que daban ese paso no para transformarse en enemigos del Partido Comunista, sino para renovar su capacidad de lucha en el camino de Recabarren, de Allende y de Neruda, lo que era válido desde todo punto de vista.

El grupo anunció que se constituirían en una instancia amplia de discusión y acción política para trabajar por la democracia en el Chile de hoy y que intentarían encontrar respuestas por la justicia social, el pluralismo, la libertad, lo nacional y por el imperio del respeto de los derechos del hombre, tareas a las que sin duda era muy importante aunar voluntades.

Como dije anteriormente, eran muchos los militantes que se habían alejado de las filas del PC por haber sido sancionados, marginados o, simplemente, como era el caso del grupo que esta vez lo manifestaba públicamente, por no compartir su línea política.

El 2 de junio de 1990 se produjo el hallazgo de la inhumación ilegal de diecinueve cuerpos de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos en 1973. Los restos fueron encontrados en una fosa clandestina en las proximidades del cementerio de Pisagua. Con Patricio Hales condenamos estos aborrecibles crímenes y abogamos por la más amplia investigación de los sucesos derivados de este hallazgo de osamentas. Denunciamos que estas no eran víctimas de una guerra, sino del abuso del poder, y que los responsables de tales hechos ocurridos mientras ejercían funciones públicas debían responder. «El país necesita recuperar la paz en un clima de plena justicia», manifestamos.

El grupo ARCO

También a la luz de la campaña y como espacio de participación surgió el grupo ARCO, que yo apoyé como forma de incentivar la adhesión y compromiso de los más amplios sectores al nuevo gobierno elegido democráticamente. En mayo de 1990, este grupo convocó a una Asamblea Nacional que denominó de «superación de la identidad comunista». En su convocatoria, ARCO decía que su

Asamblea Nacional representaría un momento colectivo de reflexión sobre cómo aportar, de mejor manera, a partir de nuestro perfil, cultura e identidad, al desarrollo del proceso de transición a la democracia que encabeza el gobierno del presidente Aylwin.

En las Jornadas de trabajo se discutieron temas como: derechos humanos, reforma del Estado, participación social en la transición, economía, deuda social, marginalidad y la nueva izquierda democrática y sus procesos de convergencia. No cabe duda que estas iniciativas se desarrollaban con el compromiso y anhelo de aportar a nuestra incipiente democracia.

La democracia puede vencer al terrorismo

Luego de haber asumido Patricio Aylwin la Presidencia de la República, grupos ligados al FPMR, Lautaro y MIR continuaron desarrollando acciones violentas que en nada contribuían al clima de paz que añorábamos la mayoría de los chilenos. Cualesquiera que hayan sido sus motivaciones, proyectos políticos o sociales, era la hora de desmovilizarse.

Los asaltos a comisarías de barrio, a buses de la locomoción colectiva y a bancos fueron recurrentes. También realizaban acciones de propaganda armada en liceos y universidades, atentados a sedes de partidos políticos y hasta asesinatos, como el de la escolta del intendente Pareto o del prefecto de Investigaciones Sarmiento.

Por su parte, los organismos de seguridad en nada modificaban sus métodos represivos para combatir estas acciones. La tortura y el maltrato desmesurado seguían practicándose como si nada hubiera ocurrido y las acciones del Poder Judicial para iniciar un proceso de acercamiento a una gestión democrática de justicia eran lentas o nulas, dando cabida a estos grupos «rebeldes» para justificar sus acciones.

«La reconstrucción democrática deberá superar muchas pruebas antes de que se consolide en Chile una nueva forma de democracia. El terrorismo puede ser una de las más difíciles». Con estas palabras iniciábamos un artículo que subscribí

junto con Hugo Rivas, Sergio Muñoz, Luis Alberto Mancilla y otros dirigentes en junio de 1990, documento que fue publicado en el diario La Época con el título «La democracia puede vencer al terrorismo».

Señalamos que no se puede justificar el terrorismo argumentando que constituye un fenómeno mundial; plantearlo así induciría a equívocos y no alertaría a la ciudadanía. Por el contrario, advertíamos acerca de la posibilidad de que estuvieran confluendo grupos de izquierda y de derecha, funcionales entre sí, para crear una situación de inestabilidad institucional. Además, denunciamos la posible existencia de sectores ligados al régimen anterior que estarían interesados en demostrar que «las cosas están peor ahora» con el propósito de erosionar la autoridad del nuevo gobierno.

Del mismo modo, alertamos sobre grupos identificados con estrategias fracasadas, como aquellos que propiciaban «la guerra patriótica», que se empeñaban en probar que la revolución necesariamente transitaría por la vía armada. Calificamos de tragedia que hubiese jóvenes incapaces de ser conscientes de que las acciones armadas los conducían a ningún otro fin que no fuera el suicidio y que de los bombazos, asaltos a locales comerciales o atentados contra las personas no florecerá revolución alguna.

Les dijimos públicamente a lautaristas y rodriguistas que, si aún conservaban un mínimo sentido de la responsabilidad frente al país, deben entender que ha llegado el momento de deponer las armas y sumarse al esfuerzo nacional por reconstruir una convivencia de paz. Así, llamamos a la sociedad entera a asumir una posición de compromiso frente a la amenaza del terrorismo y apelamos a la responsabilidad que nos cabe a los políticos, a las iglesias y a las organizaciones sociales, pero principalmente a las nuevas autoridades gubernamentales, para orientar el mejoramiento de la calidad de vida de los sectores más postergados y el ofrecimiento de nuevas oportunidades para los jóvenes que no trabajan ni estudian.

Manifestamos, en definitiva, que con las armas de la democracia podíamos derrotar el terrorismo, es decir, con la participación de los ciudadanos, sin recurrir a otros medios que no sean aquellos moralmente legítimos, y que, con estricto apego a las leyes, debíamos ser capaces de apoyar todas las iniciativas del gobierno para garantizar la seguridad de la población.

A dejar en el pasado las alucinaciones del dogma

A cuatro meses del inicio del gobierno democrático, era nuestro deber rectificar y superar los errores del pasado, no persistir en las aberraciones políticas fracasadas y ser consecuentes con nuestro aporte a la restauración de la democracia, que debía recorrer un camino difícil luego de dieciséis años de una dictadura autocrática de derecha. De este modo ligábamos la situación actual en nuestro país con el derrumbe del socialismo «real» en la Europa del Este.

En un artículo que publicamos en julio de 1990 en el boletín del Grupo Manifiesto, titulado «Alucinaciones del Dogma», dijimos que el derrumbe del socialismo «real» dejó al desnudo los dogmas que allí se incubaron y que a las jóvenes generaciones les debíamos muchas explicaciones sobre las falsedades alucinantes que cultivamos para hacerlas aparecer como verdades absolutas, al margen de la realidad.

Esto es un drama para los que entregamos gran parte de nuestras vidas y los mejores esfuerzos a la construcción de la utopía socialista. Recién ahora nos estamos dando cuenta de que rendimos culto a una esquizofrenia política, condenada a reproducir dogmas para mantener el poder. La ilusión del socialismo «real» en los países de Europa del Este se deshizo como una burbuja de jabón. En la medida que entraron en crisis los dogmas, también se derrumbó el anticomunismo y se alejaron los peligros tenebrosos de una guerra nuclear que habría significado un peligro enorme para la especie humana y el planeta en que habitamos.

Del Grupo Manifiesto al Partido Democrático de Izquierda

En un intento por recomponer la tradicional unidad de las fuerzas democráticas de nuestro país, a través del Grupo Manifiesto condenamos a quienes se oponían al curso de los acontecimientos, apoyándose en antiguos dogmas en demolición que solo contribuían al desarrollo del anticomunismo y al aislamiento de los grandes principios progresistas. Fue así que instamos al Partido Comunista a

recuperar su credibilidad y confiabilidad ante la opinión pública.

En materia de violación de los derechos humanos, concordamos con el gobierno en que las responsabilidades no alcanzan a instituciones, sino a personas. Por lo tanto, respaldamos todas las iniciativas que propiciaban la anulación de la Ley de Amnistía en el esclarecimiento de los crímenes y desestimamos el acuerdo marco sobre las Leyes Cumplido, que se tramitaba en el Congreso.

Expresamos, también, que la reconstrucción democrática debía superar muchas pruebas antes de que se consolidara en Chile una nueva forma de convivencia, y que el terrorismo podía ser una de las más difíciles. Es por ello que calificamos a los inspiradores de los diversos atentados como desquiciados que se resisten a vivir en democracia.

Del Grupo Manifiesto nació un nuevo referente político, el Movimiento Democrático de Izquierda, del cual forme parte en forma activa y desde donde continuamos apoyando al gobierno. A poco andar, el Movimiento Democrático de Izquierda, por acuerdo de su Asamblea, se constituyó en partido, al que adscribieron destacados compañeros, muchos de ellos exmilitantes del PC, como Fanny Pollarolo, Luis Guastavino y Mariano Requena.

En diciembre de 1992 el PDI (Partido Democrático de Izquierda) oficializó su ingreso a la Concertación de Partidos por la Democracia, en una ceremonia a la cual asistieron Gutenberg Martínez, por la Democracia Cristiana; Germán Correa y Juan Gutiérrez, por el Partido Socialista; Sergio Bitar, por el PPD, y Roberto Celedón, por la Izquierda Cristiana.

El PDI tuvo una corta pero fructífera vida política. Ya había hecho su contribución y, con acuerdo de su Asamblea General, en 1993, se disolvió. La mayoría de sus militantes emigraron a otros partidos, especialmente al Partido Socialista y al Partido Por la Democracia. Por mi parte, me abstuve de ingresar a partido alguno. Con setenta años de edad y más de cuarenta y cinco años de militancia activa, parecía ser que mi puesto en las primeras líneas de las trincheras políticas había llegado a su fin. A la larga, así fue.

Palabras finales

A través de estas páginas les he presentado un recorrido por mi vida política. Debo decir que es un privilegio haber sido testigo y participado de los principales acontecimientos político-sociales que marcaron desde la década de los cuarenta hasta el inicio de los noventa. Mantengo mis principios comunistas, aquellos que aprendí en la pobreza del sur de Chile, con la gente del carbón, y que me han guiado en mi lucha por terminar con la injusticia durante toda la vida. Como comunista admiré como nadie al campo socialista y asumí su derrumbe con la esperanza de algo mejor. También hice lo que pude para terminar con los métodos stalinistas, represivos y arbitrarios, que en la década de los ochenta se instalaron y consolidaron al interior de mi partido, que, a través de la instauración de esferas de poder, aplicó una línea política aventurera que pretendió imponer sus objetivos sin tomar en cuenta el costo humano y el sentir mayoritario de la gente.

Ahora, sin partido, desde el Círculo de Ex Parlamentarios de Chile, instancia donde he colaborado como director, he continuado en forma sencilla aportando a la transición y consolidación de la democracia en Chile, tarea a la que todos los ciudadanos estamos llamados.

Habiendo vislumbrado en los últimos años el desarrollo creciente de movimientos sociales en que la gente, especialmente los jóvenes, entra a jugar un papel protagónico, solo puedo decir que abrigo la esperanza de que los partidos políticos, especialmente los de centro-izquierda, sabrán canalizar las demandas y que el Partido Comunista de Chile retomará el camino que una vez nos señaló con sabiduría el maestro Luis Emilio Recabarren.



Integrantes del Círculo de Ex Parlamentarios de Chile visitando al presidente del Senado,

Jorge Pizarro. Alejandro Toro asiste junto con el presidente del Círculo, el exdiputado

José Monares, y la exdiputada Vilma Saavedra.